SARAH VALENTINE



Dulce CONDENA

BILOGÍA CONDENA, 2

Índice

Dulce condena
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti

Dulce condena
Bilogía Condena, 2

© Sarah Valentine, 2025

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

Para quienes saben lo que es huir…
y aun así siguen sintiendo que
el amor verdadero nunca se cierra con llave.

Prólogo

Giorgia

Llueve con esa insistencia molesta de las noches largas y oscuras, cuando el agua parece caer con la intención de arrasar con lo que se cruce en su camino. La capucha de mi abrigo está empapada, pero sigo caminando sin rumbo ni prisa, y con los pasos cargados de una ansiedad, que no se calma con pastillas. El suelo brilla con charcos irregulares que reflejan el neón morado del cartel de un club que está abierto toda la noche. No hay nadie cerca, solo el rumor de algún coche en la distancia y el eco sordo de mi respiración acelerada.

A estas horas debería estar dormida. En el piso de seguridad, con las cortinas cerradas y las luces apagadas, cumpliendo con la rutina invisible que Alex se empeña en llamar «de protección». Pero he salido, no porque quiera huir, sino porque necesito recordar que sigo viva y que hay una parte de mí que no se ha rendido.

Los adoquines de esta zona están sucios y rotos en algunos tramos. Las aceras huelen a agua estancada, a cloaca vieja y a tabaco barato. La calle está desierta, como si fuera un escenario montado solo para mí, una escenografía pensada para que mis pasos resuenen sin testigos.

De repente, me llevo una mano al cuello y lanzo un suspiro al comprobar que ahí sigue la cadena y la llave de oro. La siento fría contra mi piel, aunque no me la he quitado ni un solo momento durante todo el tiempo que llevo en este limbo «de seguridad», aunque sé que me juré que no volvería a mirar atrás. Aunque he soñado con él, demasiadas veces. Maden ha aparecido en mis sueños con esa forma de mirarme que lograba dejarme sin argumentos, con su voz ronca diciéndome que era suya, como si con eso pudiera cubrirlo todo: la herida, el deseo, la rabia, el miedo. A veces lo odio o eso trato de decirme. Otras, en cambio, solo me duele el hueco donde ya no está.

Un autobús nocturno pasa a lo lejos, arrastrando una estela de luz sucia llena de restos de agua a su paso. Giro una esquina sin pensar, buscando un destino que no existe. Aunque en el fondo sé que acabaré junto al río, como otras noches en las que no puedo respirar dentro del piso. Al lado del agua, al menos, el aire es distinto, aunque huela más a derrota que a encierro.

Me quito la capucha y noto cómo la lluvia me cala el pelo. Negro, liso, más corto de lo que nunca me habría atrevido a plantearme ni siquiera llevar. Una parte de mí necesitaba desprenderse de todo lo que recordara a aquella chica que tenía una galería en el SoHo, pero hay días como hoy en los que ni el espejo me devuelve un rostro que sea capaz de reconocer.

Me miro en el viejo cristal de un escaparate frente al que paso y observo el reflejo de mi silueta y de pronto veo a las dos. Yo, con el rostro pálido, los labios agrietados y los ojos manchados de máscara de pestañas, que no me he molestado en retocar después de llorar. Y también la veo a ella. La niña de catorce años que se coló en el despacho de su padre durante una fiesta en Sicilia y escuchó sin querer que su cuerpo era parte de un trato. La misma que se prometió a sí misma, que nunca dejaría que la ataran sin pelear. Sin embargo, me he mentido desde entonces, porque nunca he peleado de verdad, solo he fingido que lo hacía. Como todas las mujeres que hemos aprendido a sobrevivir sin romper del todo con las cadenas que nos aprisionan.

El río está cerca, lo noto en el cambio del aire y en la humedad que sube desde las losas y se cuela por mi ropa. Camino sin mirar atrás, hasta que me detengo frente a la barandilla oxidada que separa el paseo del agua.

La ciudad duerme a mis espaldas y Nueva York parpadea a lo lejos, con sus luces frías, indiferentes e intocables. Me apoyo con las manos en el metal helado y observo el agua turbia con restos de basura flotando en la superficie, aunque yo solo me fijo en mi reflejo, porque allí de nuevo volvemos a estar las dos: la mujer que ha huido y la niña que nunca supo cómo hacerlo.

Me cuesta tragar y noto como el corazón se me revuelve dentro del pecho, como si apretara desde dentro, queriendo salir.

De repente oigo su voz, aunque no como un recuerdo bonito. Lo escucho como una punzada que atraviesa todo lo que creí haber apagado. Él diciendo mi nombre, como si fuera una condena. Pronuncia mi nombre despacio, en voz baja y con la boca cerca de mi oído. Solo de imaginar esta escena noto que me cuesta respirar y cierro los ojos.

Cuando vuelvo a entreabrir los párpados, el agua sigue ahí, delante de mí, inmóvil y turbia, como si esperara algo. La lluvia me cae sobre el pelo sin compasión, empapándolo todo, pero ya no siento el frío, solo esa presión en el pecho que me aplasta por dentro. Porque en mi cabeza no estoy aquí, de pie frente al río. En mi cabeza estoy atrapada en una habitación cerrada, con las persianas bajadas y el aire cargado de deseo y peligro. Un cuarto en penumbra, donde alguien me susurra al oído con la voz rota: «No huyas. Aún no». Y recordar eso… duele de una forma que ni sabía que existía. No como una punzada pasajera, sino como una herida que se abre cada vez que respiro. Como si alguien hubiera escondido brasas vivas en mi garganta y ahora ardieran otra vez, con el nombre de él escrito en cada chispa.

Un destello repentino corta la oscuridad. Las luces de un ferry cruzan el río a lo lejos y alcanzan mi cara mojada. No sé si las gotas que me corren por las mejillas son lágrimas o si es solo la lluvia que me está deshaciendo poco a poco. Quizás sea todo a la vez.

Me abrazo a mí misma, pero no por frío ni por miedo a que un día todo eso deje de doler o a que todo lo que sentí con él se convierta solo en memoria sin cuerpo.

En el bolsillo interior de la chaqueta, llevo una hoja doblada. Un dibujo rápido hecho con un carbón gastado, donde aparecen unos ojos. No se ven bien, pero sé que son los suyos, porque ninguna otra mirada me ha dejado esta cicatriz en el alma.

Se me pasa por la cabeza la idea de volver, pero no al piso, sino a lo que fui antes de que todo se desmoronara. A esa versión de mí que creía que le bastaba con levantar la barbilla y apretar los dientes para salir ilesa. Que pensaba que el orgullo era suficiente escudo para sobrevivir al dolor. Pero no, no lo es. No cuando tu historia ha sido escrita con tinta ajena, sin preguntarte nada, como si solo fueras un personaje más en la vida de otros.

Respiro hondo y me doy la vuelta. Las farolas parpadean como si estuvieran a punto de rendirse. Algunas ya ni siquiera alumbran. El viento sopla con fuerza desde el río y levanta las gotas en el aire como si fueran agujas heladas buscando dónde clavarse. Me cala por dentro y parece que quisiera arrancarme todo lo que intento ocultar bajo la piel.

A mi lado, una pareja pasa corriendo bajo un paraguas. Se ríen, se empujan y se besan. Yo los envidio sin saber por qué. Porque hay algo en su normalidad que me resulta irreal.

Recuerdo el sabor del vino en sus labios, la presión de sus dedos en mi cuerpo y el instante exacto en el que dejé de odiarlo. ¿Cuándo fue? ¿Fue cuando me dijo que no me tocaría hasta que yo lo deseara? ¿O fue cuando me dejó la manta en el estudio sin decir palabra?

Él no me amó bien, pero yo tampoco supe quererle sin miedo.

El teléfono en mi bolsillo vibra, pero no lo saco. Seguro que es Alex para controlar dónde estoy y para asegurarse de si sigo siendo Sophia Morandi y no Giorgia Marchese. Respiro hondo y trato de tranquilizarme, mientras el teléfono deja de vibrar.

¡Qué nombre tan maldito! Marchese. Como si solo por llevarlo hubiera nacido atada. Pero ahora ya no soy sólo eso. Ahora

soy la mujer que huyó, la que ardió, la que amó con las tripas y no supo distinguir entre deseo y condena. Pero también soy la que lleva una llave colgada del cuello y a veces, cuando nadie la ve, la aprieta entre los dedos como si pudiera abrir algo más que una cerradura. Aunque una parte de mí querría tirarla al río, pero otra parte la aprieta con más fuerza.

Alzo la cara al cielo y cierro los ojos. La lluvia me empapa el rostro, mientras escucho como el río sigue su curso oscuro y espeso. Me quedo quieta, como si pudiera fundirme con la oscuridad y dejar de moverme hiciera que todo se detuviera también dentro de mí.

«Escapé de su mundo…, pero su nombre sigue latiendo dentro de mí como una bomba a punto de estallar», me digo en silencio y noto como la lluvia arrecia y me empapa aún con más fuerza.

Capítulo 1

Maden

No hay luz. No porque no funcione, sino porque no la quiero. Llevo días sin encender una sola lámpara, ni subir una persiana, ni hacer nada. El ático parece otro, como si el lujo hubiese decidido marcharse con ella…, y en cierto modo lo hizo. Desde que se fue, todo lo que antes controlaba ahora me pesa, me agota y me sobra.

El suelo sigue inmaculado, porque el equipo de limpieza viene cada mañana y hace su trabajo sin decir una palabra. Cuando me ven, bajan la cabeza. Algunos ya ni siquiera me miran. Supongo que hay algo en mi cara que se ha roto, aunque no lo admita en voz alta.

No he comido nada decente desde que vi aquella imagen en la cámara: Giorgia cruzando el umbral del ascensor, con el abrigo abierto y la llave brillando contra su pecho. Caminaba como si ya no esperara que nadie la detuviera y como si lo que dejaba atrás ya no le importara.

Ahora me paso las noches tirado en el sofá del despacho, con los informes abiertos sobre la mesa y el móvil sin batería. No leo una sola hoja, ni llamo a nadie. Los clubes están dando pérdidas. El Velvet ha tenido que cerrar dos noches por falta de personal. La mafia rusa ha mandado a Gavril a exigirme explicaciones y no se las

he dado, ni pienso hacerlo. Si quieren guerra, tendrán que venir a buscarme.

La noche huele a whisky derramado, a humo frío y a derrota. A veces me acerco a su estudio, aunque no me atrevo a entrar. Solo me quedo en la puerta, como un puto adolescente enamorado. Todavía huele a ella.

La cámara de seguridad que controla su ala del ático sigue activa. No la he apagado, ni he borrado las grabaciones. Podría hacerlo, pero no lo hago. Cada vez que paso por ahí, mi cabeza me devuelve el recuerdo de una imagen congelada de Giorgia sentada frente al lienzo que dejó a medias. Pintaba como si le fuera la vida en ello y como si todo el dolor que no se atrevía a decir lo estuviera soltando con los dedos manchados de rojo y negro.

La echo de menos, pero no de esa manera cursi que cuentan en las novelas románticas. La echo de menos con rabia, con el cuerpo en llamas y con un nudo en la garganta que no se va ni con puñetazos, ni con alcohol. Me falta su voz, incluso cuando discutíamos. Me falta su cuerpo al otro lado del ático, invisible pero presente, y me falta su puta manera de mirarme como si supiera quién soy y aun así decidiera quedarse.

Pero no se ha quedado.

—La hemos perdido de vista en cuanto se subió al coche de Greyson. No hay rastro. Nada.

Eso fue lo que dijo Callahan aquella noche, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Yo no le contesté. Solo dejé el vaso sobre el mármol de la cocina y me encerré en el despacho.

Hoy he amanecido en el sofá, con la camisa arrugada y el cuerpo entumecido. La mandíbula me duele de tanto apretarla por las noches. El reloj marca las ocho, pero podría ser cualquier hora. De hecho, hace días que no sé en qué día vivo.

Abro una botella. Ni miro cuál. Bebo a morro, sin entretenerme en buscar un vaso. El alcohol me araña la garganta. Me gusta, porque es la única sensación que me recuerda que sigo aquí.

—Me has dejado sin pelear, Giorgia —murmuro en voz baja, con los dientes apretados—. Y yo... no sé cómo luchar.

Entonces se me cae la botella de la mano y se estrella contra el suelo de mármol y se hace trizas. Ni me agacho a recogerlo. Me quedo ahí, solo, con el corazón reventado por dentro como si alguien me hubiera arrancado la piel a tiras.

Todo lo que soy se tambalea y ni siquiera sé si quiero volver a levantarme.

Callahan entra sin llamar. Deja una carpeta sobre la mesa y no dice nada. Su manera de mirar es la misma que cuando tiene malas noticias, como si supiera que lo que va a soltar no va a gustarme, pero lo suelta igual.

—Ya lo tenemos —me dice por fin, sin levantar la vista del *dossier*—. Ha cambiado de identidad. Ahora se hace llamar Sophia Morandi.

Cuando escucho lo que acaba de decirme, no respiro.

—Greyson pertenece al FBI. Nunca fue un civil. Está implicado desde el principio y, por lo visto, todo estaba preparado para sacarla del mapa.

Cada palabra que acaba de soltar es una piedra que se me incrusta en el estómago. Miro la carpeta cerrada que ha dejado frente a mí, pero no la abro. No me hace falta. Saber que tiene un nombre falso ya es suficiente. La confirmación de que ha borrado su rastro y, con él, todo lo que fue conmigo.

Aprieto los puños y noto cómo las venas me palpitan en las sienes. Callahan no se mueve, ni respira. Solo espera y me observa.

Sin decir ni media palabra, me incorporo de la silla y cruzo el despacho hasta la pared. No pienso. Solo golpeo. Mi puño impacta contra el yeso y deja una grieta seca y sucia. El dolor me llega después, lento, como si me viniera desde dentro. La piel de los nudillos se ha abierto y empieza a sangrar. Miro la sangre con una calma rara. Me da igual. De hecho, podría partirme todos los huesos de la mano ahora mismo y no me dolería tanto como la puta idea de que ella se ha ido sin mirar atrás.

—Se ha marchado por su propio pie —escupo las palabras como si me quemaran la boca—. Como si no hubiera nada aquí que

valiera la pena para quedarse.

Callahan traga saliva y no contesta. Tiene esa cara de militar viejo que ha visto cosas peores, pero que no sabe qué hacer con un hombre deshecho por una mujer.

—Puede que solo quisiera escapar —se atreve a decir, aunque sin estar convencido de sus palabras.

Lo miro con los ojos entornados.

—No necesito tus interpretaciones. Solo dame datos.

Callahan asiente y recoge la carpeta.

—Voy a seguir tirando del hilo. Si aparece algo, serás el primero en saberlo.

Asiento sin abrir la boca.

Cuando se marcha, cierro la puerta con la mano que no me sangra y me dejo caer en el sillón. La herida me escuece con cada latido de mi corazón, pero es un escozor limpio y sincero. No como lo otro.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en las rodillas y dejo caer la cabeza entre las manos. El despacho está en penumbra. Afuera debe de estar amaneciendo, pero aquí dentro todo sigue lleno de oscuridad. Como yo.

No sé cuándo fue la última vez que lloré. Lo intento recordar, pero todo se me emborrona, como si lo hubiera borrado a propósito. Quizá fue de crío, en alguna noche en la que aún creía que llorar servía para algo. Ahora, en cambio, me siento aquí, con la garganta hecha un nudo y los ojos ardiéndome, y no tiene ningún puto sentido que me pase esto ahora. Pero me pasa.

Me tiemblan los labios. Tengo que apretar los dientes para no soltar un ruido que me delate. Porque sé que si hablo, si me atrevo a decir una sola palabra en voz alta, se me va a romper el pecho como un cristal bajo una piedra y no quiero que nadie escuche eso. Ni siquiera yo. Así que no digo nada. No grito, ni lanzo ningún vaso contra la pared, ni arranco nada de su lugar. Solo me quedo quieto, con los codos sobre las rodillas y el cuerpo encogido, mientras todo dentro de mí se desmorona sin hacer ruido. Porque soy yo el que se rompe esta vez. No el despacho, ni mi control, solo yo.

Lloro en silencio, porque ella se ha ido sola y sin mirar atrás. No tuve el valor de decirle lo que era para mí sin envolverlo en órdenes, amenazas o silencios cobardes. Porque me creí que tenerla cerca bastaba, que con eso sería suficiente. Pero no lo era, nunca lo fue. Y ahora lo sé, aunque ya es demasiado tarde

Me cubro los ojos con la palma de la mano y noto cómo me arde el cuerpo y me duele el orgullo. Me desangro por dentro como un imbécil que ha perdido lo único que no sabía que podía querer.

«Me has dejado sin pelear. Y yo... no sé cómo luchar».

Capítulo 2

Giorgia

El apartamento en el que ahora vivo es nuevo, pequeño y limpio. Demasiado limpio. Tiene esa frialdad de los sitios que se han decorado sin alma, con el objetivo de ser funcionales, pero no habitables. Todo está en su sitio, medido, pero también perfectamente muerto. La cocina no huele a nada… Ni a pan, ni a café, ni a vida. Las paredes son blancas, sin una sola grieta, sin un solo cuadro y sin ningún recuerdo que contar.

Camino descalza por el suelo helado sin muy saber bien por qué. De hecho, podría ponerme calcetines, unas zapatillas o algo. Pero me gusta sentir ese frío en las plantas de los pies, porque es la única sensación que no me han controlado. Me acerco a la ventana del salón, aunque no la abro, porque no puedo. Las cortinas permanecen cerradas todo el día. Otra de las medidas de *protección* que Alex ha decidido por mí.

Sophia Morandi. Así me llamo ahora o eso pone en los papeles, en el buzón de este piso sin alma y en la base de datos que Alex ha montado para que nadie me encuentre.

Sophia. Un nombre que suena suave, que no amenaza a nadie ni carga con una historia que nadie debería conocer. Pero a mí me pesa como una piedra.

Me siento en el borde de la cama. Esa cama que no cruje, ni guarda secretos, ni me ha visto llorar de verdad porque aquí, en este lugar, ni siquiera he sabido cómo hacerlo. Respiro hondo y me quedo quieta, sintiendo que en mi pecho se va acumulando una presión, que en cualquier momento necesitara estallar y no encontrara por dónde.

Me levanto y voy al baño. El espejo está limpio, sin huellas, como todo lo demás. Me miro en él y veo a una mujer que me observa y que no reconozco. Tiene el pelo oscuro, cortado recto a la altura de los hombros y demasiado liso. También lleva lentillas que apagan el azul de sus ojos hasta volverlos castaños. Cejas perfiladas y piel sin maquillaje. Soy otra o, al menos, lo parezco, pero por dentro... por dentro sigo siendo la misma.

—Parezco otra —susurro.

Me recojo el pelo en un moño flojo, como si eso fuera a devolverme algo de mi verdadera identidad, pero me quedo lejos de lograrlo. Salgo al pasillo y voy a la cocina. En la nevera veo una lista escrita a mano por Alex con horarios e instrucciones. Casi es un manual de uso: desayuno de ocho a ocho y media, paseo permitido de nueve a diez, vuelta antes de las once, pedidos a través de Nina. Nada de visitas, ni de llamadas. Nada que tenga que ver con él pasado.

Me sirvo café en una taza blanca y le doy un sorbo, aunque no tiene sabor. Ni siquiera estoy segura de que sea café. Es un gesto, un acto mecánico que me recuerda que hay un antes y un después. Me siento en el sofá y dejo la taza en la mesa sin mirar. La tela gris bajo mis piernas es la misma que el primer día. Todo sigue igual, como si el tiempo no pasara aquí dentro.

Pienso en encender la televisión, pero me quedo mirando el mando sin mover los dedos. Me cruzo de brazos y miro hacia la puerta de salida, que debo cerrar con dos vueltas de llave todas las noches. Alex dice que es por mi bien. Que nadie puede saber dónde estoy. Que cuanto menos me exponga, mejor.

Pero yo sí lo sé. Sé que estoy enjaulada en un piso que huele a lejía y que vivo con un nombre que no me pertenece. También tengo muy claro que me muevo como si estuviera

ocupando el cuerpo de otra, pero lo que tengo aún más claro es que mi corazón sigue latiendo por algo que dejé atrás y eso no sé cómo cambiarlo. Porque no importa cuánto cambie por fuera. Él sigue dentro, en mis huesos, en el centro del pecho y en ese hueco de mi corazón, que me escuece cuando intento dormir. Sigue en mi cara cuando me miro en el espejo. Sigue en la forma en que me echo el pelo hacia atrás y espero sentir sus dedos agarrándolo, también en la respiración que no llega a ser susurro y en el recuerdo de una voz grave que decía mi nombre como si tuviera derecho a él.

Mientras yo sigo aquí, pero sin estar.

La noche llega sin avisar o puede que lo haga, pero yo ya no me molesto en mirar el reloj. Las horas se parecen demasiado entre sí. Cambian los sonidos, los olores, pero no el peso de todo esto.

En la cocina, el extractor murmura un zumbido leve. Hay una olla en el fuego, una cuchara de madera, algo que huele a tomate, a orégano y a intento de normalidad. Alex está a mi lado. No dice mucho, pero se mueve con esa actitud de quien cree que su sola presencia basta para aliviar el mundo de los demás. Corta cebolla con una calma ensayada, como si no supiera que estoy al borde de desaparecer por dentro.

—¿Te acuerdas de cuando hacíamos esta receta en mi apartamento de Brooklyn? —pregunta sin mirarme, como si hablarle al aire hiciera la conversación más segura.

Asiento con una sonrisa que no tiene nada de real, pero no le contesto, porque no puedo. Porque no, no me acuerdo o no como él querría. Yo recuerdo otra cosa. Recuerdo una risa forzada, una cama que nunca terminaba de ser cómoda, una sensación permanente de querer salir corriendo sin saber a dónde. Ahora lo veo tan claro que hasta me cuesta creer que alguna vez llegara a pensar que lo nuestro pudo llegar a tener sentido.

Él se gira y me acerca la cuchara a la boca.

—Prueba.

La acepto. Soplo, pruebo y me sabe bien. Como cualquier plato que podrías encontrar en una cocina cualquiera, en una vida

cualquiera.

—Está bueno —le digo, porque no tengo fuerzas para otra cosa.

Mi voz suena neutra y vacía, como si hubiera salido de otra boca que no es la mía. Alex me observa unos segundos. Ladea la cabeza y sonríe con esa ternura fabricada que años atrás me habría bastado, pero ahora ya no.

Ahora sé lo que es desear a alguien de verdad. Sé lo que es temblar con una sola mirada o con una palabra. Sé lo que es sentirme desnuda sin que me toquen y sé que eso con él nunca existió.

La sonrisa se me dibuja por inercia, pero no tiene alma. No me llega a los ojos, porque mis ojos están atrapados en otra escena. En ese instante en que la puerta del taxi se cerró a mi lado con un golpe seco y en el sonido del asiento de cuero al hundirse bajo mi peso. Recuerdo cómo apreté la llave entre los dedos, la misma que llevaba colgada del cuello desde que me la dio. La única parte de mí que seguía siendo real cuando todo lo demás se estaba cayendo a pedazos.

Él se quedó allí como si el mundo se hubiera detenido cuando me marché y yo me alejé de él sin volver la cabeza. No lo hice por coraje, ni por esa libertad que tanto se empeñaban en prometerme. Lo hice porque sabía que, si lo miraba una sola vez más, me habría roto por dentro, porque el alma se me habría resquebrajado en mitad del trayecto y habría suplicado quedarme.

Me sentía traidora, porque lo era y huí con el cuerpo tenso y el corazón aferrado a algo que no quería soltar. Tenía que marcharme. Lo sabía, pero eso no impidió que una parte de mí quisiera quedarse. Quedarse con él, aunque me rompiera y una parte de mí también supiera que, si lo hacía, acabaría perdiéndome para siempre.

Lanzo un hondo suspiro y termino de poner la mesa. Alex habla de algo, pero ya no lo escucho. Asiento cuando toca y finjo cuando es necesario. Cuando los platos están sobre la cena, le digo que me duele la cabeza y que prefiero irme a la cama, el asiente, sin más y yo me alejo. Cuando entro en la habitación, cierro la puerta y me siento sobre la cama con las piernas cruzadas. Saco la libreta

que escondo en el fondo del cajón, una de tapas negras, con las esquinas dobladas por el uso, y que no tiene nombre ni fecha, solo las palabras que no puedo decir en voz alta.

Paso las hojas con los dedos temblorosos y cojo el bolígrafo. Escribo sin pensar demasiado palabras sueltas, frases sin punto final y pensamientos que ni entiendo, pero que necesitan salir de mi cabeza.

«Echo de menos su voz, incluso cuando me callaba».

«Hay noches en las que me despierto creyendo que sigo en el estudio».

«Me toco la clavícula buscando su aliento».

Cierro los ojos un instante y el bolígrafo tiembla entre mis dedos, pero abro los ojos y me obligo a seguir escribiendo.

«No sé si lo odiaba... o si solo me odiaba a mí por haberlo amado».

Capítulo 3

Maden

Me despierto con la boca seca y el cuello agarrotado. Otra vez en el sofá del despacho. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que dormí en la cama. El cuero está caliente bajo mi espalda, pero no es por el sol. Es por las horas que llevo tirado aquí, con la camisa arrugada y el mismo nudo en la garganta de siempre.

Los documentos están esparcidos por el suelo a mi alrededor. Informes financieros, balances, cartas sin abrir. Podría recogerlos, leerlos y hacer algo con ellos, pero no lo hago. No tengo fuerzas ni ganas. No tengo nada.

Callahan entra sin llamar, aunque ya ni eso me molesta. Sabe que, si tiene que esperar a que yo lo autorice a entrar, se puede quedar plantado al otro lado de la puerta todo el día.

—Los rusos han vuelto a llamar. Quieren saber cuándo piensas mover ficha. El Velvet ha reabierto, pero la asistencia está bajo mínimos. El club de Londres lleva dos semanas en números rojos. Necesitamos reestructurar.

Le escucho hablar, pero es como si su voz me llegara a través de un cristal y oyera un murmullo lejano que no entiendo. Asiento, no porque le haya entendido, sino porque sé que él espera una reacción por mi parte.

—Maden, tienes que moverte. Si no das señales de vida, van a comerte por los pies.

Levanto la vista y lo miro. No con rabia. Con nada, porque eso es lo que tengo ahora: nada. Me estoy apagando, y ni siquiera el miedo me empuja.

—Haz lo que tengas que hacer —murmuro sin moverme.

Callahan aprieta la mandíbula y asiente antes de salir. Cierra la puerta sin hacer ruido y el clic seco del pomo es lo último que escucho antes de que vuelva a rodearme el silencio.

Pasan unos minutos o, quizá, sean horas. No lo sé, porque todo va a otra velocidad desde que ella se fue. Desde que ese puto ascensor se cerró con ella dentro y yo me quedé mirando la puerta como un imbécil y sin hacer nada, como ahora.

Un timbre me arranca de golpe de mis pensamientos. Alzo la mirada aturdido y miro a mi alrededor. Otra vez se oye el mismo timbrazo y reconozco que es el interfono. Nadie llama a esta hora. Me levanto a desgana, marco el botón y contesto.

—Dígame.

—Entrega para usted. No tiene remitente.

Pulso para abrir, aunque no me molesto en preguntar nada más. En menos de cinco minutos, tengo el paquete en la mesa del despacho. Es rectangular y está envuelto en papel *kraft*. No hay dirección, ni remitente, ni una nota, nada. Solo mi nombre escrito a mano con tinta negra.

Arranco el envoltorio con los dedos y lo que hay dentro me deja sin aliento.

Un lienzo negro, totalmente pintado de ese color excepto por un punto rojo, pequeño y exacto, colocado justo en el centro.

Me quedo quieto, muy quieto. No respiro, ni parpadeo, ni pienso, solo miro.

Es de ella, no tengo duda. Es su manera de gritar sin hacer ruido. Su forma de dejarse la piel en algo para no romperse por dentro. El lienzo me quema entre las manos. Lo apoyo sobre la pared del despacho, me siento frente a él y me limito a observarlo.

Las horas pasan sin que me entere. No enciendo ninguna luz, ni me levanto, ni digo ni media palabra. Solo me limito a

observar ese punto rojo como si pudiera decirme dónde está, como si pudiera guiarme hasta Giorgia.

Entonces la recuerdo cuando estaba desnuda en el estudio pintando, con el pelo recogido a medias, la piel llena de manchas de acrílico y los pies descalzos sobre el suelo. Recuerdo la curva de su espalda, la tensión en sus hombros y la manera en que apretaba los labios cuando estaba concentrada. Se giró hacia mí sin dejar de pintar. Tenía los dedos manchados de rojo. Me tocó el pecho, la clavícula y la cara. Me dejó huellas, aunque no solo de pintura, sino de vida.

Cierro los ojos y noto cómo ese punto rojo rodeado de negro me estalla por dentro.

—Está bien —susurro, más para convencerme que por otra cosa—. Si le hubieran hecho algo, yo lo sabría.

Pero luego viene la otra frase. La que no se me clava en medio del pecho y me atraviesa.

—Si no me odiara... ya habría vuelto.

Me acerco al cuadro despacio, como si cada uno de mis pasos me pesara el doble. Me agacho frente a él y dejo que mis dedos rocen el marco con la punta, sin prisa. Lo acaricio como si estuviera tocando su piel y en la textura de la madera pudiera encontrar la curva de su espalda, la tibieza de su nuca y el temblor apenas perceptible que recorría su cuerpo cuando cerraba los ojos.

Recorro el borde como si eso bastara para mantenerla cerca, como si con solo rozar lo que ella tocó pudiera evitar que se me escurra del pecho. El lienzo ya no es solo un cuadro, es la prueba de que, aunque se haya ido, algo de ella sigue aquí. Y me aferro a eso. A esa mancha de rojo en medio del vacío. Al olor que juraría que aún queda entre las fibras del lienzo y a este instante en el que no hay nada más que yo y lo que ella dejó atrás. Porque quizá este cuadro sea lo último que me queda de ella, pero ahora mismo… también es lo único.

Capítulo 4

Giorgia

No planeo entrar. Ni siquiera sé en qué momento me detengo frente al escaparate. Pero algo en esa vitrina me llama, como si el color me hablara de lejos y el tacto de los pinceles aún me conociera. No es una tienda bonita, ni moderna. No es más que una papelería de barrio, con el cartel desgastado y polvo acumulado en las esquinas. Pero, desde donde estoy, puedo ver que dentro, al fondo, hay una estantería de madera con tubos de pigmento, pasteles al óleo y botes de barniz.

Abro la puerta y el sonido de la campanilla me sacude. Me recuerda a otras puertas de mi otra vida. Pero, al instante, la dependienta me saluda sin insistencia. Agradezco el gesto y camino por el pasillo central con las manos en los bolsillos del abrigo. Al principio no toco nada. Solo observo. Pero entonces veo un bloc de hojas gruesas, de esos que resisten el peso de cualquier trazo. Al lado, pinceles, con cerdas suaves, y un juego de carboncillos. Los cojo sin pensarlo demasiado. Lo mismo hago con un bote de pigmento rojo. No el acrílico de siempre. Es tinte puro, de esos que manchan los dedos durante días. Lo necesito, no sé para qué, pero lo necesito.

Poco después, salgo de la tienda con una bolsa marrón colgando de la mano. Noto el carga de cada cosa, aunque no pese

demasiado. Camino sin rumbo por unas calles que empiezo a conocer de memoria, pero que sigo recorriendo como si fueran un laberinto. Cuando llego al piso, no digo nada. Alex está sentado en el sofá, con el portátil abierto y una taza humeante en la mano.

—Has estado fuera más de la cuenta.

Lo dice sin levantar la vista, como quien comenta el tiempo. Pero yo no soy idiota y sé que me está controlando. Le ignoro y me encierro en la habitación. Cierro la puerta y saco el bloc, los carboncillos y el pigmento.

Pinto de pie, junto a la ventana cerrada. No uso los pinceles sino los dedos. El trazo es grueso e impulsivo. El polvo negro se me pega a las yemas y mancha el papel, la mesa y mi ropa. Pero me siento viva, sucia y libre. Todo lo demás no me importa.

La figura que aparece frente a mí sin que yo la haya planificado es un cuerpo masculino grande y sin rostro. Parece roto por dentro. No tiene ojos ni boca. Solo trazos oscuros que estallan desde el centro, como si algo hubiera explotado en su pecho.

Me quedo observándolo durante un rato largo. Siento el sudor bajándome por la espalda, el pulso acelerado y el temblor en mis manos. Esto no es arte, sino un grito desgarrador que se escapa desde el centro de mi alma.

La puerta se entreabre.

—¡Estás pintando!

Es Alex, que entra sin pedir permiso. Por suerte, se apoya en el marco y no se acerca. Se limita a mirar mi dibujo.

—Es potente —añade—. ¿Es alguien que echas de menos?

No le contesto ni me muevo. Me limito a observar la figura sin rostro, a sentir el calor del pigmento en mi piel y a recordar la última vez que alguien me miró sin intentar retenerme.

Él no lo sabe, pero acabo de recuperar algo que creía perdido y que no puede controlar, porque es solo mío y, por primera vez, siento que puedo respirar sin ahogarme.

Saco los botes viejos de pintura del armario bajo la encimera. Son los que encontré el primer día, escondidos tras los utensilios de

limpieza. Huelen a humedad y a tiempo muerto. Me da igual. Necesito hacer espacio y despejar esta casa de todo lo que no sea mío, quizá eso me haga sentir más cómoda entre estas cuatro paredes.

Los coloco sobre la encimera y empiezo a revisar uno por uno. Acrílicos resecos, pinceles pegados por el polvo y una paleta agrietada. Todo termina sin demasiados miramientos dentro de una bolsa negra de basura. Cuando la cierro, noto que algo se queda enganchado en el borde. Meto la mano para sacarlo y me sorprendo al ver una hoja de papel arrugada. La abro y la estiro. Al principio no entiendo lo que veo. Pero luego poco a poco sí al ver mi nombre antiguo «Giorgia Marchese» escrito con letra de imprenta y tachado con rotulador negro. Debajo, hay datos que no comprendo del todo: códigos, siglas y un sello en la esquina del FBI. Al verlo, mis ojos se abren de par en par. Me quedo quieta y noto cómo el corazón me late en el cuello, en las sienes y hasta en la punta de los dedos.

El documento tiembla en mi mano, por lo que lo pongo sobre la encimera y lo miro con atención como si fuera una broma de mal gusto, pero no lo es. El papel estaba dentro de esta casa y en la basura como si alguien hubiera querido que desapareciera sin dejar rastro.

Cruzo el pasillo con grandes zancadas hasta que llego al salón, donde está Alex trabajando con su portátil. Al escucharme, alza la mirada y me sonríe. Dibuja en su cara esa sonrisa amable que tanto le gusta usar, como si sirviera para suavizar todo.

—¿Qué pasa? —me pregunta y deja el portátil sobre la mesa.

Le lanzo el papel.

—Estaba en la basura ¡Explícamelo!

Lo coge y por su gesto compruebo que lo reconoce al instante, aunque no dice nada durante unos segundos. Luego suelta un suspiro, como si le pesara tener que hablarme de eso.

—Eso es solo un borrador viejo, no es nada.... Lo usé para pedirte protección oficial antes de que tuvieras la nueva identidad. No tiene ninguna importancia.

—No me lo creo.

—Giorgia...

—No me llames así. ¡No te atrevas!

Su expresión cambia por un segundo, pero rápidamente regresa a esa calma programada, como todo lo tuviera bajo control.

—No hay nada más. Tienes que confiar en mí. Solo estoy intentando ayudarte. Siempre lo he hecho.

En ese momento exacto, algo dentro de mí se rompe. No sé si es que ya no le reconozco o si, simplemente, he dejado de querer hacerlo. Miro su cara y solo veo una máscara bien ensayada. Esa calma forzada, esa voz medida al milímetro y su manera de envolver las mentiras con gestos dulces, como si bastara con decirlo despacio para que dejara de doler, ya no lo soporto.

Maden también mentía, pero nunca se disfrazó de algo que no era, ni intentó parecer bueno. Lo suyo era fuego directo y sin filtros. Dolía, sí, pero no se escondía detrás de nada.

Alex sí lo hace. Él juega a ser el salvador, a ser el que me protege mientras, poco a poco, me encierra. Y eso… me revuelve las tripas de una forma que no esperaba, porque ahora sé que es peor alguien que miente con una caricia, que alguien que te dice la verdad con los dientes apretados.

Me giro sin decir ni una palabra y camino hasta la habitación y cierro la puerta con una mano que me tiembla y me apoyo en ella un segundo, como si necesitara recordarme que sigo aquí dentro. El papel sigue en mi mano, arrugado y sucio, pero todavía parece que me queme la piel. Como todo esto y como Alex.

No sé quién soy dentro de esta casa, ni sé si alguna vez lo he sabido, pero lo que sí tengo claro es que él tampoco es quien dice ser. Ni quien yo quería creer que era.

Capítulo 5

Maden

La imagen parpadea unos segundos antes de estabilizarse. En la pantalla, el edificio aparece encuadrado desde una cámara fija. La fachada está limpia, anodina, como cualquiera de las decenas de bloques residenciales de esa zona. No hay nada especial ni nada que llame la atención, salvo Giorgia.

Al principio no estoy seguro de si es ella. La calidad del vídeo es buena, pero la figura que aparece en escena está de espaldas, cruzando la puerta sin prisa. Lleva un abrigo largo que le cubre hasta las rodillas y una bufanda oscura. Camina con la cabeza gacha, como si no esperara nada de nadie y moverse no fuera más que un acto mecánico.

Pero entonces gira ligeramente el rostro hacia la calle y veo claramente que es ella. El pelo ahora lo lleva negro, liso y más corto. No se parece en nada al cabello que se apartaba del cuello cuando pintaba durante horas en el estudio. Pero es ella, aunque vaya disfrazada de otra, su gesto se haya borrado, sus ojos no brillen y su boca no se curve como antes.

La reconozco igual, porque hay algo en su manera de andar, en el peso que arrastra, que sigue siendo suyo y de nadie más.

Pongo pausa en el vídeo cuando aparece claramente en la imagen y ahí está. La reconocería entre un millón de mujeres. La encontraría aunque la escondieran en un país que no saliera en los mapas, porque, aunque se oculte bajo otro nombre y se maquille para borrar lo que fue, lo que es está grabado en sus huesos… y en los míos.

Me dejo caer en la silla con la imagen aún congelada en la pantalla, en la que aparece en mitad de la acera, con el viento levantándole el borde del abrigo y esa expresión en la cara que me dice que solo está sobreviviendo.

Me paso las manos por el rostro y resoplo. No me sorprende que esté viva, porque siempre lo he sabido. Pero una cosa es saberlo y otra distinta es verla así, apagada y lejos de todo y de mí.

Me he prometido mil veces no intervenir, ni buscarla, ni romper lo poco que le quede en pie. Eso me digo cada vez que enciendo esta pantalla y vuelvo a buscar su rastro en la red. Cada vez que me cuelo sin dejar huella en el sistema de vigilancia de Greyson, aunque sepa que me la estoy jugando. Pero no lo puedo evitar, porque el sistema que la protege no es normal, es demasiado complejo y limpio. No es el tipo de cobertura que un civil puede conseguir por muy bien conectado que esté y ahora lo entiendo todo. Greyson no está solo, tiene una estructura detrás. Un entramado hecho de siglas, niveles y permisos que escapan a cualquier control.

Esto no es solo el FBI sino algo más. Algo que opera en silencio, sin dejar rastro y que puede borrar a alguien del mapa sin pestañear. Sin embargo, no hacen ese tipo de movimientos por cualquiera, pero supongo que si llevas el apellido Marchese, todo cambia.

Me levanto del sillón con los músculos tensos y camino hasta el ventanal. Desde aquí, la ciudad se extiende como un monstruo vivo. Imponente, brillante y ajena a todo. Me cruzo de brazos, como si eso pudiera contener algo, pero no sirve de nada.

La tengo metida en la cabeza. No la versión que conocí en el Soho, ni la que gritaba con la mirada cuando vivía en mi casa sin atreverse a mirarme de frente. Ahora hay otra, una que no conozco,

porque es una sombra de ella, que sobrevive en lugar de vivir. Que se mueve, pero no siente y que se ha convertido en la sombra de lo que fue y esa imagen me muerde por dentro. Me jode hasta hacerme daño, aunque todavía no actúo.

Callahan entra sin avisar, como siempre. Pero esta vez lleva una carpeta bajo el brazo y no el iPad ni el móvil. Solo lleva papel y cuando aparece así es porque lo que trae pesa, pero no en gramos sino en consecuencias.

La deja sobre la mesa sin mirarme a la cara. Yo sigo de pie frente al ventanal, con los brazos cruzados y la cabeza revuelta. Me cuesta estar quieto, pero no quiero moverme hasta que él hable.

—Es peor de lo que pensábamos —dice.

No le respondo, porque no hace falta. Lo miro cuando abre la carpeta y me muestra las primeras fotos. Imágenes captadas desde lejos, reuniones privadas y grabaciones de vigilancia de Alex Greyson con Vittorio Marchese.

Mi pulso se tensa al ver lo que tengo frente a mí.

—¿Cuándo?

—Hace meses. Incluso antes de la boda. Algunas son en Nueva York y otras en Milán. El tipo no solo trabaja para el FBI, también tiene vínculos directos con tu suegro y no parecen casuales.

Cojo la foto con los dedos. Me cuesta tragar saliva. Ahí están. Sentados en un restaurante privado. La postura de Vittorio es la de siempre, de patriarca que lo controla todo sin moverse del sitio. Pero es la cara de Greyson lo que me altera. Parece cómoda y seguro, como si llevara años sentado a esa mesa.

Dejo los papeles sobre el escritorio y me paso la mano por la cara. El corazón me golpea el pecho como si algo hubiera estallado por dentro. Giro la cabeza y clavo la mirada en el cuadro, que ella lo pintó para decirme que seguía viva, que no se había rendido. Pero ahora todo lo que me llega es ruido, traición y que alguien que está cerca de ella la envenena.

—Quiero saberlo todo. Lo que ha dicho. Lo que ha tocado. Todo lo que ha hecho cerca de ella. No quiero suposiciones. Quiero

hechos —le digo a Callahan y le arranco el resto de los informes de las manos.

—Maden, si hacemos esto, estaremos cruzando una línea…

—Ya la cruzamos el día que ella desapareció.

La rabia me sube por la garganta, me quema, me muerde y no la suelto, porque si hago, estallo.

Me giro hacia el cuadro y me quedo mirándolo sin pestañear. El rojo parece más vivo hoy, como si supiera lo que está a punto de suceder.

Callahan guarda silencio. No necesita que le diga nada más, porque sabe lo que viene. Lo he hecho antes, pero esta vez es distinto, porque ahora no se trata de control, ni de poder. Esta vez es personal.

Todavía no es el momento. Pero cuando llegue... No dejaré nada en pie

Capítulo 6

Giorgia

La ciudad está en calma, o eso parece desde esta ventana cerrada. Enciendo la luz del escritorio y me quedo sentada, con los codos apoyados en la mesa y los dedos enredados en el pelo. El papel en blanco delante de mí me provoca un nudo que no está en la garganta, sino en esa zona entre el pecho y el estómago, donde se guardan las palabras que no puedes pronunciar en voz alta.

Cojo el boli de tinta negra y empiezo a escribir.

«Te odio por hacerme necesitarte».

Las palabras salen rápidas y sin filtro, porque sé que esta carta nunca se la enviaré a Maden. Ni siquiera estoy segura de que sea una carta. Simplemente necesito ponerlo negro sobre blanco, porque hacerlo es como si me sacara algo de dentro con cada frase y pudiese quedarme vacía por un segundo.

«Te quise antes de saber si eras real. Antes de saber si habías existido de verdad o solo eras la forma que tenía mi cuerpo de pedirme que no me apagara».

Me detengo, respiro y miro mis manos. Están manchadas de tinta y, quizá, de miedo y de deseo. Porque si cierro los ojos, sé exactamente dónde pondría los dedos si él estuviera ahora aquí: sobre su cuello, en el borde de su camisa y en aquella línea tensa de

su espalda que recuerdo que se le dibujaba cuando se inclinaba sobre mí con la respiración clavada en mi clavícula.

«No sé si fuiste mi cárcel o mi única forma de respirar».

Vuelvo a escribir, pero ahora con más rabia, menos miedo y con esa sensación de estar cometiendo un error precioso.

«A veces me despierto pensando que sigues al otro lado del pasillo. Que si abro la puerta estarás ahí, de pie, como si nada se hubiese roto. Pero me jode saber que, aunque eso pasara, no sabría si abrazarte o escupirte en la cara».

Me levanto, doblo la hoja con cuidado, como si no quisiera hacerle daño y la meto entre las páginas de un libro que hace semanas no abro. El del estante más bajo de la estantería, que sé que nadie toca, porque parece invisible.

Han pasado días desde que escribí la carta. No la he vuelto a leer, ni he querido pensar demasiado en ella, pero esta noche algo me pesa en el pecho y no me deja tranquila. Me levanto de la cama, voy descalza hasta la estantería y me agacho para buscar el libro donde la escondí. El del estante más bajo que nadie toca.

Abro la cubierta con cuidado y paso las páginas despacio una por una buscándola, pero no está. Arrugo el entrecejo extrañada y vuelvo a repasar las hojas. Esta vez más rápido, pero no la encuentro. Cierro el libro, lo agito boca abajo sujetándolo solo por las cubiertas, pero nada. Lo abro otra vez y lo repaso hoja a hoja por tercera vez.

La carta ha desaparecido. No puede ser. Me quedo en cuclillas, mirando el libro abierto sobre mis piernas, con una expresión que no sabría explicarme ni yo misma. Me pongo en pie, lo dejo sobre la mesa y reviso la estantería entera. Uno a uno. Todos los libros. Los de arriba también, los del fondo e incluso hasta los que nunca he abierto.

Nada.

Me acerco al escritorio y miro los cajones. Abro el primero, luego el segundo y vuelco su contenido sobre la alfombra y después

los vuelvo a ordenar. Reviso la basura. El fondo del armario. Bajo la cama.

Nada.

Empiezo a sudar. Tengo el pulso acelerado, las manos frías y el corazón bombeando como si se me fuera a salir por la boca.

La carta no está. ¿Cómo puede no estar? Nadie ha entrado aquí o, bueno, nadie debería haber entrado. Noto el peso de esa posibilidad abriéndose paso en mi cabeza. No quiero pensarlo, pero no puedo evitar que esa idea de vueltas dentro de mí sin parar.

Salgo de la habitación y veo que Alex está en la cocina, sentado y mirando algo en el móvil. Cuando me ve, alza la vista y sonríe.

—¿No puedes dormir?

No le respondo, solo me pongo frente a él, con los brazos cruzados.

—Ha desaparecido algo —le digo al fin, y no reconozco mi propia voz que es más grave y cortante.

—¿El qué?

—Una hoja. Una carta. Estaba en un libro en el estante más bajo de la estantería de mi habitación.

Alex ladea la cabeza. No parece sorprendido, ni siquiera curioso, solo tranquilo.

—Seguro que está por ahí. A veces uno guarda cosas y luego se convence de que lo hizo en otro sitio. Te ayudaré a buscarla mañana.

Su voz es demasiado suave, como si hubiera ensayado cada una de las palabras que acaba de decirme. Me quedo mirándolo, porque hay algo en esa calma que trata de transmitirme, que me hace sentir extraña. Como si todo lo que me rodea hubiera cambiado de forma sin que me diera cuenta y el peligro ya no viniera del pasado, sino del presente, de Alex.

Asiento, aunque no me creo ni una de las palabras que acaba de decirme. Me doy la vuelta, regreso a la habitación y cierro la puerta. Me quedo apoyada en ella durante unos segundos, con el corazón atronándome en los oídos.

No tengo miedo de lo que fui sino de lo que hay dentro de las paredes de esta casa, tengo miedo de Alex.

Capítulo 7

Maden

La pantalla del ordenador sigue encendida, pero hace rato que no veo nada. Solo la carpeta abierta en el escritorio y el icono de un archivo, que no tiene nombre, solo una fecha. No hay mensaje, ni remitente claro. Solo un archivo cifrado que Callahan interceptó en uno de los canales internos de un servidor que no debería existir.

He tardado dos días en abrirlo. No por seguridad sino por miedo, porque desde el primer segundo supe que era de Giorgia.

Cuando por fin introduzco la contraseña y el archivo se despliega en pantalla, lo primero que aparece es una imagen escaneada. Un papel doblado por las esquinas y manuscrito con tinta negra. Solo verlo, reconozco su caligrafía antes de leer siquiera la primera palabra. La letra es ella, no tengo duda.

Empiezo a leer el texto.

«Te odio por hacerme necesitarte».

Siento un golpe en el estómago al ver cómo empieza el texto. No hay ni saludo, solo una verdad en la primera frase, que hace que me arda el pecho. Mis manos se tensan sobre el teclado, pero no dejo de leer.

«Te quise antes de saber si eras real. Antes de saber si habías existido de verdad o solo eras la forma que tenía mi cuerpo de pedirme que no me apagara».

Trago saliva y noto que me duele el cuello. La tensión se me acumula entre los omóplatos, pero me da igual. Sigo leyendo, con los dientes apretados.

«No sé si fuiste mi cárcel o mi única forma de respirar».

No es solo lo que dice, sino cómo lo dice. Su voz que me llega a través de la pantalla, directa al pecho, sin artificios, ni intenta quedar bien. Simplemente es ella, cruda, rabiosa y mía.

El corazón me late con fuerza en medio del pecho, por esta amalgama de impotencia, ternura y miedo que me invade. Porque si ha escrito esto es porque sigue sintiéndome dentro de su corazón, aunque también significa que no piensa volver.

Me aparto de la pantalla, me paso una mano por la cara y me quedo sentado en la penumbra del despacho. No necesito pensar mucho para saber lo que ha pasado. Supongo que alguien del entorno de Alex, debe haberle traicionado y me ha hecho llegar esta carta.

Me levanto de la silla y observo de nuevo la ciudad desde la ventana. Me reflejo en el cristal y no me reconozco. Tengo la mirada clavada en un punto que no existe, el cuerpo en alerta y la espalda tensa.

No aguanto más.

Todavía guardo el sabor de sus palabras en la boca. El archivo sigue abierto en la pantalla, pero ya no necesito seguir leyéndolo. Tengo tatuado por dentro cada frase, giro, ataque y susurro disfrazado de rabia.

Me apoyo en el escritorio con las palmas abiertas. Las venas me laten en los antebrazos y la cabeza me da vueltas, pero no por el alcohol o por falta de sueño sino por ella. Por el puto recuerdo de su voz diciendo mi nombre con la boca medio abierta mientras me clavaba las uñas en la espalda.

La veo en mi mente. Giorgia, desnuda entre mis brazos, temblando contra mi pecho y sudando sobre mi piel. No era solo sexo, era algo que no sabíamos nombrar. Ella me arañaba la garganta con cada gemido. Me decía cosas sin decirlas. Me dejaba entrar en ella como si fuera el único lugar en el mundo donde se sentía a salvo o a punto de romperse. O ambas cosas a la vez.

Y ahora está esta carta escrita con tinta negra y coraje. La releo otra vez. Hasta que llego al final.

«Nunca sabrás si te odiaba... o si me odiaba a mí por necesitarte tanto».

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula. Esta frase me atraviesa. No por lo que confiesa, sino por lo que calla. Porque si me necesitaba, si de verdad lo hacía, entonces ya no me basta con saber que sigue viva, ni con mirarla desde una pantalla o recibir retazos de ella a través de terceros.

Guardo el archivo, lo encripto y lo cierro. Cojo la impresión que he hecho antes y la doblo. No la meto en una carpeta ni la dejo sobre la mesa, sino que me la guardo en el bolsillo interior de mi chaqueta, cerca del pecho. Allí donde me duele tanto.

Salgo del despacho. Mis pasos suenan firmes sobre el suelo y voy hacia el garaje, donde el coche me espera con el motor encendido. Me meto dentro sin pensarlo. No me hace falta ningún destino en el GPS, porque ya sé hacia dónde voy.

Antes de arrancar, llamo a Callahan.

—Localiza a Alex Greyson —digo sin rodeos—. Quiero su ubicación y la de ella. Las dos.

Silencio al otro lado y un instante después escucho que me responde con voz seca.

—Hecho.

Cuelgo. El volante bajo mis manos es firme, frío. Pero mis dedos ya no tiemblan. Esta vez no me bastará con traerla de vuelta. Esta vez... conseguiré que quiera quedarse.

Capítulo 8

Giorgia

Algo no cuadra. Lo siento en la forma en que Alex me mira cuando cree que no me doy cuenta. En sus silencios cada vez que le pregunto algo que no esperaba o en las llamadas que termina justo cuando cruzo la puerta y en el portátil que nunca deja completamente abierto. Son gestos sutiles, disimulados, pero a estas alturas ya no paso por alto ni lo más mínimo, porque cuando has vivido rodeada de mentiras, el instinto se agudiza.

Al principio pensé que era una paranoia mía. Que eran los restos de todo lo que había dejado atrás, pero ahora ya no pienso en eso, porque lo siento en el cuerpo, como si algo dentro de mí se encogiera cada vez que se acerca. Tengo la sensación de que estoy atrapada en una versión maquillada de otra cárcel distinta, pero cárcel al fin y al cabo.

Hay carpetas sobre su mesa que cambian de sitio cuando no estoy, correos que desaparecen y conversaciones que acaban justo cuando entro. Además, está esa manera suya de sonreír y de hacer que todo parezca bajo control, que me crispa los nervios.

Una tarde, mientras recojo unas tazas del salón, Nina me observa con una expresión seria, que no le había visto hasta ahora. Lleva horas sin decir palabra y moviéndose por la casa como una

sombra. Hasta que de pronto, cuando paso cerca de ella, me habla, aunque sin mirarme siquiera.

—Tienes que preguntarte si realmente has huido de un monstruo... o si has acabado en brazos de uno peor.

Su frase no me suena a consejo, ni a advertencia. Esas palabras son más que eso, son un cuchillo que se me clava en medio del pecho y me desgarra. Al escucharla, me quedo congelada y aprieto el libro que tengo entre las manos contra mí como si pudiera protegerme, aunque no sé muy bien de qué. Me giro muy despacio hacia ella, pero Nina está mirando la pantalla de su teléfono distraída como si no hubiera dicho nada y como si sus palabras no me hubieran destrozado el equilibrio.

No espera una respuesta, ni tampoco la necesita. Simplemente ella ha lanzado el dardo y se ha marchado sin hacer ruido ni ningún tipo de drama. Dejándome con la garganta cerrada y esa sensación de que, por primera vez desde que llegué aquí, alguien me está diciendo algo que sí debería escuchar.

Esa noche no pego ojo y el silencio de mi habitación me taladra las sienes. Cuando estoy segura de que todo el mundo en el piso duerme, me levanto con cuidado. Descalza, cruzo el pasillo hasta el salón. El portátil de Alex está en la mesa. Lo abro y la pantalla se enciende. Me pide una contraseña que no conozco, pero lo intento. Pruebo con su fecha de nacimiento, aunque es incorrecta. Pongo mi nombre, pero tampoco. Por tercera vez escribo el nombre de su madre y, como por arte de magia, el sistema se desbloquea.

No me sorprende que sea eso. Alex siempre ha sabido usar las emociones como cebo en todo lo que hace. El escritorio está vacío. Todo parece demasiado limpio y perfecto. Rebusco entre los archivos recientes, pero no encuentro nada, aunque hay una carpeta que llama mi atención porque está fuera de sitio. Semioculta, con un nombre que podría pasar por técnico, pero que no encaja. Clico encima con el ratón y la abro. Dentro encuentro un archivo comprimido.

«Marchese – Operación Puente».

Al leer el nombre del archivo, siento que el corazón se me para. Lo abro y encuentro muchas fotografías de mí, de mi padre y

de otros hombres que no reconozco. También hay archivos de sonido, conversaciones transcritas e informes. Todo está ordenado con una precisión enfermiza, algo muy propio de Alex.

Mientras reviso todo lo que hay en la carpeta, me encuentro con un apartado que me deja sin aire.

«Objetivo secundario: Vittorio Marchese. Objetivo prioritario: Maden Thorne. Contacto clave: G.M.».

No respiro solo me quedo mirando esas iniciales como si no fueran mías, pero lo son.

Inmediatamente, me aparto del portátil como si quemara. Doy un paso atrás y luego otro. Me cubro la boca con la mano para no gritar y la cabeza me da vueltas. Me siento como si el suelo se hubiera abierto bajo mis pies.

¿Siempre he sido parte del plan? La pregunta se repite en mi cabeza como un martillo y me aturde. Querría llorar, pero estoy tan bloqueada ahora mismo que mis lágrimas no se atreven a salir de mis ojos.

Capítulo 9

Maden

La oficina está en penumbra. Huele a cuero envejecido, a ambiente cerrado y a ese fondo amargo de whisky que lleva dos días sin tocarse, quieto en el aparador, como si también supiera que algo ha cambiado. La botella permanece ahí, medio llena, testigo inmóvil de todo lo que no me atrevo a decir en voz alta. No la he destapado, pero hay algo ella que me incomoda, como si estuviera esperando a que me rinda y acepte que ya no tengo el control de nada.

Me dejo caer en el sillón de piel con el cuerpo echado hacia atrás, la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos fijos en el ordenador encendido sobre la mesa. No hay hojas de cálculo abiertas, ni informes financieros, ni números que necesiten mi atención. Lo único que hay en la pantalla es un archivo de audio. Un simple .wav sin título, ni remitente, solo con una fecha. Una maldita fecha que tengo clavada como si fuera un alfiler. La semana en que todo se torció. Cuando ella dejó de mirarme como si fuera su refugio y empezó a hacerlo como si no supiera quién tenía delante.

Callahan ha llegado esta mañana sin previo aviso. No me ha dicho nada y ni siquiera me ha mirado. Solo se ha limitado a dejarme un *pendrive* negro sobre mi mesa y nada más.

—Tienes que escuchar esto —me dice y se marcha sin añadir una sola palabra más.

Llevo una hora delante del archivo y durante estos últimos sesenta minutos he pasado por todos los estados posibles. Duda, rabia, más duda y ahora esto: una quietud que me sabe a herida abierta.

Pulso *play* de nuevo y la grabación comienza con un leve zumbido. Luego, se escucha el sonido de una respiración contenida y, de repente, su voz.

—No puedo seguir aquí. Ayúdame a escapar de su control—ruega en voz baja, como si no quisiera que nadie la escuchara. Noto que ha estado llorando antes de decirlo y eso hace que me quede sin aire.

Después de lo que dice, se oye un silencio y después, la voz relajada de Alex.

—No te preocupes, no tendrás que seguir fingiendo durante mucho tiempo más.

Mi puño se cierra sobre el brazo del sillón con una fuerza que hace crujir la piel. Vuelvo a escuchar la frase de ella y luego la de él. Luego otra vez y otra. Hasta que me levanto de golpe. Camino por el despacho con tensión y siento como si tuviera una piedra dentro del pecho, que me impide respirar. No puedo creer que Giorgia en esa grabación hable de mí como si yo fuera su carcelero y lo que hubo entre nosotros no hubiera sido real. Aunque lo que hace que me hierva la sangre es Greyson, con su tono calculado y su falsa calma.

Ella cree que todo había sido una farsa y que cada vez que la miraba como si no existiera nada más en el mundo y que cada noche en la que me quedaba despierto solo para escuchar cómo respiraba mientras dormía… no eran más que parte del maldito papel que me había tocado jugar y esa idea me desgarra por dentro.

Sin embargo, ahora lo veo todo con una claridad que duele: se marchó porque pensaba que no había nada real entre ella y yo. Porque Greyson, ese cabrón que siempre ha sabido jugar con las palabras necesarias y las verdades a medias, se ha encargado de destrozar todo desde dentro y de convertir mis gestos en pruebas de una mentira que nunca ha existido y yo no he sabido detenerlo.

Regreso a mi mesa y paro el vídeo, aunque el eco de la voz de Giorgia sigue flotando en el despacho. Me sirvo un trago de whisky, pero el primer sorbo no me calma. El segundo, menos, solo me quema la garganta, aunque eso ahora mismo ya me da igual.

Cojo el teléfono y marco sin pensar.

—Callahan.

—Dime.

—Quiero a Greyson. Quiero cada paso que haya dado, cada llamada y contacto que haya tenido en los últimos seis meses. Lo quiero todo. No quiero que quede ni un solo cabo suelto.

—Entendido, ampliaré la búsqueda de información.

Cuelgo sin decir nada más y me acerco a la ventana para observar la ciudad, que sigue ahí fría y luminosa, pero también llena de mentiras.

Ya no quiero que vuelva Giorgia. Ahora… lo único que deseo es que Greyson pague por hacerla dudar de mí.

Capítulo 10

Giorgia

El apartamento está en silencio y a oscuras, porque he apagado las luces, con la certeza de que la oscuridad me ayudara a pensar con más claridad, pero lo único que he conseguido es que las paredes se me vengan encima.

Alex está sentado en la mesa de la cocina, con las mangas de la camisa remangadas y tratando de parecer calmado, algo que siempre ha hecho para parecer inofensivo. Me observa con los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados bajo su barbilla, como si estuviera esperando a que sea yo quién explote.

—Dime la verdad, Alex. Toda —mi voz suena como una cuerda que está a punto de romperse—. ¿Desde cuándo sabías que esto no iba de protegerme?

—Desde antes de que tú lo supieras —responde sin pestañear, como si su confesión no tuviera la más mínima importancia.

Lo miro fijamente y noto cómo me arde la cara y el pecho me late tan fuerte que parece que se me va a salir por la garganta.

—¿Y te quedas tan ancho? ¿Has jugado conmigo mientras fingías que querías ayudarme? —doy un paso hacia él, pero me siento atrapada en una cuerda invisible que me impide avanzar del

todo—. ¿Te has sentido orgulloso mientras hacías que me convirtiera en alguien que ya no sabía en quién confiar?

Alex suspira, como si le molestara tener que dar explicaciones.

—No es nada personal, Giorgia, pero debes entender que esta era la única manera de llegar a Maden. Usarte ha sido inevitable, pero reconoce que tú también has salido ganando, porque has podido escapar de ese infierno.

La bofetada que le doy suena tan seca, que ni siquiera siento el contacto contra su piel. Solo un calor rabioso que me sube por los brazos y me sacude entera.

—Escapar de Maden solo ha servido para romperme en mil pedazos —le escupo—. Ahora ya ni siquiera sé si estoy viva o si solo sigo andando por inercia.

Él se lleva la mano a la mejilla y me mira dolido, aunque no por mi bofetada, sino porque ahora no está controlando él la situación.

—No te pongas melodramática —masculla con desprecio.

—Melodramático fue fingir que esto era por mí —le corto con un tono más frío que la noche que se cuela por las rendijas.

En ese instante, todo revienta. El estallido retumba con una detonación seca y salvaje, que desgarra el aire como un grito contenido durante demasiado tiempo. El suelo se sacude bajo mis pies como si una mano invisible hubiera decidido arrancar los cimientos del mundo. Siento cómo el cuerpo se me va hacia atrás sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Me golpeo contra la pared con una fuerza que me saca el aliento. Escucho algo crujir, aunque no sé si ha sido la estructura del edificio o una costilla o, tal vez, vez ambas.

El estruendo lo tapa todo. Me cubro la cabeza con los brazos por instinto, aunque lo que cae sobre mí no es solo polvo o fragmentos de escayola, sino también pedazos de ventanas hechas añicos, cristales afilados, que se clavan en el suelo y en las paredes como cuchillas. El aire se espesa por la gran nube de polvo y ceniza que lo invade todo. Me zumban los oídos de una forma tan violenta, que por un segundo creo que me he quedado sorda.

Luego oigo la sirena, un aullido lejano, primero, que enseguida se vuelve ensordecedor, metálico y constante.

Todo a mi alrededor huele a desastre, a cables fundidos, a plástico derretido y a ese aroma ácido, que siempre se cuela tras una explosión. Hay fuego en alguna parte. Lo noto sin verlo. Lo siento en la piel, que me empieza a arder sin tocar las llamas. Todo vibra como si el mundo se hubiera rajado por dentro y sé, con una certeza que me atraviesa el pecho, que nada volverá a estar en su lugar, porque algo acaba de romperse de forma definitiva. Ya no hay vuelta atrás.

—¡Giorgia! —escucho que grita Alex, agachado junto a la encimera caída, aunque no lo oigo bien, porque el pitido que invade mi cabeza lo ahoga todo.

Intento incorporarme, pero hay un mueble volcado sobre mi pierna. Me duele la cadera, la frente y el alma. El fuego empieza a avanzar por una de las paredes provocando a su paso chispazos, humo y llamas pequeñas que se multiplican. Todo se descontrola.

Me arrastro como puedo hasta un rincón menos expuesto y noto do cómo el calor me abrasa la piel y el miedo me atrapa. Busco a Alex entre los escombros, pero no lo veo. A mi alrededor solo hay humo, fuego y el eco de un grito, que ya no sé si sale de mi garganta o si lo estoy imaginando.

La garganta me arde. Noto el sabor metálico de la sangre entre los dientes y una presión en el costado que no deja de latir, como si mi piel estuviera a punto de reventar por dentro. Me intento mover y el cuerpo no me responde como debería. Algo se me ha quedado atrapado bajo el escombro y me cuesta distinguir si el dolor es real o si ya he pasado ese umbral en el que todo duele tanto que deja de doler. Me limpio con la manga la frente, porque algo me resbala desde la ceja, y veo una mancha caliente de sangre, polvo y sudor. Las manos me tiemblan.

Oigo disparos lejanos, aunque poco a poco se van acercando. De repente escucho una ráfaga seca y luego un ruido sordo, como si alguien hubiera caído al suelo con todo el peso muerto del cuerpo. Mi corazón se acelera y trato de alzar la cabeza

para comprobar con mis propios ojos lo que ocurre. ¿Dónde coño está Alex?

—¡Alex! —grito, aunque apenas me sale aire entre los labios.

El humo me corta la voz y no puedo dejar de toser. Me muevo como puedo, arrastrándome por el suelo cubierto de cristales rotos, cables quemados y trozos de lo que antes eran muebles. Hay manchas negras en las paredes, que antes no estaban. El fuego ha consumido parte del techo y ahora gotea un líquido oscuro que cae a mi lado con un sonido que me revuelve el estómago.

Llego hasta la puerta y estiro el brazo para abrirla. Me resulta complicado girar el pomo. Todo me cuesta. Cuando por fin se abre, me recibe el pasillo envuelto en un silencio artificial, cargado de ese zumbido que queda después de una explosión, cuando la cabeza ya no distingue si lo que oye es real o solo el eco de la adrenalina que corre por sus venas.

Frente a mí, veo dos hombres vestidos de negro sin nada que los identifique. Uno de ellos levanta el brazo y me apunta con una pistola. Cuando veo lo que hace, todo se ralentiza. No soy capaz de pensar y solo siento cómo la sangre huye de mi cara, la vista se me nubla y el cuerpo se me tensa a la espera del disparo.

—¡No! —grita una voz grave y familiar, que se impone como una orden que corta el aire—. Bajad las armas.

Callahan asoma desde el pasillo con un gesto seco. Se queda atrás, da un paso al lado y entonces aparece Maden. Su figura se recorta entre la humareda con una claridad devastadora. Camina como si nada pudiera hacerle daño. Pero sus ojos hablan por él y me dicen que está herido, furioso, roto y no hace nada por disimularlo.

—No te toqué cuando me odiabas —me dice con la voz rasgada, ronca, como si se le hubiera secado por dentro—. Pero ahora… no pienso dejar que te escondas de mí.

Mi cuerpo no sabe qué hacer. Retrocedo un paso, aunque no lo hago por miedo sino por instinto. Porque todo lo que siento de pronto no me cabe en el pecho. El recuerdo del ático, de su voz en mi oído, de sus manos sobre mi piel, de la cadena y la llave que aún

llevo colgadas en el cuello… se mezcla con el humo, con el miedo y con la certeza brutal de que acabo de cruzar una línea que ya no tiene retorno.

—¿Vas a matarme? —le pregunto sin apartar la vista de sus ojos. Me cuesta mantenerme en pie, pero no voy a caerme antes de tiempo.

Él da otro paso, pero no levanta el arma ni me apunta. Solo la deja caer, como si le pesara. Su mandíbula se tensa y me clava la mirada en la mía con una intensidad que me desarma.

—No, solo voy a hacerte sentir por qué me ha dolido tanto que te marcharas.

Y entonces, todo el miedo que me había empujado hasta aquí y toda la rabia que me había mantenido a flote se disuelven con una violencia que no esperaba. Las piernas me fallan y mi mirada baja al suelo, no por debilidad sino por agotamiento. Porque esta guerra no es entre mafias, es entre él y yo. Dos personas que no supieron salvarse a tiempo… pero que no han dejado de buscarse desde el momento en que se echaron en falta.

Las piernas me tiemblan y me derrumbo, pero, antes de tocar el suelo, Maden me recoge entre sus brazos. La piel le arde, pero no sé si es por el fuego que aún consume parte del edificio o por todo lo que me ha callado. Me huele al pasado que intenté olvidar y a la única verdad que no he sabido borrar: sus brazos siguen siendo el lugar más peligroso donde podría esconderme, sin embargo… me aferro a él, aunque todo arda y no quede nada.

Capítulo 11

Maden

El motor ruge bajo el capó como un animal al acecho, pero dentro del coche lo único que se escucha es su respiración cada vez más irregular y más cerca del llanto, aunque no lo deje escapar. Tiene las piernas manchadas, los labios agrietados y las pupilas tan abiertas que parecen tragarse la luz del salpicadero. No me ha preguntado a dónde vamos y ni ha intentado huir y eso es lo que más me inquieta.

Paramos frente a una fachada anónima y sin rastro de lo que esconde. Bajo del coche con la llave ya en la mano. Ella no se mueve y cuando me mira, no dice nada, solo abre la puerta y sale. Camina como puede detrás de mí como si fuera un borrador de sí misma. Subimos por la escalera de incendios hasta el cuarto piso, porque no hay ascensor.

—Aquí nadie te encontrará. Ni siquiera yo… si decides irte —le digo, sin volverme cuando abro la puerta.

Ella cruza el umbral sin contestar y cierra la puerta a su espalda. Me quedo quieto y siento su mirada en mi nuca.

—¿Qué quieres de mí? —me pregunta cuando me giro hacia ella y lo dice como si me estuviera apuntando con un arma invisible.

Trago saliva.

—Saber si lo nuestro fue real. —Me cuesta decirlo, porque es la única puta verdad que no puedo envolver en palabras bonitas.

Se apoya contra la pared y siento que bajo su piel manchada de ceniza todavía le late algo, pero no sé si sigue siendo mío o si alguna vez lo fue. No me responde y yo me mantengo en silencio, solo nos acompaña el ruido de ciudad al otro lado del cristal y nuestros pasos. Un baile sordo, tenso, porque ella no me quita los ojos de encima y yo tampoco puedo dejar de mirarla.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome como si no supieras si besarme o empujarme por la ventana? —su voz me atraviesa el pecho como una aguja.

—No estoy seguro de que no quiera hacer las dos cosas.

Ella se aparta de la pared y camina despacio hasta el baño sin decir nada. Entra sin girarse hacia mí y oigo el chorro de agua con fuerza. Me siento en el sofá y doy un trago de whisky de la petaca del abrigo. No bebo para olvidar, sino para no reventar por dentro.

Un cuarto de hora después, la puerta se abre y sale envuelta en una toalla grande y con otra en la cabeza, como si acabara de salir de un spa y no de un edificio en llamas. Pero sus ojos siguen llenos de humo y yo me prendo en ellos otra vez, como un gilipollas.

Después, se detiene en el marco de la puerta en silencio. Me levanto, aunque ella no retrocede. El suelo cruje bajo mis botas y siento cómo el whisky me calienta la garganta y me enfría la lengua.

—¿Vas a decir algo? —le pregunto mirándola a los ojos.

—No sé si quiero matarte o que me abraces.

—Puedo intentar hacer las dos cosas —le respondo, aunque realmente no tengo fuerzas para ninguna.

Nos quedamos en silencio y mirándonos a los ojos. Ninguno de los dos da el primer paso, pero la distancia entre nosotros empieza a romperse. Ella da un paso y luego otro. Hasta que nos quedamos a un palmo de distancia. Estamos tan cerca, que incluso puedo oler el jabón en su piel y ver cómo le tiembla el labio inferior. Levanto la mano y rozo su barbilla con el dorso de mis dedos. Ella

no se aparta. Le acaricio la mandíbula y cierra los ojos y respira hondo para después volver a abrirlos.

—No sé qué somos, Maden. Solo sé que estoy cansada.

—Yo también.

—Pero, a pesar de eso, ... sigo aquí.

—Y yo —me responde y nos miramos, pero ahora sin fuego ni escudos, solo con nuestras ruinas y lo que todavía arde debajo de ellas.

Dejo de tocarla, aunque sé que esta tregua que hemos firmado sin palabras no durará, porque lo que sea que tengamos... sigue ahí entre la ceniza y esperando a que alguien lo reclame.

Por ahora, basta con que sigamos aquí respirando el mismo aire y compartiendo el mismo silencio cargado de todo lo que todavía no nos hemos dicho y tal vez sobreviviendo a lo que aún queda por estallar.

Capítulo 12

Giorgia

Sus brazos me envuelven con una firmeza que me deja sin aire, pero no quiero que me suelte o, al menos, que no lo haga todavía. Me aferro a él como si el resto del mundo acabara de venirse abajo y solo quedáramos nosotros. Ambos nos mantenemos en silencio y, aun así, hay tanto ruido dentro de mí que me parece imposible que el techo no se venga abajo.

Al cabo de unos segundos, me separo un poco, lo justo para mirarlo. Sus ojos están clavados en los míos, aunque no tienen el brillo de siempre. Están opacos, como si también él hubiera ardido por dentro y no quedara más que ceniza dentro de su pecho.

—No digas nada —murmuro.

—No pienso hacerlo —responde sin dejar de mirarme y negando levemente con la cabeza.

Entonces lo beso, lo hago sin pensar ni prepararme para la puerta que eso va a abrir, porque yo ya estoy abierta, todo está roto y lo único que me queda es saltar.

Él me devuelve el beso, pero ahora en sus labios no hay posesión ni control. Ahora encuentro piel, miedo y deseo voraz. Me agarra de la cintura, me pega a su cuerpo y yo le muerdo el labio como si necesitara dejarle una marca para recordar que, aunque me fui, he vuelto.

—Me hiciste desearte cuando solo querías poseerme —le escupo entre dientes, con los ojos clavados en los suyos.

Lo empujo contra la pared y él no se resiste. Me mira con una mezcla de culpa y necesidad que me parte en dos.

—Y aun así… no he podido tocar a otro hombre, ni dejar de pensar en ti.

Las lágrimas me nublan la vista, pero no me detengo. Le arranco la camiseta, se la quito como si me estuviera deshaciendo de una barrera. Él se deja hacer y aprovecha para recorrerme con la mirada, me roza con los dedos sin llegar a tocarme del todo como si me temiera y no supiera si esto es real.

—No quiero que después digas que te obligué —me susurra, casi sin voz.

—Tú no me estás obligando a nada. Lo que quiero ahora es lo mismo que tú, pero ahora ya lo quiero sin miedo.

Y entonces nos lanzamos el uno al otro sin pedir permiso, como si la espera nos hubiera vaciado por dentro y solo quedara el ansia que ahora no invade. Lo beso con la urgencia de quien necesita comprobar que sigue ahí y que sigue siendo real. Le araño el pecho con las uñas, sin cuidado, como si quisiera abrirle la piel y colarme dentro. Le muerdo el cuello, no por castigo, sino por necesidad, por marcarlo y sentirlo bajo mis dientes. Me arde todo: la garganta, la piel y el pecho. Cada centímetro de mí se enciende al entrar en contacto con su cuerpo.

Lo empujo hacia el sofá con la fuerza de todas las veces que me contuve. Él cae sin ofrecer resistencia, con la espalda contra el respaldo y la mirada encendida. Me acomodo sobre él sin delicadeza, con las piernas a cada lado de sus caderas, y dejo que mis labios encuentren los suyos otra vez. Me devora con la boca, me recorre con las manos como si necesitara memorizarme y tuviera miedo de que volviera a escaparme. Su respiración choca con la mía, entrecortada, salvaje y tan desesperada como este encuentro que ya no es sexo, ni rabia, ni redención. Es algo más crudo, que se arrastra desde dentro y grita.

Esto no tiene nada de suave. Lo nuestro es un campo de batalla abierto en mitad del cuerpo. Es sexo que arde, que empuja y

que duele un poco porque no es suficiente para apagar lo que llevamos dentro. Es rabia convertida en deseo. Es amor sucio, hecho de reproches, de heridas abiertas y de nombres gritados sin filtro.

Gimo su nombre mientras me agarra por la cintura con tanta fuerza que me cuesta respirar. Él me responde al oído con el mío, como si con eso pudiera salvarse de todo lo que no fue capaz de decirme antes y esta fuera su única forma de quedarse. Sudamos furia, piel y fantasmas.

Me arranca la toalla sin cuidado y yo le desabrocho el cinturón como si me fuera la vida en ello. Nos quitamos la ropa deprisa y con necesidad. Da igual si se rompe o si quedan marcas en nuestros cuerpos. Ansiamos estar piel contra piel. Necesitamos el calor, la fricción y el temblor del cuerpo del otro. Lo necesito dentro, pero él se toma su tiempo. Me muerde los pechos, me lame el cuello y la espalda. Baja hasta mi sexo y me besa las ingles con veneración. Después, se cuela entre mis pliegues y los abre con la lengua como si quisiera tragarme entera. Me come como si no existiera nada más que hacer. Me arqueo, me aferro a sus hombros y me rompo dos veces o tres o no sé cuántas, porque pierdo la cuenta.

Cuando intento incorporarme, temblando, lo miro desde arriba. No le digo nada y me agacho y le devuelvo cada segundo de locura. Me lo meto en la boca con hambre, con esa necesidad que no avisa. Él echa la cabeza hacia atrás, me aprieta el pelo entre los dedos y deja escapar un rugido que me moja las piernas de solo escucharlo. Le susurro que no pare, que no me suelte, que no se atreva a mirarme como si dudara de lo que está pasando. Le digo que no me perdone, porque yo tampoco lo haré. Cuando más enloquecido está, me tumba en el sofá apretando las mandíbulas y me abre las piernas sin preguntar. Me penetra de una embestida seca y honda. Grito y mi cuerpo se tensa, se curva y se ajusta a él como puede. Lo siento tan profundo que me cuesta seguir respirando igual. Me empuja una y otra vez hasta que los gemidos se me mezclan con jadeos y él no puede ni articular una palabra. Solo repite mi nombre como un rezo sucio.

Después se deja caer y me sube encima de él. Me hace sentarme sobre él como una amazona y cabalgarle con sus manos aferradas a mis caderas y los dientes clavados en el cuello. Me pellizca y lame los pezones y me observa con esa mirada de hambre vieja que nunca ha aprendido a disimular. Me vuelvo a correr encima de él, aunque ahora lo hago más fuerte y suelta. Esta vez grito sin miedo. Él también lo hace, se sacude por dentro y se deja ir conmigo dentro.

Entonces, cuando ya no queda nada más, me dejo caer sobre su cuerpo sin cubrirme ni esconderme. Solo respiro, con la cara pegada a su cuello y su calor subiéndome por la espalda. Siento que algo ha estallado dentro de mí, pero esta vez no me ha hecho trizas. Esta vez me ha soltado.

—No me prometas nada —susurro con la voz arrastrada.

—Nunca he sabido hacerlo.

Él me abraza y me aprieta fuerte como si el mundo se hubiera reducido a esto. Yo cierro los ojos y por primera vez desde que empezó todo… no tengo prisa por huir.

Capítulo 13

Maden

Giorgia está tumbada a mi lado, con el cuerpo aún desnudo, la piel pegada a la mía por el sudor, que no se ha secado del todo, y los labios entreabiertos, como si acabara de rendirse al fin, sin miedo ni máscaras. La observo en silencio, con una calma extraña que no me reconozco. Nunca la había visto así. Tiene la espalda relajada, una pierna por encima de la mía y los dedos medio cerrados sobre el pliegue de la manta que la cubre a medias. Respira despacio y de manera profunda, como si cada inhalación le sacara de dentro algo que llevaba mucho tiempo guardado. No dice nada, ni hay tensión en sus cejas, ni en la mandíbula. No hay alerta en su gesto. Solo está a mi lado y sin defensa alguna.

Juro que en este instante no es solo deseo lo que siento, es algo más hondo que no esperaba. Me doy cuenta de que no hay armadura en su mirada, porque tiene los ojos cerrados, y aun así, está más expuesta que nunca. Como si por fin, aunque sea por un rato, no tuviera que huir ni de mí, ni de ella misma, ni de lo que somos cuando dejamos de protegernos.

En ese silencio lleno de piel, de respiración entrecortada, de calor humano que se mantiene en las sábanas, siento que esto me desarma mucho más que cualquier cuerpo ardiendo entre mis

manos. Porque esto no se puede poseer, solo se puede mirar y quedarse callado, sabiendo que, aunque dure poco, es real.

Cojo la manta que ahora está a los pies y la cubro con cuidado. No por pudor sino por respeto, porque aunque acabo de follármela como si nos estuviéramos vengando del mundo, ahora mismo lo único que me importa es que no tenga frío.

Giorgia abre los ojos despacio y no dice nada. Sus dedos buscan algo sobre el pecho, tantean el hueco de su clavícula hasta dar con la cadena. La saca y veo cómo la llave brilla entre sus dedos. Juega con ella, la hace girar, se la acerca al pecho y la aprieta.

—No necesito saberlo —susurra, más para sí que para mí.

Pero no la suelta. Sigue ahí, dudando, hasta que levanta la mirada y me la clava con una mezcla de miedo y ternura que me desarma por completo.

—¿Qué abría?

Me siento, me paso una mano por el pelo y me aclaro la garganta antes de hablar. Lo que voy a decir no lo he contado nunca a nadie, ni siquiera a mí mismo, en voz alta.

—Un cajón —empiezo, sin rodeos—. Cuando era un crío, había una habitación que nadie usaba. Estaba al fondo del pasillo, detrás de una puerta sin pomo. Yo encontré una forma de entrar. La cerradura estaba vieja. Un día la forzaron y nunca la arreglaron. Dentro solo había polvo y un escritorio de roble con cajones.

Ella se incorpora un poco, apoyada en el codo y me escucha atenta.

—Había uno con cerradura y una llave metida en ella. Era igual que esa —se la señalo con la barbilla—. La original la guardé siempre conmigo, porque era lo único que nadie más sabía que tenía. Ese cajón era mío, solo mío.

Giorgia la aprieta con más fuerza en su mano.

—¿Qué guardabas ahí?

—Solo dos cosas —respondo, mirando al frente—. La pistola de mi padre. La única cosa que mi madre conservó de él después de que lo mataran. Y, desde hace un tiempo también, tu carta.

Al escucharme, la respiración se le corta un instante y se queda quieta. Luego veo que le tiembla el labio. No dice nada, pero sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas. Cuando se acerca a mí, lo hace como si cada centímetro entre nosotros fuera un camino que necesitara recorrer con cuidado.

—A veces quiero odiarte más de lo que te quiero —murmura con la voz quebrada.

—Te mereces quererme sin tener que odiarme para sobrevivir —respondo sin pensar.

Ella cierra los ojos y se tumba sobre mi pecho. Sus dedos siguen aferrados a la llave, como si le costara soltarla, como si en ese objeto pequeño y frío siguiera latiendo algo que aún no sabe si duele o salva.

No hablamos más, porque no hace falta. Se queda dormida encima de mí, con el cuerpo enredado al mío. Yo no cierro los ojos, me quedo mirando el techo mientras siento su aliento contra mi piel y me pregunto cuánto tiempo tendremos esta vez antes de que todo vuelva a romperse. Porque algo se cierne sobre nosotros. Lo noto como si esta calma fuera solo el suspiro que precede al disparo.

Capítulo 14

Giorgia

Me despierto pegada a su cuerpo, con el calor aún atrapado entre las sábanas arrugadas y el ritmo lento de su respiración marcándome el compás en la espalda. Siento su brazo rodeándome la cintura con la fuerza inconsciente que tiene quien teme que lo que ama se esfume al mínimo movimiento. Maden duerme profundamente con el gesto sereno, la mandíbula sin esa tensión constante y los párpados tranquilos y sin sombras. Podría decir que parece otra persona o, tal vez, por fin se ha permitido ser él. Le observo unos segundos, en silencio. Hay algo en él que me duele y me calma a la vez. Como si el hombre que se retorcía bajo capas de ira y control hubiese permitido que le viera el alma.

Me levanto de la cama sin hacer ruido y me cubro con una manta, mientras cruzo la habitación. El suelo está helado, aunque eso me ayuda a enfriar lo que todavía tengo encendido por dentro. El salón está en penumbra, con restos de nuestra noche aún esparcidos por la estancia: ropa en el suelo, el olor a piel compartida y la electricidad que ha saltado entre nuestros cuerpos, que no se ha ido del todo.

Me detengo frente a la puerta entreabierta del despacho y la empujo despacio. Me extraña que Maden no haya cerrado con

llave, pero parece como si algo dentro de esta habitación necesitara que yo lo encontrara.

Sobre la mesa encuentro un expediente abierto. Me acerco con cautela a él y paso la mano por la cubierta. No veo ningún nombre, solo una numeración en la esquina superior. Lo abro y las primeras páginas son informes, fechas y gráficos. No entiendo del todo lo que leo, aunque no me gusta lo que me hace sentir. Entre los papeles, aparece una fotografía doblada por la mitad. Cuando la abro con los dedos temblorosos, veo a Alex sentado frente a mi padre en una terraza de lo que parece el jardín de una casa privada. Por la forma en la que se miran, parece que no haya tensión ni secretos entre ellos, solo confianza y cercanía. Como si llevaran toda la vida compartiendo cafés y secretos. En una esquina, veo que hay escrita a mano una fecha de hace más de un año.

El estómago se me encoge, paso la hoja y encuentro otro documento, que es un informe interno del FBI. Reconozco su nombre, el número de identificación y justo debajo… unas notas, que hablan de reuniones con miembros de la familia Marchese. Intercambios, transferencias, registros cruzados y todo empieza a encajar.

Noto cómo el cuerpo me traiciona. Las náuseas me suben por la garganta, tan rápido que tengo que apoyar una mano en la mesa para no caerme. Alex, el hombre que me dijo que me estaba salvando y me tendió la mano cuando creía estar tocando fondo… llevaba años con los pies metidos en el barro.

Cierro el expediente de golpe, no quiero ver nada más.

Me quedo de pie, clavada al suelo. La manta se me ha caído de los hombros y ahora solo cubre una parte de mi cuerpo, pero ni siquiera noto el frío. Tengo la cabeza en otra parte, en ese lugar donde las traiciones se enredan con los recuerdos.

Repaso mentalmente cada escena y cada palabra que Alex me dijo. La forma en la que me miraba cuando hablábamos de Maden y se me revuelve el estómago al tener la certeza de cómo me ha engañado.

Hui del hombre que me dio su oscuridad… para caer en los brazos de otro que me vendió una mentira aún peor que todo de lo

que yo huía.

Me llevo una mano al pecho y noto la cadena con la llave sigue ahí, fría y firme. La agarro y la aprieto en el puño. Cierro también los ojos y contengo el temblor de mi cuerpo, aunque no por orgullo, sino por instinto.

Cuando vuelvo al dormitorio, Maden sigue dormido y parece tranquilo. Me siento al borde de la cama, sin hacer ruido y lo miro con esa sensación extraña de haber entendido algo importante. Como si, después de todo, él fuera el hombre más honesto con el que me he cruzado en mi vida. Por eso, esta vez… sí quiero quedarme. No porque me haya salvado, sino porque, en medio de todo esto, él es el único que no me ha mentido mientras dibujaba una sonrisa en sus labios.

Capítulo 15

Maden

Abro los ojos, tardo un segundo en recordar dónde estoy. La habitación huele a noche compartida, a deseo y a piel tibia. Giro la cabeza, aunque Giorgia ya no está. La cama aún guarda el calor de su cuerpo, pero no a ella. Me incorporo despacio y me paso las manos por la cara y escucho unos pasos que se acercan por el pasillo. Levanto la mirada y veo que Giorgia aparece en la puerta del dormitorio con la manta rodeándole los hombros. Camina hacia mí sin prisa, pero con esa firmeza nueva que se le ha instalado en la mirada. Ahora ya no es la chica que temblaba entre mis brazos, ahora es una mujer más segura de sí misma y sin miedo.

—Lo he visto —me dice sin rodeos y mirándome directamente a los ojos antes de que tenga tiempo de reaccionar.

Me quedo inmóvil. No intento fingir sorpresa, porque no serviría de nada con ella.

—Sé lo de Alex y lo de mi padre. También sé la relación de Alex con el FBI. He visto el expediente que dejaste en el despacho —da un paso más—. Ya lo sospechaba, pero ahora ya lo he confirmado y me duele más de lo que creía.

Abro la boca y aunque quiero disculparme y explicarme, Giorgia vuelve a hablar y no puedo hacerlo.

—No quiero disculpas, lo único que deseo es que se haga justicia.

Su voz no tiembla, pero hay algo en su respiración que me indica que está invadida por los nervios y la rabia. Mientras la miro tengo la certeza de que ahora no necesita que la proteja, porque lo que quiere es pelear.

—Vale. Entonces vamos a por ellos —le digo con convicción.

Se sienta en el borde de la cama y me mira como si no necesitara que le diga nada más.

—No necesito que me protejas —su voz ahora es baja, pero firme—. Necesito que me dejes luchar contigo.

—Eso ya lo has hecho desde el principio. Siempre has sido tú la que ha ido por delante —le respondo sin pensar.

Nos quedamos en silencio, le miro a los ojos y la tomo de la mano, ella me la aprieta con los dedos fríos.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta.

—Alex no es idiota y no va a dejar que lo atrapen con facilidad. Pero si sigue vinculado a Vittorio, se moverá a través de canales que podemos rastrear. Lo que necesitamos es seguir sus movimientos, intervenir sus cuentas, encontrar una grieta en su red y hacerle creer que todavía tiene el control.

Ella asiente mientras me escucha y me impresiona la rapidez con la que encaja todo. Como si llevara meses preparándose para esto.

—Tenemos que ser rápidos. Si Alex sospecha que sabemos algo, lo borrará todo —añado.

—Entonces no le demos tiempo.

Se levanta y la manta cae al suelo, aunque no se preocupa por volver a taparse con ella. Cruza la habitación sin mirar atrás hasta que desaparece en el baño. Un segundo después, oigo cómo empieza a correr el agua de la ducha. Me levanto y camino hasta la puerta, que está entreabierta. La empujo con suavidad y veo que está bajo el agua, de espaldas. Mojada y con el pelo empapado pegado al cuello. Me muerdo el labio inferior y noto cómo me pongo duro al instante. Sigo sin acostumbrarme a lo que me provoca.

Entro en el baño y la encuentro de espaldas, bajo el agua, con el pelo mojado cayéndole por la espalda como una línea negra sobre la piel. No se gira, ni me dice nada, pero sé que me ha oído.

Me desnudo sin prisas. Dejo la ropa en el suelo y me meto en la ducha, donde el vapor lo invade todo. Me acerco a ella desde atrás, lo suficiente como para que mi pecho roce su espalda, pero sin tocarla aún del todo. Solo dejo que me sienta respirando junto a su cuello.

Le aparto el pelo y le beso la nuca. Con la boca húmeda le marco la piel desde la base del cráneo hasta el hombro. Le muerdo con suavidad y ella gira la cabeza. Me busca con los labios y me encuentra. Su boca me devora como si llevara horas esperándome. Me agarra por la nuca, me muerde el labio inferior y me lame con desesperación. Me besa con rabia, con ternura, con necesidad y con todo eso a la vez.

Pega su cuerpo al mío y entonces me toca. Me recorre el pecho con las manos abiertas, me araña el vientre y me roza la cadera con el muslo. Se enrosca como si su piel buscara envolverme. Me aprieta con las piernas y me exige sin palabras. La agarro con fuerza por la cintura y le doy la vuelta. La estampo con suavidad contra los azulejos, que están tan calientes como nosotros. Le levanto la pierna y la sostengo con una mano firme, mientras con la otra le sujeto la nuca. Nos besamos sin tregua con la respiración entrecortada y con los cuerpos pidiendo más.

La levanto del suelo, la ajusto entre mis brazos y la penetro con una embestida profunda que le arranca un gemido ronco. Me clava las uñas en la espalda, me muerde el cuello y me grita mi nombre al oído. El agua resbala por su espalda, por sus muslos y por nuestras bocas que no paran de encontrarse. Se mueve encima de mí con una energía que no es solo física, sino también emocional. Algo que llevábamos acumulando desde la primera vez que nos miramos y no dijimos todo lo que nos quemaba por dentro.

Le beso los pechos y le muerdo los pezones. Ella se arquea. Me lame la mandíbula y me muerde el lóbulo de la oreja. Baja la boca hasta mi cuello y me respira ahí, justo donde sabe que me enloquece. Yo bajo una mano entre sus piernas y la acaricio

mientras sigo dentro de ella. Al sentirlo, gime con los pezones duros, se retuerce y me aprieta aún más fuerte con las piernas pidiéndome más.

Nos follamos con el alma metida en la piel y las entrañas abiertas. Con la furia de todo lo que nos ha separado y el hambre de todo lo que todavía no nos hemos dado. Nos decimos todo sin hablar. Con el roce de las caderas, con los dedos aferrados al cuerpo del otro, con los ojos cerrados y el corazón latiendo en la garganta.

Cuando ambos estallamos y ya no hay nada más que dar, me quedo con ella pegada al pecho. Con el agua cayéndonos encima, su respiración clavada en mi cuello y su cuerpo temblando suavemente mientras la sujeto como si pudiera protegerla de todo lo que hay fuera.

Nos quedamos así: mojados, exhaustos y sin necesidad de palabras. El fuego sigue dentro de nosotros, pero ahora ya no nos quema, solo nos calienta, nos ilumina y nos une.

Capítulo 16

Giorgia

El portátil parpadea sobre la mesa del comedor. Todo está en calma, salvo el zumbido del ventilador que mantiene viva esa tensión suspendida en el aire. A mi lado, Maden con el torso desnudo, la piel todavía húmeda por la ducha, y el cabello, que le cae revuelto sobre la frente, no se mueve. No habla. Ni falta que hace. Su silencio me dice más que cualquier palabra. Sé que lleva un buen rato ahí, sin apartar la vista de los datos, recorriendo una y otra vez los mismos listados, los mismos fragmentos de código y las mismas fechas. Yo tampoco me muevo y mis ojos siguen fijos en el historial de llamadas, en las direcciones IP y detalles pequeños, casi imperceptibles, que antes quizá habría pasado por alto. Pero ahora no. Ahora los busco con la rabia contenida de quien ya ha dejado de mirar como una víctima.

Busco las rendijas por donde se han colado las mentiras. Las grietas entre los movimientos calculados. Los pasos mal dados por alguien que cree que tiene todo controlado. Estoy esperando encontrar el error de quien no se cree vigilado, porque todos lo acaban cometiendo, incluso los que parecen más listos. Sobre todo los que se creen por encima del resto.

Siento el pulso acelerado en las sienes. Las manos frías, aunque por dentro me siento en ebullición. Observo la pantalla del

portátil como si pudiera atravesarla y escupirle en la cara a Alex todo lo que empieza a encajar.

—Este número aparece seis veces en las últimas dos semanas —murmuro.

—Ese prefijo es de New Jersey, pero la ubicación del dispositivo cambia. Brooklyn, Bronx, incluso hay una señal en Long Island —contesta Maden, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Y el nombre?

—No figura. Es un número de esos que se usan una sola vez. Pero este… se repite demasiado para no estar vinculado a algo más grande.

—¿Podría ser de Vittorio?

—Podría ser de alguien de su círculo que hace de puente.

La palabra puente me raspa por dentro, porque Alex siempre ha sabido tenderlos. Aparecía justo cuando más lo necesitaba y se ofrecía sin necesidad de que se lo pidiera.

Me aparto un poco del portátil y me llevo una mano al cuello. La cadena con la llave se ha quedado entre mis pechos y ahora la noto más fría que nunca.

—Quiero escribirle —digo de repente.

Maden gira la cabeza y me mira.

—¿A Alex?

Asiento. Él entrecierra los ojos, como si intentara adivinar en qué parte de mí se ha abierto esa idea. Pero no lo va a encontrar en mi expresión, porque está en ese lugar que aún no ha sanado del todo.

—¿Qué vas a decirle? —quiere saber expectante.

—Lo que quiere oír. Que me equivoqué, que tengo miedo, que no sé cómo salir de esto y que estoy arrepentida de haberme ido contigo.

Maden se incorpora y veo cómo se tensa, como si lo que acabo de decir se le hubiera clavado en el pecho como una estaca.

—Giorgia…

—No voy a volver con él. Lo sabes.

—Lo sé. Pero joder… no quiero que uses esa versión tuya otra vez. La que él manipulaba.

—Quiero usar lo único que me queda de esa versión rota de mí —le digo sin dejar de mirarle—. No porque me avergüence, sino porque quiero que sirva para destruir lo que él cree que controla.

Maden no dice nada al principio. Se lleva la mano a la cara y se la pasa despacio, como si necesitara arrastrar con eso algo que le pesa por dentro. Cierra los ojos durante un instante, no demasiado, lo justo para que yo entienda que está digiriendo lo que he dicho. Luego asiente, sin dramatismos. Supongo que lo hace no porque esté convencido, ni porque le parezca una buena idea, sino porque confía en mí. Y eso vale más que cualquier explicación o plan perfecto. Eso me da la fuerza que necesito.

Ambos volvemos la mirada hacia la pantalla, donde tengo abierta la web de la galería. Mi galería. Esa que cerré sin avisar y sin dejar ni un cartel con un mensaje de despedida. Como si cortar con esa parte de mí fuera tan fácil como dar un portazo. Pero no lo fue. Ese espacio era más que paredes blancas y focos sobre pinturas. Era mi refugio y el lugar donde el color era mi idioma, donde cada trazo era una herida expuesta y donde yo me mostraba sin necesidad de decir ni una palabra.

Recuerdo que Alex venía a todas las inauguraciones vestido igual, con una camisa blanca y una sonrisa que parecía sincera, aunque ahora ya sé que solo era una pieza más de su estrategia. Me miraba con admiración o eso creía yo, porque ahora sé que lo que hacía era rodearme como un lobo acechante que da vueltas alrededor de su presa antes de lanzarse. Me dejaba hablar, confiar y abrirle todas las puertas antes de entrar. Fingía que le importaba lo que pintaba, lo que sentía y lo que recordaba. Mientras por dentro… ya había empezado a desmontarme para luego usarme a favor de su plan.

—Vamos a aprovechar eso —dice Maden, con la voz más baja de lo normal—. Le dirás que tienes que volver a la galería para recoger algunas piezas tuyas. Que el espacio sigue cerrado al público y yo no tengo ni idea de que vas a ir, por lo que es una ocasión perfecta para veros a solas allí.

—Una trampa —respondo, sin mirarlo.

—Una celda —corrige él, con una frialdad quirúrgica.

El escalofrío que me sube por la espalda no me congela. Al contrario, me centra y me recuerda quién soy ahora.

Me inclino hacia adelante, con los dedos preparados sobre el teclado. No tiemblo o quizá sí, pero no se me nota. Siento la tensión tensarme la columna, los brazos y los muslos, como si estuviera a punto de saltar al vacío. Pero no es miedo. Es impulso. Esta vez no me paraliza, sino que me sujeta y me empuja.

Empiezo a escribir. Frases cortas y concisas. Casi suenan a súplica, pero sé cómo afinar el tono para que me haga parecer vulnerable, arrepentida y desesperada. Es decir, lo que él espera de mí y cree que queda de aquella mujer que se rompía solo con una mirada.

Maden lee por encima de mi hombro. Le noto la respiración pegada a mi cuello, o cómo traga saliva y cómo reprime el impulso de decirme que no lo haga, pero no lo dice. No me frena. En lugar de eso, apoya una mano firme sobre mi muslo y aprieta.

Cuando termino de escribir el mensaje, lo releo una vez para asegurarme de que no suene forzado, porque quiero que se lo trague entero y lo envío.

Mensaje enviado.

El clic del teclado suena como un disparo seco. El portátil sigue abierto, con la conversación allí, brillando como un fósforo en la oscuridad, pero yo no lo miro. Echo el cuerpo hacia atrás y me dejo caer contra el respaldo lanzando un resoplido.

Cierro los ojos y pienso en que cuando huí del lado de Alex estaba rota y asustada. Sin embargo, la que va a mirarle ahora a los ojos… será la que lo devuelva al infierno del que nunca debió salir. Seré su verdugo.

Capítulo 17

Maden

El problema de preparar una trampa para alguien como Alex es que no puedes permitirte ni un solo fallo, porque él nunca improvisa, porque siempre lo tiene todo totalmente calculado. Y cuando calcula, alguien suele acabar muerto. Por eso estoy aquí desde que ha amanecido, no porque me haga falta repasar el perímetro otra vez, sino porque necesito sentir que tengo todo absolutamente controlado.

Conozco cada rincón de esta galería mejor que mi propia casa. Sé cuánto tarda en cerrarse la puerta trasera, dónde cruje la tarima y en qué ángulo exacto se refleja el interior desde la calle si alguien se queda demasiado tiempo junto al escaparate. Lo tengo todo memorizado.

Conecto el monitor principal y reviso la red de cámaras. Hay siete en total: una en cada acceso y otras tres cubriendo el interior desde diferentes ángulos. Ninguna es visible. No me la juego con Alex, porque sé que si sospecha que hay vigilancia, no aparecerá o peor, cambiará algo y eso no me conviene.

—Zona uno limpia —susurro al intercomunicador, aunque no espero respuesta. Solo necesito oírme.

Callahan está en un vehículo sin distintivos a tres manzanas. Otros dos hombres, antiguos compañeros suyos, están

infiltrados en la cafetería de la esquina y en la tienda de antigüedades de enfrente. El protocolo es claro. Si Alex aparece sin refuerzos, no se actúa. Si lo hace acompañado, o se acerca con cualquier cosa que parezca un arma, se activa el plan B.

Coloco los micrófonos. Son piezas del tamaño de una uña, imposibles de detectar sin hacer un barrido profesional. Pongo uno bajo el mostrador, otro detrás del bastidor donde colgaban los óleos grandes y el último, en la rejilla del aire acondicionado, que da justo frente al rincón donde solía colocar las obras más íntimas de Giorgia. Las que nunca quiso vender.

Mientras coloco los micros, algo me arde en la garganta. Un tipo de rabia seca, porque este sitio, que era de ella, de su arte, de su silencio… ahora también es un campo de batalla. Y aunque sé que tiene que ser así, me jode.

La vibración de mi móvil vibra me indica que he recibido un mensaje. Miro la pantalla y lo veo.

Callahan:
Todo limpio.
No hay movimientos anómalos.

Me dejo caer contra la pared un momento y cierro los ojos. Es inútil intentar sacarla de mi cabeza, porque Giorgia aparece con una claridad que me revienta por dentro: sentada frente al portátil, con la espalda recta y los hombros tensos. La veo alzando la mirada para decirme sin pestañear, que no necesita que la cubra, que no quiere escudos ni excusas. Solo mi presencia. Mi fuerza al lado de la suya.

En ese instante, escucho la puerta abrirse a mis espaldas.

—Todo listo —me dice Callahan y entra sin hacer ruido.

Va vestido como un técnico de mantenimiento, pero debajo de la chaqueta lleva su pistola sujeta en la cintura.

—Perfecto. ¿Están todos posicionados?

—Sí. Pero hay algo que tienes que plantearte. ¿Y si ella cae?

Lo miro pero no le digo nada. No hace falta que me explique a qué se refiere, porque ya lo sé. ¿Y si Alex logra descolocarla? ¿Y si reabre alguna herida que ella cree cicatrizada? ¿Y si todo lo que hemos hecho no es suficiente?

Respiro hondo y aprieto la mandíbula.

—Entonces lo mataré más lento.

Callahan no me dice nada. Solo asiente, como si entendiera que mi frase no es una amenaza, sino una promesa. Porque esta vez, si alguien la toca con intención de romperla otra vez, se va a tener que enfrentar conmigo y yo no pienso parpadear mientras acabe con él con mis propias manos.

Ahora estoy solo. Callahan ha salido a revisar de nuevo el perímetro y todo vuelve a quedar en silencio. Camino sin pensar demasiado, hasta el rincón donde solía sentarse Giorgia. Me dejo caer sobre una silla vieja, con la espalda vencida y las manos entrelazadas. Frente a mí, un pedazo de pared blanca donde antes colgaba uno de sus cuadros más duros. Ahora solo queda la marca del clavo y una sombra desdibujada en la pintura.

Justo en ese momento, viene a mi cabeza un recuerdo exacto: la primera vez que la vi dormida en mi ático fue de madrugada. Llevaba un par de días encerrada allí. Se había quedado dormida en el sofá, acurrucada de lado, con el pelo pegado al cuello y los labios entreabiertos. La manta apenas le cubría las piernas. Estaba agotada y rota y, aun así, juro que nunca he visto nada tan jodidamente hermoso. Me quedé observándola sin mover un músculo. Por dentro, algo me hizo clic. Algo que no supe ponerle nombre en ese momento, pero que me dejó claro que nada volvería a ser la misma, porque ella se había colado en mi vida por una rendija… y había desmontado todo desde dentro sin que yo me diera cuenta.

Me levanto despacio de la silla y regreso al centro de la galería, pero no miro las cámaras. Me obligo a pensar en lo peor. Si algo sale mal y Alex consigue decirle justo lo que necesita para

confundirse. Si la toca, si le susurra al oído el mismo veneno que la atrapó antes.

Suelto el aire de mis pulmones poco a poco en un intento de tranquilizarme y ensayo lo que le diría si tuviera que dejarla ir.

—No puedo obligarte —murmuro, en voz baja, con el tono de quien intenta creerse sus propias mentiras—. Si necesitas alejarte, porque crees que a mi lado no puedes ser tú… entonces hazlo. Pero no mires atrás, porque si lo haces, yo no voy a saber cómo soltarte otra vez.

Cierro los ojos y siento cómo algo se me atraganta en el cuello, seco y áspero. La garganta se me cierra, siento el pecho pesado y una voz en mi interior no para de rugir que no, que esta vez no pienso quedarme mirando sin hacer nada mientras ella se rompe.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me crujen las mandíbulas y los puños me tiemblan de la tensión con la que los cierro. No sé si es rabia, miedo o esa mezcla venenosa de ambas que me quema por dentro desde hace días.

—No lo voy a permitir otra vez —escupo, más que digo.

Suelto el aire de golpe como si me hubieran golpeado en el centro del pecho con algo invisible, que me deja sin aliento pero que no me tumba. Camino hasta el monitor con los músculos tensos y caminando con la seguridad de alguien que ha decidido que esta vez no va a huir.

Si esto va a estallar, si voy a tener que ver cómo todo se va al carajo delante de mis ojos… al menos me mantendré de pie. Y si no estoy preparado, me da igual, porque si ella se cae, yo la levantaré, aunque tenga que cargar con sus ruinas y las mías a la vez.

Si alguien se atreve a tocarla… lo reventaré con mis propias manos y sin pestañear. Como un puto animal que ha encontrado algo que sí merece la pena proteger, aunque le cueste la vida.

Capítulo 18

Giorgia

Caminar por estas calles me recuerda a cuando pintaba con rabia. A cuando los trazos se me escapaban sin pensar y manchaban el lienzo de forma incontrolable. El Soho, a esta hora, parece un escenario después del último acto: vacío, inmóvil y con ese eco raro que deja lo que acaba de romperse. No hay coches, ni voces, ni pasos. Solo el crujido leve de mis zapatos sobre el asfalto húmedo y un zumbido sordo que podría ser el ruido del mundo… o solo el que hay dentro de mi cabeza.

Avanzo con la capucha echada y la vista clavada en suelo, como si mirar al frente me hiciera temblar. No llueve, ni hace frío, ni hay un motivo real para esconderme. Excepto uno: no quiero cruzarme con nadie, ni quiero que nada ni nadie me saque de este instante, que ya no es solo un momento, sino que es ese segundo antes del salto.

Respiro despacio y siento la tensión en el cuello, en los hombros y en la espalda. Me duele el estómago de tanto apretar la mandíbula. Llevo la mochila a la espalda con la carpeta dentro, y cada paso me recuerda que esto es una despedida disfrazada de rendición.

Cuando la galería aparece a lo lejos, me dan ganas de parar, de girarme y de decirle a Maden por el auricular que esto es

una locura y que me deje escapar, pero no lo hago, porque yo ya no soy esa. Porque esta vez, la que va a entrar por la puerta de la galería soy yo… pero también son todas las versiones de mí que Alex intentó destruir. Las rotas, las mudas y las vulnerables. Y, además, vengo a por todas, aunque me duela, me tiemble todo por dentro y me cueste la vida.

La galería se recorta ante mí como esas cicatrices que no terminan de cerrar del todo. A simple vista parece igual que siempre: las mismas cristaleras cubiertas por los paneles opacos, pero yo sé que no. Sé que lo que hay dentro ya no es un refugio ni un escaparate, sino territorio minado para mí.

Me acerco sin titubear o eso intento que parezca, aunque por dentro, la respiración me martillea en las costillas, como si llevara horas conteniéndola. Meto la llave en la cerradura y la giro con precisión. El clic seco de la puerta al cerrarse me sacude la espalda, como si fuera un disparo amortiguado. Maden no está, no puede estar, porque todo tiene que parecer real y creíble.

Estoy sola, completamente sola.

Me echo la mochila al hombro y noto cómo la correa se me clava un poco más de la cuenta, como si también ella supiera que lo que llevo dentro no pesa por el papel. Avanzo un par de pasos y el eco de mis pasos sobre la tarima me resulta ajeno, como si el suelo mismo me estuviera preguntando qué hago aquí.

Este lugar me conoce, porque aquí he llorado, he expuesto, he venido y, aquí también, me han traicionado. Aquí también creí que podía empezar de nuevo. Qué ingenua.

La sala está desnuda. El espacio está limpio en apariencia, pero lleno de polvo emocional. Cada rincón tiene memoria y yo la siento en los focos apagados, en los marcos vacíos y en el olor a pintura vieja que se resiste a desaparecer del todo.

Me detengo en el centro de la sala y siento que el corazón me golpea con fuerza en medio del pecho, pero las piernas aguantan. La carpeta que llevo entre las manos me pesa demasiado, aunque sé que solo contiene mentiras, siento que carga con todas las versiones de mí que ya no soy. Documentos falsos, operaciones que nunca ocurrieron y cuentas creadas para sembrar dudas. Todo

redactado con la precisión quirúrgica de Callahan para parecer irrefutable.

La sujeto con fuerza con las dos manos, como si, al apretarla, pudiera mantenerme en pie. Como si esa carpeta fuera lo único que me ata al presente y me impidiera desplomarme sobre el suelo donde una vez fui libre.

Pero no me caigo, porque esta vez no he venido a mirar mis cuadros. He venido a mirar a la cara al hombre que quiso borrarme del mapa y no pienso parpadear mientras lo hago.

Alex no tarda mucho en llegar. Lo oigo entrar y me giro hacia él para mirarle. Él siempre ha tenido una manera de moverse elegante y sin estridencias. Está igual que siempre, quizá un poco más delgado, pero su voz no ha cambiado.

—Pensé que no vendrías —me dice, con una sonrisa que no tiene nada de sincera, aunque trate de que lo parezca.

—Pensé que no me contestarías —le respondo, bajando la mirada como si todavía me importara.

—He estado siguiendo tus pasos, Giorgia. Sabía que acabarías escribiéndome, porque ese lugar no es para ti.

Asiento y me recuerdo cómo debo mostrarme ahora ante él: insegura, desbordada, arrepentida y llena de dudas. Me acerco un poco y él también. Su perfume me revienta el estómago, pero me esfuerzo en disimularlo.

—¿De verdad creíste que ese hombre podía amarte? —susurra.

Levanto la mirada y no pestañeo.

—A veces… sí.

Alex me observa con atención y alza una mano y me toca el brazo. La yema de sus dedos me quema la piel, pero me aguanto y me concentro en no apartarme, en parecer frágil y en no ceder a las náuseas que empiezan a subirme por el pecho.

—Tengo una salida segura. Podemos irnos hoy mismo. Tengo todo preparado. Te dije que te sacaría de esto y todavía estoy a tiempo de hacerlo.

Le tiendo la carpeta. Él la toma sin pestañear, la abre y revisa todo lo que contiene con rapidez.

—¿Esto es de Maden?

Asiento.

—Quería protegerme, pero me ha mentido. Lo sabía. Solo me usó para cubrir sus negocios, como todos… Como tú.

Las palabras me cortan la lengua por dentro, pero las digo a borbotones. Es parte del plan.

Alex cierra la carpeta y la deja sobre un pedestal vacío.

—Sabía que podías entenderlo y que aún quedaba algo en ti que no estaba contaminado por él.

Se acerca y me abraza. Al notar su cuerpo junto al mío me quedo quieta. Mis brazos cuelgan a los lados de mi cuerpo y la cabeza me da vueltas. El mareo me golpea como si me hubieran dado un puñetazo. Trago saliva, pero no puedo con el nudo que me sube hasta la boca. Las piernas me flaquean un segundo. Y entonces lo dice en mi oído, como si creyera que me tiene otra vez.

—Una lástima. Tú eras perfecta para hacer caer a los dos.

El corazón se me encoge de golpe, como si alguien lo hubiera apretado desde dentro. Durante un segundo, dejo de respirar. Luego late más fuerte y desbocado, como si intentara romperme el pecho desde dentro. Sé que Maden ha escuchado cada palabra que Alex ha dicho. Lo imagino al otro lado del auricular, inmóvil y haciendo lo imposible por contener la rabia. Sé que Callahan ya se ha puesto en marcha, que el protocolo está en marcha y que no estoy tan sola como parece. Pero ahora mismo, en este instante, lo estoy. Porque sigo atrapada entre sus brazos, con su olor clavado en la nariz y su cuerpo presionando el mío como si aún creyera que le pertenezco. No me muevo ni lo aparto, solo aprieto los dientes con tanta fuerza que siento cómo la tensión me trepa por el cuello, por la mandíbula y por los hombros. Mi cabeza es un hervidero de asco, miedo, adrenalina y de un odio que ya no sabe contenerse.

No puedo fingir ni un segundo más.

Ahora sí. Se acabó actuar y hacerme la rota, la frágil, la que duda y la que alguna vez necesitó de su voz para sentirse segura, porque acabo de recordar quién soy y lo que he venido a hacer.

Capítulo 19

Maden

El silencio que queda tras la última palabra de Alex es como un fogonazo seco en mitad del pecho. Tengo los auriculares aún puestos, pero no hace falta que siga escuchando. Todo lo que necesitaba confirmar, ha quedado registrado. Lo tengo grabado. Y, pese a eso, me cuesta respirar.

Ni grito ni me dejo llevar por la rabia, solo siento un gran vacío que trepa desde mi estómago hasta mis sienes. Miro el monitor y veo a Giorgia quieta, con el cuerpo tenso, los brazos a los lados y la cara girada, como si no pudiera soportar ni su aliento.

Cierro el portátil, me quito los cascos y me levanto de la silla y en ese momento la rabia que he podido contener hasta ahora me invade y lo reviento todo. Empiezo por el escritorio, después el portátil acaba en el suelo, hecho añicos. Los papeles, los informes, las copias de seguridad… Nada se salva. Las estanterías tiemblan cuando arrastro una de ellas como si me estorbara el mundo. Estallo una taza estalla contra la pared y veo cómo me sangra la palma, pero ni me inmuto. Porque en mi cabeza solo hay una imagen: Giorgia, con los ojos abiertos de par en par, atrapada en los brazos del hijo de puta que se atrevió a usarla para llegar hasta mí.

Callahan entra, pero no dice nada al principio. Solo se queda en la puerta, esperando. Sabe cuándo es mejor no

interrumpirme.

—Ya está todo —le digo, sin mirarlo—. Ya tenemos lo que nos faltaba. Ahora sí.

Él asiente y ve la sangre en mis nudillos, pero no me ofrece ayuda. Solo asiente.

—¿Qué quieres que hagamos?

Lo miro por fin. El pecho aún me sube y baja con violencia, como si acabara de correr diez kilómetros bajo la lluvia.

—Llama a toda nuestra gente. Esta vez no es venganza es limpieza de esa escoria —le digo secándome la sangre de la mano en la camisa.

Su mirada cambia y veo que me ha entendido. Esto no va solo de cobrarme una deuda, sino va de barrer el suelo con todo lo que se ha podrido y ha fingido que no apestaba. Esta vez, lo arrancamos de raíz.

Durante las siguientes horas, trazamos el plan. El escondite de Alex está en un edificio abandonado cerca del puerto, camuflado como una oficina de transportes. Hemos seguido las transferencias, sabemos qué contactos utiliza y qué nombres repite. Callahan organiza a los suyos. Yo reviso cada plano, cada cámara que puede estar escondida en la zona y cada puta salida que pueda utilizar si intenta huir. No le vamos a dar tiempo para escapar.

Cuando todo está preparado, salgo del despacho. Giorgia está en el salón. Sentada en el sofá, con las piernas recogidas y la mirada perdida. Me acerco hasta ella.

—No me toques —me dice sin mirarme—. Déjame odiarlo en paz.

Me quedo quieto de pie y sin moverme. Luego doy un paso. Me agacho frente a ella y le acaricio el tobillo con la yema de los dedos.

—No te toco para consolarte —susurro—. Te toco porque me siento vivo cuando lo hago.

Ella cierra los ojos y respira hondo. Su cuerpo se relaja un poco, pero no se aparta. Y justo en ese instante y por primera vez en todo el día, también respiro.

Capítulo 20

Giorgia

Camino con la pistola firmemente sujeta entre las dos manos. El metal está helado, y lo noto incrustarse en mis palmas, pero no me tiemblan los dedos. Siento el cuerpo en tensión, la espalda recta y el pulso controlado, como si todo lo que soy se hubiera compactado para este momento.

A mi derecha, Maden avanza en silencio, con la mirada clavada al frente y el gesto más concentrado que nunca. Callahan va por delante, abriendo camino, con el auricular pegado al oído y los ojos escaneando cada rincón como si pudiera predecir lo que está a punto de pasar. Los demás se mueven como si llevaran toda la vida ensayando esta entrada. Todo está calculado, medido al milímetro y nadie habla ni duda.

Yo voy con ellos, pero no como una sombra detrás, ni como una víctima que se arrastra para cerrar heridas antiguas. Camino a su lado, porque soy parte de este engranaje. No soy un adorno ni un estorbo. Soy una pieza más y de vital importancia, porque si fallo, puedo joderlo todo, pero no voy a fallar.

El edificio parece una nave industrial cualquiera. Un lugar anodino, sin nada que llame la atención. Por fuera dice ser una empresa de transportes, pero por dentro es un laberinto abandonado que hemos desmenuzado durante semanas y lo

conocemos al milímetro. Así que hoy no vamos a improvisar, aunque tampoco tenemos margen para errores.

Siento la mirada de Maden posarse sobre mí un segundo. No me dice nada, pero no lo necesita. Me ha estado hablando sin necesidad de palabras desde que cerró la puerta del coche. No me aparta del peligro ni intenta cubrirme. Está a mi lado porque sabe que, esta vez, también es mi guerra.

Nos detenemos frente a una puerta, Callahan da dos golpes secos con la culata y la madera se parte sin resistencia. Entramos y encontramos a Alex está sentado en mitad de la sala. Está solo y sin refuerzos. Parece resignado, como si supiera que el telón ha caído y que resistirse ya no le sirve para nada. Lleva puesta una camisa blanca impoluta, con las mangas bien planchadas y el mismo gesto impostado de siempre. El mismo que usaba para convencer y manipular. Cuando me ve, levanta una ceja y una leve sonrisa se le dibuja en la boca, como si le hiciera gracia verme entrar con la pistola en la mano y no se creyera que soy capaz de disparar.

—¿Así va a acabar lo nuestro? —me pregunta, con el tono bajo que usaba cuando quería parecer humano.

Doy un paso hacia él sin bajar el arma ni desviar la mirada.

—No —le contesto—. Así empieza tu condena.

Entonces le cruzo la cara con un golpe que suena seco que le gira la cabeza. Y por fin, cuando me mira otra vez, ya no queda nada de su arrogancia. Solo el reflejo pálido de alguien que se ha quedado sin guion.

—Vas a hablar y vas a firmar. Después… vas a desaparecer —le ordena Maden sin permitir ni que abra la boca.

Callahan coloca una carpeta gruesa sobre la mesa, sin decir una palabra. El sonido que hace al tocar la superficie se impone en la sala como una sentencia. No es solo un montón de papeles, es una trampa legal tejida con precisión milimétrica. Todo está ahí: declaraciones firmadas por testigos protegidos, registros bancarios, transcripciones de llamadas intervenidas, pruebas que vinculan directamente a Alex con operaciones de blanqueo, sobornos a jueces, favores dentro del FBI y la conexión directa con Vittorio Marchese.

Este es su final y él lo sabe. Por eso no pregunta que es ni necesita leerlo, porque conoce cada uno de esos documentos mejor que nosotros. Porque los vivió, firmó y ejecutó en silencio creyendo que nadie los descubriría jamás.

Callahan saca un bolígrafo y lo deja justo encima de la carpeta, delante de él.

—Firma, es lo único que te queda —le dice con una voz plana, sin amenaza ni compasión.

Él alza la mirada y me mira de refilón, como buscando algún tipo de clemencia, pero no se la doy. Solo le sostengo la mirada con la mandíbula apretada, porque en mi cuerpo ya no me queda más espacio para el asco ni para la rabia. Solo quiero que todo esto termine, que quede por escrito y que se hunda en su propia mierda con cada palabra rubricada en ese papel.

Alex coge el bolígrafo con los dedos tensos y lo sostiene durante unos segundos y mira la primera hoja de la carpeta, donde aparece su confesión por escrito, donde admite su implicación en las operaciones conjuntas con Vittorio, la manipulación de pruebas internas del FBI y el uso de identidades falsas para cubrir transferencias ilegales. Su firma es rápida pero irregular.

El segundo documento que firma es un acuerdo de colaboración. Si se entrega, declara y colabora con la investigación federal, su vida será «preservada».

La tercera es una renuncia a sus contactos, a sus recursos y a sus privilegios. Es el acto final de desaparición. El reconocimiento de que, a partir de ahora, no tendrá derecho a nada y que dejará de ser alguien para convertirse en un número escondido en una prisión con nombre en clave. Firma también, pero esta vez se demora un poco más, porque este documento es una sentencia de muerte para su ego y una admisión de que ha perdido.

Cuando ha firmado los tres documentos, Callahan recoge la carpeta sin decir nada. Alex se queda con la vista fija en la mesa sin atreverse a alzar la mirada. Se ha rendido.

Cruzamos la puerta sin cruzar palabra, pero no hace falta, porque todo lo que había que decir ya se ha dicho. Al salir, la noche nos engulle de golpe. Huele a óxido y a gasolina. La humedad se me

adhiere a la piel y me empapa el cuello, los brazos y la nuca. Mis botas repican sobre el cemento mojado y el sonido se mezcla con el murmullo apagado del puerto. Un instante después, me detengo a mitad de camino, con los puños a ambos lados del cuerpo y los ojos fijos en el suelo. No sé si es que me flaquean las piernas o si el peso de todo lo que acaba de pasar me está pidiendo una tregua. Respiro hondo y entonces empiezo a llorar. No sé exactamente cuándo lo hago, porque no emito sonido alguno, solo siento cómo me resbalan las lágrimas por las mejillas. No sé si es el sudor, la lluvia fina que ahora empieza a caer o si, por fin, es mi cuerpo soltando todo lo que yo no he sabido liberar hasta este momento.

No tiemblo, ni sollozo, ni grito. Solo me quedo clavada al asfalto, dejando que lo que tenga que salir, salga. Porque si algo me ha enseñado todo esto, es que a veces hay que romperse un poco para no romperse del todo.

Detrás de mí, oigo pasos. No me giro, pero siento la presencia de Maden acercándose hasta mí y me abraza, pero no me muevo ni me marcho. Esta vez no huyo, porque el dolor no me echa, sino que me libera.

Capítulo 21

Maden

El salón de mi apartamento está en penumbra, porque no he encendido las luces al entrar y Giorgia tampoco. Estamos los dos sentados en extremos opuestos del sofá, pero no porque lo necesitemos, sino porque el cuerpo nos pide ese espacio. Como si el metro de distancia que nos separa fuese lo único que puede sostener todo lo que llevamos dentro sin que se nos derrame encima.

Me quito la chaqueta con un gesto automático y la dejo caer al suelo sin mirar dónde cae. Giorgia no se inmuta. Permanece encorvada hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, las manos enlazadas entre ellas y el pelo tapándole medio cara. Va vestida igual que hace unas horas, pero ahora hay algo distinto en ella. No sé si es la forma en que respira, el modo en que se mantiene en silencio o el simple hecho de que, pese a todo, sigue aquí y más Giorgia que nunca.

Siento los músculos del cuerpo duros, tensos como si no se me hubieran relajado desde que salimos de allí. Me paso una mano por la cara y la barba me raspa la palma. Me duele el cuello y los hombros, pero sobre todo me duele el pecho por el cóctel de emociones que tengo dentro de mí.

Levanto la mirada y la busco. Ella sigue al otro lado del sofá, con la misma postura e inmóvil, como una escultura hecha de todo lo que ha sobrevivido. No me prepara para lo que viene, no me da señales, pero, aun así, lo digo. Porque tengo que hacerlo y ya no quiero quedarme con nada dentro.

—Si te vas, no te seguiré —le suelto, con la voz más grave de lo que pretendía—. Pero si te quedas… te juro que tendrás todo mi amor.

No se gira de inmediato, ni cambia de posición. Pero algo en su respiración se modifica y después alza la cabeza despacio y me mira. En sus ojos, veo la respuesta antes de que levante, camine sin prisa hasta mí y se sienta a mi lado. No me toca al principio, solo permanece lo suficientemente cerca de mí para que su calor me roce el brazo. Y entonces, sin aviso, me besa y lo hace con una ternura que no espera nada a cambio. Me besa porque quiere y ha elegido quedarse. Porque por fin somos dos y no dos mitades rotas intentando sobrevivir.

Giorgia está sentada junto a mí, aún con los labios húmedos del beso que acabamos de compartir, y algo en su mirada me dice que esta vez se queda por elección, no por necesidad. Me levanto despacio y le tiendo la mano. Ella me la da sin decir nada y noto que la piel le arde tanto como la mía.

La levanto y la tomo en brazos. No porque no pueda caminar, sino porque quiero hacerlo, porque me nace llevarla así hasta mi habitación, la del ala principal, no esa otra donde dormía antes.

—Quiero que esta sea nuestra cama y no solo la mía. Ahora todo es de los dos —le murmuro al oído rozando levente su oreja con mis labios.

Ella me mira y me toca la cara con la punta de los dedos y responde con un susurro:

—Sí. Todo.

La dejo sobre las sábanas con cuidado, como si su cuerpo fuera el lugar donde empieza mi vida. Me inclino sobre ella y la beso

con una pasión que ya no me cabe en el pecho. Nos desnudamos con la urgencia de quien ya no necesita pedir permiso. Su camiseta cae al suelo y mi camisa la sigue. Le bajo el pantalón con los dientes, porque quiero saborearla desde ya, porque estoy hambriento de ella desde antes de tenerla. Ella me quita el cinturón y me araña la piel con las uñas, marcando su territorio en mi cintura.

Cuando la tengo completamente desnuda, me arrodillo entre sus muslos, le separo las piernas con firmeza y me acerco con la boca. Le beso el monte de Venus con devoción y bajo la lengua hasta su sexo. Le lamo el clítoris con la punta de la lengua primero, luego con la boca entera. Ella se estremece de placer, me agarra del pelo y deja escapar un gemido que me recorre la espina dorsal. La mantengo abierta con las manos, devorándola sin pausa, sintiendo su humedad y su sabor.

Cuando se corre en mi boca, no aparto la cara. La sostengo con firmeza, sintiendo cómo tiembla bajo mi lengua. Cuando deja de estremecerse, me incorporo y me coloco entre sus piernas. Ella me espera y me mira rogándome que me pierda en ella. No le hago esperar y la penetro de una sola embestida profunda y decidida. Ella gime con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. La sujeto por las caderas y la embisto con ritmo firme, sin pausas ni concesiones. La domino, porque así soy yo y así la deseo. Porque necesito sentirla completamente mía. Pero mientras lo hago, me inclino sobre ella y la beso. No con hambre, sino con entrega. Con ese tipo de ternura que nace cuando sabes que no estás follando solo por placer, sino porque te arde algo más profundo por dentro. Porque su piel es hogar, su cuerpo refugio, y su boca... es la única verdad que me calma el incendio que me invade.

La acaricio con los dedos abiertos, recorriendo cada una de sus curvas como si necesitara memorizarla de nuevo. Me acerco a su oído y le susurro cosas que nunca había pronunciado.

—Te amo, Giorgia —murmuro contra su cuello, con la voz rota por todo lo que ya no me cabe en el pecho—. No ha habido nadie antes que me revolviera así. Nadie.

Ella no dice nada, pero me aprieta con las piernas, como si necesitara aferrarse a esas palabras para no venirse abajo.

—Y sé que tu cuerpo me arrastra —susurro, recorriéndole la espalda con la yema de los dedos—, que me vuelve loco. Pero no es eso lo que me retiene aquí.

Alzo la mirada y la busco. Sus ojos me encuentran, abiertos y brillando sin miedo.

—Lo que me ata a ti —le digo, muy despacio— es el alma.

Ella parpadea, una sola vez y luego se queda quieta.

—Esto que siento no tiene que ver con el deseo. Es más profundo. Es esa puta conexión que no buscas, que ni entiendes… pero que cuando llega, sabes que ya no vas a poder vivir sin ella.

Giorgia me acaricia la mandíbula y no aparta su mirada de la mía ni un segundo.

—Ya no quiero vivir sin ti —responde al fin, con un hilo de voz.

Nos comemos a besos, mientras continúo moviéndome dentro de ella, hasta que explota de nuevo. Yo me contengo, aprieto los dientes y la coloco encima de mí. Quiero verla cabalgarme y observar cómo toma el control y se deja ir. Apoya las manos sobre mi pecho y empieza a moverse, lenta al principio y luego más rápida, mientras me mira con los ojos llenos de pasión.

Cuando yo también estoy a punto, la vuelvo a tumbar sobre el colchón y me hundo en ella una vez más y exploto con un rugido sordo y con todo el cuerpo en tensión. Después, mientras recuperamos el resuello, nos quedamos abrazados, sudorosos, con el corazón latiendo al mismo ritmo y con la certeza de que, al fin, he llegado a casa.

Capítulo 22

Giorgia

Despierto con el cuerpo pegado al de Maden y la cabeza hundida en el hueco de su cuello. Me desperezo sin querer moverme mucho, pero él lo nota y me rodea con el brazo sin abrir los ojos.

—Buenos días —susurra, con la voz áspera por el sueño.

—Buenos días —respondo, dejando un beso lento en su clavícula.

Cuando nos levantamos, desayunamos sin prisa, entre mordiscos compartidos, risas cómplices, tostadas, café y alguna caricia bajo la mesa. Él me mira con una expresión que aún me cuesta sostener sin encogerme por dentro.

Cuando estoy en mitad de una frase sobre el cuadro que colgaría en el salón siento que mi teléfono vibra al recibir un mensaje. Miro la pantalla y veo que es de un número oculto. Arrugo el entrecejo, abro el mensaje y cuando lo leo siento cómo el mundo se ralentiza un segundo.

Número oculto:
Ti apoio. Sempre.
R.

No dice nada más, aunque no hace falta. Sé que quién me lo ha escrito es Raffaele, el único que no se arrodilló cuando Vittorio tomó el control. El mismo hombre que me enseñó a disparar y quien me dijo una vez que la lealtad no es obedecer, sino proteger.

Cuando alzo la mirada desde la pantalla veo que Maden me está observando. No dice nada, pero su gesto cambia. Le tiendo el móvil sin añadir una palabra. Él lee, asiente y me lo devuelve. Luego me acaricia el muslo con los dedos abiertos, como quien dice: estoy contigo, sea lo que sea, algo que me hace sentir tranquila.

Horas después, cuando ya no queda rastro del desayuno ni del cansancio acumulado de los últimos días, regreso a mi galería para poner algo de orden en la trastienda. Organizo estanterías, la mesa del despacho y también quiero vaciar un viejo baúl, que me regaló mi padre hace años, y deshacerme de él. Así que me arrodillo frente al baúl de madera oscura, con herrajes oxidados y olor a polvo antiguo. Perteneció a mi padre y un día, sin saber por qué, me lo trajo a la galería. Desde aquel día ha permanecido aquí, sin saber demasiado bien ni por qué acepté quedármelo. Tal vez lo hice por inercia o porque, en el fondo, siempre supe que algún día tendría que abrirlo de verdad.

Empiezo a sacar todo lo que contiene, porque si tengo que tirarlo, mejor que lo haga vacío. Voy sacando las cosas una a una: cuadernos, carpetas sin etiqueta y algunas fotos en blanco y negro que no reconozco. Todo parece inofensivo e incluso decepcionante. Pero cuando ya estoy a punto de cerrarlo, me apoyo con la mano en el fondo y un crujido seco me llama la atención. Me detengo en seco, golpeo ligeramente con los nudillos y noto que hay una resonancia diferente, como más hueca. Arrugo el entrecejo, froto la base del baúl con la palma y descubro una pequeña ranura, casi imperceptible, disimulada con una delgada lámina de madera. Me late el corazón en la garganta mientras meto los dedos con cuidado. Tiro del fondo metiendo los dedos como puedo y noto que el panel cede con un leve clic.

Al abrirlo, encuentro un doble fondo que no recordaba que existía. Abro mucho los ojos sorprendida al ver que todo lo que hay frente a mí está cuidadosamente ordenado. Carpetas gastadas por el

tiempo, folios doblados, sobres con anotaciones a mano… Los toco con una especie de respeto involuntario, como si acabara de abrir un relicario maldito. Al sacarlos, una sensación extraña me recorre de arriba abajo. Sé lo que estoy viendo incluso antes de desenfundar los primeros documentos. No hace falta leer demasiado, porque encuentro pagos a jueces, transferencias internacionales, actas de reuniones a puerta cerrada, sobornos disfrazados de donaciones de nombres que siguen saliendo en las noticias de políticos, empresarios y cargos del poder judicial. Todos tienen firmas, sellos y el escudo de los Marchese estampado con tinta negra en cada hoja.
Sin duda, esta es la prueba de una red tejida con minuciosidad por mi padre y ahora la tengo en mis manos.

Me quedo un rato sentada frente al baúl abierto, con los papeles esparcidos a mi alrededor como si fueran cenizas de algo que ya no puede volver a ser lo que fue. Me arde la garganta, me cuesta respirar y me tiemblan las manos, aunque no por miedo, sino de la certeza de que lo que tengo entre los dedos no es solo evidencia, sino un legado, una condena y una puerta. Y esta vez pienso cruzarla sin mirar atrás

Me incorporo con los folios en la mano y camino hasta la mesa del despacho y los extiendo uno a uno frente a mí. Me obligo a leer cada cifra y cada nombre. Reconozco apellidos que he escuchado toda la vida pronunciados en voz baja y siempre seguidos de una advertencia. Recuerdo conversaciones que de niña no entendía y que ahora encajan como cuchillas. En una esquina del documento más antiguo está la firma de Vittorio con ese trazo final que siempre usaba cuando creía haber ganado.

Hace un tiempo que quise borrar mi apellido. Lo arranqué de la puerta de mi galería, de mis tarjetas, de mi firma digital, pero ahora estoy dispuesta a usarlo para enterrarlo y poder ser feliz en esta nueva etapa de mi vida junto a Maden y a Davide, quién al fin podrá tener la vida que merece junto a mí.
Tengo que hundirlo y usar todo esto para enterrarlo con todo lo que arrastra. Y lo voy a hacer con sus propias armas.

Salgo de la trastienda y voy a buscar a Maden sin dudar. Lo encuentro en una de las salas delanteras, revisando una de las

cámaras ocultas que instaló semanas atrás. A pesar de que parece relajado, su cuerpo no engaña: está en alerta. Siempre lo está.

—Ven. Necesito que veas algo —le digo desde la puerta, sin elevar la voz.

Él me mira, asiente y me sigue hasta la trastienda sin hacer preguntas. Se queda de pie y yo me aparto para que vea la carpeta abierta sobre la mesa con los documentos perfectamente ordenados.

Maden hojea en silencio los papeles, aunque la primera página le cambia el gesto. Con la segunda, aprieta la mandíbula y con la tercera, ya tiene los nudillos blancos de tanta tensión contenida.

—Está todo aquí —le susurro—. Los pagos, los nombres, los jueces, las reuniones, las firmas…

Alza la mirada y clava sus ojos en los míos con decisión.

—Tú decides, Giorgia —me dice, serio—. Esto te pertenece.

—No. Esto pertenece a la verdad y quiero usarlo, pero no para salvarme sino para prenderle fuego a todo.

Maden se acerca hasta mí y se queda a unos centímetros y me mira de nuevo a los ojos.

—No me pidas que te salve del fuego, Giorgia. Solo dime si quieres que arda contigo.

Le agarro la camiseta con fuerza por la parte baja, mis dedos le aprietan la piel y siento cómo su respiración me roza la frente.

—No. Quiero que lo provoques conmigo —le digo justo antes de besarlo con pasión.

Capítulo 23

Maden

El club está vacío. No queda ni una nota colgada en el ambiente, ni una sombra que se atreva a moverse. Solo permanece ese olor denso a cuero, alcohol añejo y perfume caro, ese que se queda impregnado en las paredes, aunque se apaguen las luces y se borren las voces. Avanzo por el centro de la sala y con cada paso, algo en mí se tensa, como si este lugar supiera exactamente por qué he vuelto.

Todo está en penumbra, pero pese a eso puedo reconocer cada trazo de este lugar. Todo es tan estático que parece un decorado preparado para una escena que nunca llegó a rodarse.

Entonces, al fondo, en la barra central está Isobel, mi madre. Está sentada con la espalda erguida, las piernas cruzadas y una quietud tan calculada que me hace apretar los puños. Sostiene un cigarro fino entre los dedos como si fuera una extensión de su propio cuerpo. A su lado, una copa que no ha tocado. Ni lo hará. Ella nunca bebe de verdad en público, solo coloca las copas como piezas de ajedrez a su alrededor y estratégicamente distribuidas.

Lleva el abrigo negro de paño con el cuello subido. Ese que solo se pone cuando quiere recordarle al mundo que ella está por encima de todos. El cinturón lo lleva atado con precisión y sin

ninguna arruga ni descuido. Como si cada pliegue fuera una forma de mantener a raya el caos.

Los altísimos tacones de aguja que lleva no suenan cuando avanza sobre el mármol, pero basta con verla para saber que, si caminara, el suelo se rendiría bajo sus pasos.

Al verme, no se gira para mirarme, ni me llama, ni siquiera se inmuta. Solo sigue fumando con esa calma que siempre ha usado como escudo, como si nada pudiera perturbarla, ni siquiera yo, su único hijo.

—Has cambiado —me dice, sin mirarme a los ojos y sin levantar la voz—. Supongo que se lo debo a la Marchese.

Me detengo frente a ella, pero no me siento a su lado.

—No se lo debes a nadie —respondo—. Lo que ves es lo que queda después de haber quemado lo que me dejaste.

Alza la mirada por fin y me observa. Tiene esa mirada afilada que siempre ha usado para tenerme bajo su dominio, pero hoy no me afecta, porque ya no le temo, solo estoy cansado de todo esto.

—Siempre quise que fueras fuerte, Maden.

—¿Ves? En eso también somos distintos, porque lo que siempre he querido ha sido no parecerme a ti.

No dice nada al escucharme, solo se limita a dar una calada al cigarro, después exhala el humo despacio y toquetea la copa con sus largas uñas rojas.

—Tienes razón —murmura— has cambiado, pero, por lo visto, todavía no has entendido que esto no es un juego que se pueda abandonar cuando te dé la gana y sin consecuencias. Los Marchese…

—No me hables de ellos —le respondo de forma cortante. Al escucharme, se inclina hacia delante y apoya un codo sobre sus piernas cruzadas, mientras con la otra aguanta el cigarrillo, y me mira de arriba abajo estudiándome, como si quisiera escarbar bajo mi piel y descubrir lo que escondo.

—Vittorio cometió errores —dice al fin—. Pero también dejó cosas que podrían volcar el tablero entero si alguien supiera cuándo mover las fichas adecuadas.

La miro en silencio y a pesar de que el corazón me late más fuerte, no le dejo dominar la escena.

—No estoy aquí para jugar a tu ajedrez, sino para decirte que esto se acabó. Todo. Tus cuentas, tus clubes, tus aliados... No quiero nada ni siquiera tu herencia ni tu poder. Me quedo con el gimnasio, la casa de Sitges y el resto… véndelo, ciérralo, destrúyelo... Me da igual. No quiero saber nada más de todo eso.

—¿Y qué harás ahora, Maden? ¿Vivir en paz? ¿Montar una vida normal con una chica que es de tu misma calaña?

—Sí, pero al menos ella no me miente.

Antes de responderme, se recuesta en el sofá, pero hay un brillo amargo en su sonrisa. Sabe que no voy a ceder y acatar de nuevo sus órdenes, lo ha sabido desde que entré por esa puerta.

—Tenía claro que este día llegaría, pero no imaginé que serías tú quien se atreviera a romperlo todo.

—Siempre lo he sido, pero no has querido verlo, porque siempre has mirado hacia otro lado.

Tal y como acabo de hablar, me doy media vuelta y salgo del club sin esperar a que me responda. Cuando salgo a la calle, veo a Callahan que me espera junto al coche.

—¿Todo bien? —me pregunta al verme.

—Mejor que nunca.

—Me alegra oír eso.

—Gracias, pero ahora necesito un último favor.

—Soy todo oídos —me responde apretando los labios.

—Quiero que cierres todas mis cuentas y ventas todos mis clubes. Salvo el gimnasio y la casa en Sitges… no quiero nada más.

Callahan asiente de nuevo sin preguntas. Sabe que esta vez es distinto, porque no hay vuelta atrás. Me meto en el coche y cierro la puerta con fuerza. El motor arranca, pero dentro de mí hay algo que por fin se detiene, porque esta noche el círculo se ha cerrado y ahora, al fin, puedo empezar de nuevo.

Capítulo 24

Giorgia

El tacto frío del metal bajo la piel nunca se olvida. Aunque hayan pasado años y haya intentado enterrarlo bajo capas de arte, de rabia, de deseo o de nombres falsos. Esa primera vez que toqué un arma se me quedó grabada en las yemas de los dedos y en el alma. Y no por el tacto, sino por lo que significó en mi vida a partir de aquel momento.

El campo de tiro está vacío a estas horas. Solo se oye algún disparo aislado a lo lejos, apagado por las paredes gruesas, y el zumbido constante del sistema de ventilación. El aire aquí huele a pólvora y a sudor. Llevo puesta una chaqueta de tejido técnico sobre una camiseta básica, el pelo recogido, todavía demasiado corto, pero ya de mi color cobrizo natural, en una coleta baja y la mirada fija en la línea que marca el disparo. No hay nadie observándome, pero me siento observada igual. Quizá porque aún llevo dentro demasiados ojos clavados en la nuca.

Maden ha insistido en que practique, no me lo ha dicho como una orden, ni tampoco una petición, Sino que me lo ha dejado caer con esa forma suya de decir las cosas que quiere protegerme sin que parezca que me protege. Así que me ha traído hasta aquí, me ha enseñado cómo sujetar el arma, cómo poner el cuerpo para absorber el retroceso y cómo mirar más allá del objetivo. Después se

ha marchado sin decir nada, como si supiera que esto lo tengo que hacer sola.

Así que cargo el arma. Apunto… pero no disparo. En su lugar, en mi mente aparece un recuerdo como un bofetón, que me invade sin permiso y me revuelve las tripas.

Tenía nueve años. No había música, ni risas, ni calor aquel día en la villa de Sicilia de mi padre. Recuerdo el tacto del mármol frío bajo mis pies descalzos y las voces apagadas de los hombres que fumaban en la biblioteca. Me colé como siempre, por el pasillo lateral que olía a cera de las velas apagadas y a rosas marchitas. Mi madre ya no vivía allí o sí, pero solo en los retratos que colgaban de las paredes de los pasillos, pero nunca en las habitaciones.

Vittorio estaba solo en su despacho. Sentado tras su escritorio enorme, vestido con su habitual camisa blanca y los puños arremangados. Tenía delante una caja de madera abierta y dentro de ella, una pistola.

—Ven —me dijo sin mirarme ni siquiera y sin subir la voz.

Obediente, avancé hasta quedarme frente a su mesa. Él alzó la vista y me miró como si yo fuese un objeto curioso. Ni su hija, ni una niña, solo algo a lo que había que enseñar.

—¿Sabes qué es esto?

Negué con la cabeza, mientras las piernas me temblaban y las manos me sudaban, pero no aparté la vista.

—Es una Beretta. Ligera, precisa e italiana. Como tú.

La cogió y me la tendió. No pesaba mucho, pero sentí que me arrastraba el brazo hacia el suelo.

—Tócala. No muerde —insistió.

No quería ni acercarme a ella, pero tampoco quería que se enfadara. Así que la agarré por la empuñadura con torpeza y las manos sudadas y frías.

—La lealtad se escribe con sangre, Giorgia, no con palabras. Las palabras se las lleva el viento, pero la sangre, no. La sangre deja huella.

Lo dijo como si estuviera leyendo un libro y sus palabras pertenecieran a una lección que había memorizado. Yo no supe qué responder, la verdad es que no sabía nada que tuviera que ver con

todo aquello. Lo único que quería era salir corriendo y esconderme bajo mi cama. Pero no lo hice. Me quedé allí, sosteniendo un arma que pesaba como si estuviera cargada con todas las muertes del mundo.

Disparo. El sonido rebota en las paredes, me atraviesa los huesos y el papel con la silueta al fondo de mi carril de tiro se rasga justo en el centro.

Respiro hondo y disparo otra vez, otra vez y otra más. Cada uno de mis disparos borra de mi memoria y de mis venas un poco de aquel despacho de mi padre, de ese recuerdo y de aquella niña muerta de miedo. Pero no del todo, los recuerdos de la infancia nunca se borran por completo.

Cuando el cargador se vacía, bajo el arma y me quito los cascos. Me tiemblan los brazos y el sudor me recorre la espalda. Aunque no es solo calor lo que me invade, por mis venas también corre rabia y un miedo que ya no es miedo, pero que se parece demasiado.

Vuelvo a cargar. Ahora ya no me basta con acertar, porque ansío asegurarme de que si llego a tenerlo delante, si miro a Vittorio a los ojos con un arma en la mano, no me temblará el pulso. Quiero tener esa certeza, porque me la debo. Porque he crecido con la culpa pegada al paladar y con el sabor del silencio clavado en la lengua. Porque me pasé la infancia con la espalda contra la pared, como si cualquier movimiento que pudiera hacer fuera una traición.

Durante la mayor parte de mi vida, he vivido así. Encogida y fingiendo que no veía lo que pasaba, ni oía los gritos tras las puertas cerradas, ni los disparos a lo lejos, ni los llantos de las mujeres que desaparecían después de las fiestas.

Ahora no, ahora ya soy otra. Ahora soy la mujer que eligió salir de allí y que aprendió a pintar sus cicatrices con fuego.

Disparo otra vez. La bala da en el borde del blanco. No es perfecto, pero tampoco lo necesito. Lo que necesito es no tener miedo.

Meto el arma en la funda, recojo las vainas gastadas del suelo y me acerco al objetivo para cambiar la hoja. La nueva está

limpia y vacía. Como lo que vendrá después de todo esto, si consigo acabar con él.

Cuando salgo del ascensor, me quito la chaqueta sin decir nada. Todavía noto en el cuerpo la vibración del último disparo. Tengo la sensación de que la llevo metida en los músculos, en el pecho, en la mandíbula, que continúo teniéndola apretada, y me late en los oídos como un tambor sordo. Aunque ahora ya no esté en el campo de tiro haya quedado atrás, la escena no se ha ido del todo, parece que se me ha pegado como el olor a pólvora que traigo encima.

Maden está en la cocina de pie, apoyado en el borde de la encimera, con una taza de café humeante entre las manos. Cuando me ve, no parece sorprendido de verme así.

—¿Cómo ha ido? —pregunta al cabo de unos segundos, sin mirarme directamente.

Me encojo de hombros. Dejo la funda del arma sobre la encimera de la cocina y busco agua en la nevera. Bebo de pie, de un trago largo, y solo entonces me giro hacia él.

—No he fallado ni una vez. Pero eso no significa nada —le respondo después de apurar el contenido del vaso.

—No hace falta que siempre aciertes —dice—. No tienes que matarlo. Pero tienes que mirarlo a los ojos.

Me quedo quieta. Trago saliva. Sus palabras me atraviesan como si fuera él quién acabara de dispararme él.

—¿Y si me tiembla el pulso? —murmuro.

—Te temblará, pero lo harás igual. Eso es lo que cuenta.

No lo dice como consuelo, ni siquiera como consejo. Me habla desde la experiencia, porque ya ha pasado por ahí y sabe que hay momentos que no se superan... solo se atraviesan.

Se acerca y me ofrece una taza. La cojo sin rechistar y doy un sorbo de café que está amargo, fuerte y todavía demasiado caliente. Pero lo necesito para espabilarme y no dejar que el miedo se me agarre a la garganta ahora que parece que todo empieza a tomar forma.

—Vittorio va a huir —me dice entonces.

—¿Cómo? —pregunto clavándole la mirada directamente en la suya.

—Tiene un vuelo privado preparado para mañana al amanecer con destino a Europa.

Todavía no sabemos a qué país pretende volar, pero tiene todo preparado. Su plan es desaparecer sin dejar rastro, largarse antes de que tenga la mínima oportunidad de alcanzarle.

Doy un paso hacia atrás, como si la noticia me hubiese empujado de golpe. Luego empiezo a andar por la cocina sin rumbo, con las manos entrelazadas en la nuca, como si así pudiera contener el fuego que se me ha encendido por dentro. El pecho se me encoge, los pensamientos giran dentro de mi cabeza a toda velocidad y la rabia me golpea la garganta desde dentro.

—No —murmuro, con la voz afilada—. No puede escapar. No después de todo lo que ha hecho.

Noto la mirada de Maden clavada en mí mientras se mantiene a mi lado en silencio. No me pide que me calme, ni intenta convencerme de nada. Solo me deja sentir lo que ahora mismo me invade.

—No puede marcharse como si todo le diera igual. Como si no hubiera destrozado mi infancia, como si no me hubiese vendido como si fuera una ficha más de su puto tablero y no hubiese destruido lo poco que me quedaba sin ni siquiera mirar atrás.

Me detengo frente a la pared y apoyo la frente en el yeso frío. Cierro los ojos y siento un pinchazo agudo justo detrás de las cejas, como si el dolor que llevo almacenado durante años estuviera pidiendo salir. Me late el pecho como si me lo estuvieran golpeando desde dentro y me arde el cuerpo de tanto contenerme, pero lo que más me duele no es eso.

Es Davide. Mi hermano pequeño, mi niño. Lo único que ha sido real en medio de la enorme mentira que ha sido mi vida.

—Lo voy a traer de vuelta. Como sea. Me da igual lo que me cueste. Pero esta vez mi padre no se va a salir con la suya. Te lo juro.

Me doy la vuelta y miro a Maden a los ojos. Ahora ya no me tiembla la voz, porque ahora siento una fuerza nueva, que sale de lo

que aún tengo por salvar. Maden no dice nada, solo se acerca y me rodea con los brazos. No me aprieta, ni intenta tapar lo que siento. Solo me sostiene, como si entendiera que necesito dejar de luchar y de demostrar que puedo con todo. Solo dejarme caer en alguien que no me pide explicaciones.

Apoyo la frente contra su pecho y siento su calor, el ritmo tranquilo de su respiración y el olor inconfundible de su piel, que aspiro y me invade los pulmones como un bálsamo que no me cura, pero me calma.

Nada borra lo que ha pasado, me recuerda que estoy aquí y que sigo en pie. Que ya no soy una niña mirando desde una rendija cómo unos hombres desconocidos deciden por ella, porque a partir de ahora, todo lo voy a elegir yo.

Capítulo 25

Maden

Hay decisiones que se toman con la boca seca y el alma encajada entre los dientes y esta es una de ellas.

El hotel es viejo, pero nadie lo diría al entrar. La fachada está restaurada, las recepcionistas no hacen preguntas y los pasillos que huelen a desinfectante barato. Hemos elegido este sitio, porque no está en la lista de nadie, ni en la de la policía, ni en la de los Marchese, ni en la de los que pretenden seguir jugando a dos bandas.

La habitación 604 tiene las ventanas selladas, las cortinas cerradas y una mesa al fondo con una cafetera de esas que hacen más ruido que café. El juez ya está allí cuando entramos. Se ha quitado la chaqueta y el sudor le marca las axilas de la camisa. Le tiembla una pierna. El hombre tiene pinta de haber dormido poco y bebido demasiado. Detrás de él hay dos maletas hechas. Por lo que parece, está listo para huir en cuanto le demos lo que quiere.

Callahan se queda cerca de la puerta con los brazos cruzados y yo avanzo hasta sentarme frente al juez. No digo nada, solo saco un sobre y lo dejo sobre la mesa.

—Ahí tiene el adelanto. Lo que venga después depende de usted.

El juez no lo abre, solo me mira con los ojos enrojecidos. Tiene miedo, pero no del que hace correr, sino el que paraliza.

—Están todos metidos —murmura—. Políticos, fiscales, inspectores... Nadie va a protegerme si abro la boca.

—Tampoco te protegerán si sigues callado. Cuando caiga Vittorio, van a buscar culpables en todas partes. Y usted estará solo.

Le dejo unos segundos para que trague saliva. Le doy espacio para que se ahogue en su propio miedo, porque solo así verá que lo único que puede salvarle ahora soy yo.

—Si cae usted, caiga con dignidad. Si se queda callado, caerá solo.

El juez aprieta los labios. Luego coge el sobre y asiente sin decir ni media palabra, no necesita hacerlo.

Me levanto y me acerco a la ventana. Aparto un poco la cortina y veo que el cielo está cubierto, como está todo ahora mismo, pendiente de romperse.

—El trato es sencillo. Mañana por la mañana estará en un lugar seguro. No quiero verle ni oír su nombre. Pero su testimonio tiene que estar listo y firmado antes de las ocho. Lo quiero limpio y directo, sin vueltas ni dobleces. ¿Entendido?

El juez asiente otra vez. Se pasa una mano por la cara y mira hacia Callahan, como si esperara que le confirmara que esto va en serio. Callahan no dice nada. Solo abre la puerta. Cuando salimos al pasillo, cierro la puerta tras de mí. Me detengo un segundo y siento el peso de todo lo que estamos a punto de hacer. Esto no es solo una trampa para Vittorio, sino dinamita directa a los cimientos de todo lo que han construido durante años.

Callahan me mira.

—¿Crees que va a cumplir con su parte?

—Tiene tanto miedo que hará lo que sea con tal de desaparecer. Es justo el tipo de hombre que necesitamos ahora. Asustado, pero útil.

Bajamos por las escaleras. No usamos el ascensor, porque no confiamos en la electricidad cuando lo que está en juego es la vida.

Mientras caminamos hacia el coche, siento el frío en los nudillos. El mismo que siempre aparece antes de que todo salte por los aires.

Capítulo 26

Maden

El portátil parpadea en la mesa con el brillo impersonal de quien espera órdenes. Cada clic sobre el teclado resuena como un paso más hacia un abismo que ya no tiene marcha atrás. En esta sala blindada, escondida en uno de los barrios más impersonales del East Side, hemos montado un cuartel. Todo parece provisional, pero cada elemento está calculado al milímetro.

No hay tiempo para dudas ni espacio para errores. Sobre la mesa, los mapas están marcados con tinta roja, los documentos falsificados llevan sellos que engañarían a cualquier oficial de aduana, y la carpeta negra con el nombre de la inmobiliaria ficticia reposa sobre la mesa como una bomba sin detonar. La escena parece una negociación encubierta, pero en realidad es una declaración de guerra.

Giorgia está frente a mí. No dice nada. Solo observa. Tiene el pelo recogido en una coleta despeinada, que suele hacerse cuando quiere olvidarse del mundo y centrarse en lo que importa. Lleva la pluma entre los dedos, pero no escribe. Está atenta a cada palabra, a cada pausa, como si con eso pudiera anticiparse a lo que viene. A su lado, Callahan marca otro punto en el plano con el mismo gesto seco de siempre. Lo ha hecho mil veces. Pero esta vez,

sabe que no es una vez más. Esta vez el objetivo no es solo una red sino un nombre que pertenece a un hombre en concreto.

—Todo está listo —dice Callahan—. El correo ha salido desde la cuenta intervenida que usaban los de Catania. El mensaje parece limpio. Si Vittorio o alguien de su círculo lo lee, morderán el anzuelo.

—¿Dónde hemos colocado la propiedad? —pregunto.

—En los alrededores de Trapani. Un terreno con fachada agrícola, pero con permisos ficticios para reformar. Justo el tipo de activo que solía utilizar para el blanqueo. Si pica, enviará a alguien a comprobar los papeles o, con suerte, vendrá él mismo. Necesita liquidez, y lo sabe.

Asiento y giro la pantalla del portátil para que Giorgia vea los documentos falsos. Escrituras, balances y hasta una licencia de exportación que hemos plagiado del archivo de una empresa pantalla que ya no existe. Todo parece tan real que por un momento incluso yo estaría dispuesto a creerlo.

—¿Y si no se presenta? —pregunta ella, sin apartar la vista del plano.

—Entonces rastrearemos al intermediario. Lo seguiremos, lo interceptaremos, y le sacaremos lo que nos falta. Pero si Vittorio se huele que estamos cerca, vendrá. No puede con la idea de que alguien más esté moviendo dinero a sus espaldas.

Giorgia cierra el cuaderno despacio y lo guarda, después agarra la llave de oro que cuelga entre sus pechos.

—Quiero que la reunión esté programada para mañana por la noche —digo—. En Palermo, en el hotel Almirante. El ala este sigue cerrada por reformas, nadie se fijará si ocupamos una planta entera. Que parezca una cita informal, pero no demasiado accesible. Vittorio no da un paso sin asegurarse de que tiene escapatoria.

Callahan toma nota. Giorgia se levanta y camina hasta la ventana. No la abre, solo apoya la frente en el cristal con la espalda recta y el cuerpo tenso. Me acerco a ella, aunque no digo nada.

—¿Has tenido que preparar muchas trampas así? —susurra sin mirarme.

—Demasiadas —respondo.

—¿Y alguna vez ha salido bien?

—Alguna, pero siempre hay un precio que pagar a cambio.

Ella asiente, sin girarse y yo la miro, sabiendo que esta vez el precio podría ser más alto que nunca.

Capítulo 27

Maden

La ciudad se ha callado como si supiera que se acerca algo que no conviene nombrar en voz alta. Desde aquí, apenas se intuye la silueta del río. Solo algunas farolas desafían a la oscuridad con ese neón apagado que no alumbra demasiado. En mi apartamento todo parece que está en pausa. Como si la noche, no fuera más que un paréntesis.

Estoy en el despacho con la puerta entreabierta y una luz cálida que no molesta. Sobre la mesa no hay papeles, ni informes, ni una sola distracción, solo tengo la Glock frente a mí. La he desmontado entera y tengo las piezas alineadas con precisión frente a mí. El cañón ya está limpio, pero sigo pasándole el trapo como si eso fuera lo único importante. En realidad, no es por limpieza, sino porque hacerlo me obliga a estar aquí, centrado en esta rutina que me salva del ruido que provocan mis pensamientos.

He limpiado armas desde que tengo memoria. La primera vez fue con diez años. No sabía lo que hacía, pero lo hice. Me enseñaron que un arma es como una extensión del cuerpo y que tiene que obedecerte antes incluso de que pienses en disparar. Pero nunca me dijeron que también absorbe lo que llevas dentro. El metal no olvida, solo espera como yo esta noche.

Pienso en lo que era la vida antes de Giorgia y en lo que ha dejado de ser desde que ella irrumpió como un golpe seco sobre la mesa.

Termino de montar la pistola. La dejo sobre el escritorio y la observo un segundo. Podría ser una obra de arte por lo que tiene de precisión o una sentencia, pero no decide por sí sola. Nunca lo ha hecho. Aunque lo verdaderamente importante es quién aprieta el gatillo y por qué lo hace.

Cruzo el pasillo sin hacer ruido. No hay necesidad de avisarla, porque sé dónde está. No tengo que buscarla. Desde la puerta entreabierta del estudio veo una luz encendida. Giorgia está sentada en el suelo, frente a una caja abierta. Tiene puesta una camiseta vieja, el pelo se lo ha recogido con un lápiz y está descalza sobre la alfombra. Entre las manos sostiene su cuaderno. El de los dibujos y lo acaricia como si le costara soltarlo. Luego lo guarda con cuidado. Dentro de la misma caja también guarda la llave de oro. La coge, la mira y, por un momento, creo que se la va a volver a colgar del cuello, pero la deja encima de las páginas del cuaderno junto con el collar y cierra la caja con firmeza. No está huyendo ni está despidiéndose, solo está guardando en lugar seguro lo que importa, por si no regresa.

Apoya la frente sobre la tapa cerrada y se queda así, con los ojos cerrados, respirando despacio. No me ve, pero yo a ella sí. La observo como si no fuera capaz de grabar más detalles en la cabeza y, sin embargo, sigo haciéndolo. Porque si algo saliera mal, me aferraré a esa imagen como a un ancla. No toco la puerta ni hago ruido, solo regreso sobre mis pasos. Hay momentos que no necesitan palabras y que es suficiente saber que el otro está cerca y que no se irá.

Entro en la cocina sin encender las luces. El suelo está frío bajo los pies, como si la casa entera hubiera decidido convertirse en un témpano de hielo. Abro una botella de agua y bebo directo, sin vaso, dejando que el cristal helado me golpee los dientes. Regreso al despacho, pero no me siento. Camino despacio por la estancia como si cada uno de mis pasos me ayudara a ordenar lo que no sé cómo decir. Miro el reloj de pared y veo que las agujas están donde

estaban hace un rato, como si se negaran a avanzar. Esta noche, el tiempo no se mide por minutos, sino por los silencios que no se rompen y las respiraciones que se aguantan sin darnos cuenta.

La puerta se abre sin previo aviso, aunque no me sobresalto, porque sabía que vendría. Giorgia entra sin hacer ruido, con la cabeza algo baja y lleva puesto un jersey que no le había visto nunca. Le queda grande y las mangas le cubren hasta casi los dedos. Se mueve con una calma contenida, como si no quisiera perturbar nada, pero sin esconderse. Se acerca y no me toca, ni me dice nada, pero su presencia llena el espacio de una forma que no sé explicar. Nos miramos de frente y a los ojos, como si estuviéramos leyendo una verdad que ninguno se atreve a decir en voz alta.

—¿Puedo quedarme aquí? —me pregunta con un hilo de voz que no necesita más volumen para ser clara.

Asiento y apago la luz principal y dejo encendida la del flexo. La penumbra lo envuelve todo. Giorgia se sienta en el sofá, recoge las piernas y apoya la mejilla en el respaldo. El pelo le cae hacia un lado y por un instante me parece más joven y frágil. Yo me siento en la butaca y apoyo los codos en las rodillas y la observo. Ni uno de los dos habla, porque no hace falta.

Esta noche no hay prisa, ni sexo que se imponga como un alivio, ni piel que busque consuelo inmediato. Hoy necesitamos algo más hondo. Eso que no se toca, pero que sostiene. Esa forma de estar sin exigir, de respirar el mismo aire sin pedirlo prestado. De saber que, aunque el mundo esté a punto de romperse, ahora mismo, no se romperá sin nosotros.

Ella bosteza sin decir nada y yo sigo mirándola. Deja que los párpados le pesen hasta que los cierra del todo y el ritmo de su respiración se vuelve pausado. Se ha rendido al sueño como si supiera que, esta vez, puede hacerlo.

Yo no cierro los ojos, porque alguien tiene que vigilar mientras el otro descansa. Alguien tiene que quedarse despierto para recordarle al otro que, pase lo que pase, aún queda una habitación en la que se puede respirar sin miedo. Porque hay guerras que no se ganan con disparos, sino con resistencia. Con el

coraje de aguantar, incluso cuando todo dentro te empuja a huir. Y esta noche, resistimos juntos y sin más ruido que el que hace el silencio cuando por fin deja de doler.

Capítulo 28

Maden

La puerta se abre sin previo aviso, pero no me sobresalta. Ni siquiera aparto la mirada del ventanal. Afuera, la ciudad late con ese pulso apagado que solo tiene cuando sabe que algo se acerca. Las farolas luchan por imponerse al cielo encapotado y al reflejo intermitente de los coches que cruzan el puente. El despacho sigue sumido en esa calma tensa que precede a todo lo irreversible. No necesito girarme para saber que es ella. Giorgia entra en silencio. La reconozco por cómo camina, por ese modo de avanzar como si no pisara del todo. Lleva una camiseta gris, de esas que se resbalan por un hombro. El pelo le cae suelto, aún húmedo, como si no hubiera tenido tiempo o ganas de secarlo. Se queda a unos pasos de distancia de mí. No se acerca, pero tampoco se esconde. Está ahí, de pie, sin decir nada y con esa forma de mirarme que parece saberlo todo. Como si dentro de sus ojos estuvieran todas las respuestas que yo no encuentro.

Avanza despacio y se sienta en el borde del escritorio, justo donde antes dejé la pistola. No la toca ni pregunta. Solo me mira y espera.

Me humedezco los labios, pero la garganta me arde.

—Si no salgo de esto…

Ella levanta la mano antes de que termine de hablar. Un gesto seco, como una orden que no necesita fuerza, solo verdad.

—No termines esa frase, Maden. Saldrás conmigo o no saldremos ninguno de los dos.

Me quedo quieto, porque en su voz hay algo que me encoge por dentro. Algo que me arranca de donde estoy y me pone justo frente a lo que no quiero admitir: que me importa más de lo que había previsto y más de lo que puedo permitir.

Dejo la pistola sobre la mesa. La noto más pesada de lo habitual o tal vez sea mi mano la que está agotada de sostenerla. Me acerco hasta Giorgia y no tengo que rozarla, me basta con acercarme y dejar que note que sigo aquí para que su respiración cambie, no porque se agite, sino porque se afloja como si por fin se permitiera soltar un poco.

Me inclino hasta que nuestras frentes se tocan y nos miramos. No le pido nada, ni le prometo nada, porque ya lo sabe todo.

Cierro los ojos un instante. Necesito ese segundo con ella antes de lo que venga.

—Si muero mañana —susurro—, al menos sabré que esta vez no lo he hecho solo.

No dice nada. La manera en que me mira no admite réplica. Me sostiene con una firmeza callada, sin querer atarme, pero sin permitirme caer. Su forma de mirarme lo dice todo: que está aquí, porque ha elegido estar aquí conmigo. Y eso me basta.

Capítulo 29

Giorgia

La verja oxidada cede con un chirrido bajo cuando la empujo. El metal no ofrece resistencia, como si incluso la casa supiera que ya no tiene fuerza para oponer nada. Al fondo, la estructura de piedra aparece entre los árboles. Tiene las persianas bajadas, la pintura resquebrajada y los muros cubiertos de musgo. No parece un escondite ni una trampa. Es solo el escenario del final.

El camino de tierra húmeda se hunde mis botas. El aire huele a lluvia y a ramas húmedas. No hay ruidos de pájaros ni coches. Solo el sonido de mi respiración y el eco de mis pasos. Me llevo la mano al bolsillo del abrigo y noto la forma del arma. Trago saliva y continúo avanzando hacia la entrada.

La puerta principal está entornada como si me estuviera esperando. Entro en la casa y noto el frío que hace en el interior. Observo a mi alrededor y veo que el polvo cubre los muebles. Hay una chimenea apagada, unas tazas sobre una mesa auxiliar y al fondo de la estancia está él.

Vittorio está sentado en una butaca con el abrigo sobre los hombros y las manos apoyadas en las rodillas. No se levanta al verme entrar. Ni siquiera se inmuta. Solo me observa como si me viera por primera vez.

—Has tardado —dice.

Cierro la puerta sin responder. Mis pasos suenan huecos al cruzar el salón.

—Pensé que te habrías escondido como los demás —respondo.

—Ya no tengo de quién esconderme.

Nos quedamos mirándonos. No hay reproche en su voz, ni amenaza. Solo un cansancio antiguo que ha sustituido a su arrogancia habitual. En sus ojos no hay furia sino algo peor: resignación.

Me acerco hasta quedar frente a él, saco la pistola del abrigo y la apoyo con firmeza sobre la mesa.

—Podría matarte aquí mismo. Nadie sabría que he estado aquí y nadie lloraría tu ausencia —le digo mirándole fijamente. Él baja la mirada hacia el arma, aunque no retrocede ni suplica.

—Sé que podrías hacerlo y sé que crees que sería la única forma de hacer justicia.

Al escucharle, la tensión me sube por el pecho como un nudo seco. Sus palabras no me hieren, pero tampoco me alivian.

—Todo lo hice por ti —me dice, al fin.

Mi risa es breve y rota, sin humor, pero llena de incredulidad.

—No. Lo hiciste para sentirte invencible y demostrarte que podías manejarlo todo. Incluso a mí.

No me replica, solo asiente. Como si por fin lo aceptara.

—Puedes dispararme o encerrarme. Pero mi sangre... siempre latirá en ti.

Mi mano tiembla, pero no por miedo sino por rabia. Por todo lo que arrastra esa frase, pero no aprieto el gatillo. Respiro hondo y bajo el arma. No porque lo perdone, sino porque no voy a dejar que sea él quien marque el final de esta historia.

—No, no voy a matarte. No porque no lo merezcas sino porque por fin he entendido que tu poder acaba donde empieza mi elección.

Vittorio cierra los ojos y yo me giro hacia la puerta. No necesito decirle nada más.

Mi victoria no está en dispararle, sino en haber llegado hasta aquí sin convertirme en él.

Capítulo 30

Maden

No hay gloria en las victorias que se ganan con sangre ni tampoco redención en las derrotas silenciosas. Pero hay algo en el final de ciertas guerras que no necesita aplausos ni titulares, solo una puerta cerrándose para siempre.

El televisor sigue encendido, pero en la habitación no se oye ni una sola palabra. Tampoco en la pantalla. Solo el murmullo sordo del presentador mientras las imágenes se repiten en bucle, como si al mundo le costara asimilar lo que ya es definitivo.

Una caravana de coches oscuros avanza lenta por un paso fronterizo. Luego, un corte rápido: hombres vestidos de civil rodean un vehículo sin distintivos. La cámara tiembla justo antes de enfocar el momento en que abren la puerta y lo sacan. Vittorio Marchese. Es él. Con las manos a la espalda, la cabeza ligeramente baja y esa expresión de quien sabe que ya no hay trato posible. No hay disparos ni resistencia. Tampoco hay nadie esperándole al otro lado, ni una voz que proteste, ni un rostro que se atreva a mirar la cámara con rabia o dolor.

Ha caído así: en silencio y sin espectáculo. Como si hasta la historia se negara a regalarle una última escena de gloria. Como si el mundo, por fin, le estuviera dando la espalda, porque su tiempo, simplemente, ya se ha acabado.

Giorgia está sentada al borde de la cama, con los brazos cruzados sobre las piernas y la mirada fija en la pantalla. No ha dicho una palabra desde que han dado la noticia. Ni ha hecho una mueca, ni lanzado un suspiro.

Mientras, yo me apoyo en el alféizar de la ventana, sin dejar de mirarla. El aire de esta ciudad huele a conclusión. No sabría explicar por qué, pero todo parece distinto como más liviano. Como si incluso las paredes del hotel supieran que lo que tenía que romperse ya se ha roto.

—No queda nada que nos ate aquí —le digo, sin subir el tono de mi voz.

Ella tarda unos segundos en reaccionar. Luego gira la cabeza y me mira, pero no lo hace ni con sorpresa, ni con alivio. Me mira como si ya supiera lo que voy a decirle a continuación. Como si ese silencio entre los dos hubiera estado gestando esta frase desde hace días.

—Entonces vámonos lejos, donde todo esto deje de doler —me dice alzando la mirada hasta encontrarse con la mía.

No hay lugar en el mapa que garantice eso. Pero ella no se refiere a un destino geográfico sino a un tipo de vida. Una donde el dolor no arda cada vez que se respira.

Apago la televisión y la habitación se queda en silencio, aunque no de ese que asfixia. Es el silencio de algo terminado. De lo que no necesita explicaciones ni vuelta atrás. Me acerco a ella, le cojo la mano y noto que está fría, pero firme. Como si toda la tensión acumulada en su cuerpo hubiera decidido marcharse con Vittorio.

—Antes de irnos, hay algo que tenemos que hacer —me dice tomándome de la mano y mirándome a los ojos.

No necesito que me diga ni una palabra más, porque sé lo que me quiere decir.

Capítulo 31

Giorgia

El coche espera justo donde habíamos acordado. Negro, discreto, con los cristales tintados y el motor encendido, como si llevara horas conteniendo el aliento. Maden abre la puerta sin decir nada y me deja pasar primero. Nos acomodamos en la parte trasera. No cruzamos palabra, porque no hace falta. El silencio de este trayecto no duele, sino que acompaña y nos envuelve sin exigir explicaciones.

Apoyo la frente contra el cristal de la ventanilla de mi lado y dejo que el traqueteo del coche me lleve sin prisa. Afuera, el paisaje se va difuminando poco a poco, como si alguien lo estuviera borrando con la palma de la mano. Los árboles, los márgenes de la carretera, las señales... todo se aleja sin esfuerzo, pero esta vez no me resulta doloroso.

Por primera vez después de mucho tiempo, no tengo esa sensación de huida clavada entre los omóplatos. Ahora no me estoy escapando de nada, ni estoy rompiendo con nada. Al contrario, me estoy acercando a lo que me falta, porque me lo arrebataron. Cada vez estoy más cerca a algo que me duele, sí, pero también a lo que me espera. Esta vez, el movimiento no es fuga, sino regreso, aunque aún no sepa del todo a dónde.

Cuando llegamos al aeropuerto privado, el cielo sigue cubierto, pero ya no me molesta. Subimos al *jet* privado y me

acomodo junto a Maden, que me coge de la mano en cuanto me siento. No me aprieta, solo la sostiene como si me dijera que pase lo que pase, ya no esto sola.

El vuelo es breve, pero no necesito más tiempo. Lo justo para que mi cuerpo entienda que esto es real y que estamos a punto de recuperar algo que me arrancaron sin avisar.

Cuando el coche nos deja frente al internado, siento un escalofrío. El edificio parece salido de una postal antigua, de esas que nadie guarda. De lejos, casi engaña. Parece limpio y correcto, pero cuanto más te acercas, más evidente se hace el veneno que lo impregna todo. Cada piedra y cada rincón parecen pensados para imponer orden sin ternura. Es un lugar donde no se crece, solo se sobrevive.

El director nos recibe en el vestíbulo con cara de no querer estar ahí. Su traje gris, el tono parduzco de su piel y su voz sin matices así lo muestran.

—El chico está en clase. Puedo mandar a alguien a buscarle —me dice, sin mirar a los ojos.

—Prefiero acompañarle a usted yo mismo —responde Maden.

Yo no me muevo. Me quedo en el vestíbulo, con los brazos cruzados y el corazón latiendo desbocado en mi garganta. Escucho cómo se pierde el eco de sus pasos por el pasillo y fijo la mirada en el reloj que cuelga de la pared, justo enfrente de mí. El segundero avanza, pero lo hace tan lento que parece una burla. Una espera que no se mide en minutos, sino en lo que ocurre entre un latido y el siguiente. El tiempo no avanza de verdad. No hasta que oigo unos pasos resonar en el larguísimo y oscuro pasillo.

Primero aparece Davide. Se queda quieto, como si no supiera si dar un paso más o quedarse ahí por si todo esto no es real. La mochila le cuelga de un solo hombro y le cae por la espalda con descuido, como si llevara demasiado tiempo cargando con ella. Lo miro con el corazón encogido, porque no es el niño que recuerdo. Ahora está mucho más alto, los rasgos se le han afilado, la mandíbula se le ha marcado y hay una sombra distinta en su mirada. Una que no debería estar ahí a su edad y eso me rompe un poco.

Parece un hombre. Uno joven, herido y en alerta. Pero debajo de esa expresión que intenta sostener con dignidad, yo sigo viendo al niño que protegía cuando creía que el mundo era demasiado cruel para él. Y entonces, me mira. Solo con eso, lo sé. Sigue siendo Davide. Mi hermano que me mira frunciendo levemente el ceño antes de que le sonría. Esa vacilación en la respiración, como si le doliera creérselo del todo. Ese gesto contenido, que no es una sonrisa pero que ilumina todo lo que yo llevo tanto tiempo apagando.

Doy un paso, temblando por dentro, y avanzo hacia él. En cuanto lo tengo delante, algo dentro de mí se parte. Se me desmorona el pecho y se me humedece la garganta, porque ahí está frente a mí, vivo, cambiado, pero intacto en lo que importa.

Ha crecido y ha sobrevivido a demasiadas cosas. Pero no ha desaparecido ni se ha perdido. Y ahora está aquí frente a mí y a un solo paso de distancia, por fin.

Mi niño ya no es un niño. Se ha convertido en un adolescente de gesto serio, con los hombros más anchos y esa forma de andar que tienen los que han aprendido a no llamar la atención. No sonríe ni corre hacia mí, solo camina. Pero a cada paso que da, algo dentro de mí se parte y se recompone al mismo tiempo.

Cuando lo tengo frente a mí, no puedo hablar. Solo lo miro. Tiene la mandíbula más marcada. Los ojos, en cambio, siguen siendo los mismos. Esos ojos que me miraban como si yo pudiera protegerlo de todo. Esos ojos que no he dejado de ver ni una sola noche desde que me lo arrebataron.

—Davide —susurro.

Él me mira y apenas asiente, pero en su cara hay algo que me atraviesa. No hay reproche ni miedo sino algo peor. Hay ese silencio de quien ha aprendido a no esperar nada.

—Nos vamos —le digo, apenas con un hilo de voz.

Y él, sin una sola pregunta, lo acepta. Como si no necesitara explicaciones y como si supiera que este momento llegaría, aunque hubiera dejado de creerlo hace tiempo.

Maden le pone una mano en el hombro, firme, tranquila. Davide se gira, camina hacia el vehículo y sale junto a nosotros sin mirar atrás. Yo camino a su lado tomándole de la mano, aún con el nudo en el pecho y la voz atrapada en algún lugar entre las costillas. Cuando me siento junto a él, por fin me permito mirarle de cerca. Le repaso la línea de la mandíbula, el corte de pelo, la piel ligeramente más pálida y los dedos algo más largos. Me cuesta respirar, pero no por angustia sino por la emoción.

Este mismo instante es el que he reconstruido mil veces en mi cabeza. El mismo que tantas noches he imaginado con los ojos cerrados y el pecho en vilo, solo para despertar sin él. Pero esta vez no es un sueño, porque Davide está aquí conmigo, sentado a mi lado y tomado de mi mano.

El motor del coche ruge con suavidad, como si también supiera que no debe que romper el momento. El conductor no dice nada y nosotros tampoco, porque no hace falta. El vehículo se pone en marcha y empieza a alejarse por una carretera secundaria, bordeada de árboles, que parecen cerrar el paso a lo que dejamos atrás. A través de la ventanilla, veo cómo el internado desaparece poco a poco entre las copas de los árboles, como si la misma naturaleza tuviera prisa por sepultar ese lugar, donde le han arrebatado la infancia a mi hermano y donde le han enseñado a obedecer antes que a sentir.

Pero ahora eso se ha acabado. Ya no podrán tocarlo.

Él sigue a mi lado con el cuerpo algo tenso, como si aún no acabara de creer que esto es real. Yo, en cambio siento algo que no sé etiquetar. No es paz lo que me recorre por dentro, ni siquiera lo llamaría alivio. Es algo más primitivo y profundo. Como si algo me hubiera hecho clic por dentro y por fin pudiera entender que todo ha cambiado y nosotros también. Esta vez no hemos esperado a que nadie venga a salvarnos, porque lo hemos hecho nosotros.

Y aunque el miedo aún existe, aunque no sé qué nos espera más adelante, hay una certeza que se agarra a mis costillas como un ancla: Davide ya no está solo. Ni volverá a estarlo nunca más.

Capítulo 32

Giorgia

El olor a sal llega antes que la brisa. Entra por la rendija abierta del ventanal y me acaricia la piel. Al fondo, el mar se mueve con su calma habitual. Azul, profundo y con ese vaivén hipnótico que no me inquieta. Me sienta bien estar aquí.

Estoy sola en el estudio. Las ventanas abiertas de par en par dejan entrar la luz del Mediterráneo. La estancia huele a aguarrás, a lienzo nuevo y a óleo sin mezclar. He estado pintando desde que salió el sol, sin parar y sin pensar demasiado. A veces, como hoy, solo dejo que el color decida por mí.

En el centro de la estancia tengo un lienzo de casi un metro de alto. No tiene formas nítidas ni figuras exactas. Solo manchas, curvas y sombras que se funden con colores cálidos. Nada en él responde a una lógica concreta, pero hay algo mío que se asoma sin miedo en cada trazo.

Doy un paso atrás y observo la pintura con el corazón en la garganta. No porque esté bien o mal, sino porque soy yo. Me representa fragmentada, incompleta, pero de pie.

Nunca he estado tanto tiempo en un mismo sitio. Siempre he tenido una excusa, para huir, algo que se me daba tan bien que se convirtió en mi forma de estar. Pero aquí, en este rincón de esta preciosa casa de Sitges, frente a este mar tan antiguo como los

secretos que ya no quiero callar, he empezado a entender algo que antes no podía soportar: me he pasado la vida huyendo del silencio, ahora, en cambio, lo busco.

No es la quietud lo que duele, sino todo lo que evitamos escuchar cuando huimos de ella. Ahora que no tengo a nadie que me exija ser algo que no soy, ni tengo que complacer, ni fingir, ni obedecer, me escucho, me siento y me dejo estar. Y en ese dejarme estar, empiezo a recordar quién era antes de todo o quizá a descubrir quién quiero ser a partir de ahora.

Oigo una risa de fondo. Es la de Davide. La reconozco al instante. Tiene esa alegría contenida de quien todavía se sorprende de que le dejen reír. Me acerco a la puerta del estudio, me asomo al mirador de la terraza y veo que están en la playa junto al agua
Davide lleva la tabla de *paddle surf* bajo un brazo y el pelo alborotado por el salitre. Maden camina a su lado, con la camiseta mojada pegada al pecho y las gafas de sol aún puestas. Se dicen algo y se ríen. No parecen dos personas que se conocieron hace semanas. Hay una naturalidad en su forma de estar juntos que me emociona.

Me apoyo en la balaustrada con los brazos cruzados y los observo sin interrumpirlos, como si la escena que tengo delante fuera una especie de milagro cotidiano. Davide lanza la tabla sobre la arena y se sienta. Maden le dice algo y Davide le contesta con otra risa. Una de verdad. De esas que no se escuchaban en mi familia desde hacía años.

Vuelvo al estudio con una sonrisa en los labios con la certeza de que ya no siento miedo por quedarme en este lugar sin huir. Porque este estudio, esta casa, este mar y este momento son míos, porque los he elegido y he decidido quedarme, pintar y vivir.

Hace ya un rato que hemos terminado de cenar. Maden ha recogido los platos en silencio, sin pedir ayuda ni buscar conversación. Lo ha hecho con esa forma suya de desaparecer en los gestos cotidianos, como si a través de ellos pudiera mantenerse a salvo de todo lo que no se atreve a decir. No le he ofrecido acompañarle y me he limitado

a observarle desde la puerta, mientras retiraba las servilletas sin prisa.

Davide se ha ido a dormir hace más de una hora. Ha dejado la toalla chorreando colgada en el porche y las chanclas a medio enterrar en la arena que se ha traído de la playa. No he dicho nada. Esta noche no. Hoy no hacía falta recordarle que no lo ha recogido todo y que el suelo del baño estaba empapado. Esta noche le he dejado ser niño, libre, tranquilo y feliz.

Cuando nos hemos quedado Maden y yo a solas, he ido directa al aparador del salón y he sacado esa botella que llevábamos semanas reservando para «un momento especial». Ni siquiera sé por qué lo he considerado así, pero al tenerla entre las manos, algo me ha empujado a abrirla. Un Priorat oscuro, profundo, con ese regusto seco y el punto justo de fruta madura. Uno de esos vinos que te envuelven sin invadirte. He servido dos copas generosas. Luego he cogido la mía, he dejado la otra sobre la mesa baja del estudio, y he caminado descalza hasta el ventanal. He apagado las luces, he abierto de par en par la ventana y me he quedado allí, de pie, con el vino entre los dedos y el aire de la noche acariciándome los hombros.

Desde aquí, el mar se oye distinto. Las olas no suenan siempre igual. Algunas llegan como caricias que apenas rozan la orilla, mientras que otras se estrellan con un ritmo irregular, como si algo las removiera desde dentro. Pero no molesta, ni altera. Es un pulso, que late más allá de nosotros y al que podría acostumbrarme sin miedo y sin necesidad de huir.

Maden entra en el estudio sin encender ninguna luz. Lleva una camiseta blanca que se le pega un poco al torso y el pelo mojado le cae desordenado sobre la frente. No dice nada solo se deja caer al suelo, junto a mí, y apoya la espalda en la pared, como si estuviera agotado o como si buscara refugio en la quietud. Yo también me siento y me arropo con una manta ligera. Pasa un rato sin que digamos nada. El mar sigue ahí, respirando entre los huecos de la noche. El vino me calienta la garganta y me mantiene alerta, aunque todo en mí esté empezando a rendirse a esta especie de paz suave que flota en el ambiente.

—Estás muy callada —me dice al fin, con la voz rasposa, como si llevara demasiado tiempo callando también él.

—Estoy pensando —respondo sin moverme.

—¿En huir?

Levanto la mirada y le observo. Hay una media sonrisa en su boca, esa que aparece cuando intenta fingir que no le importa lo que acaba de decir. Pero en su voz no hay trampa ni sarcasmo, solo una pregunta sincera disfrazada de broma.

—No. —Suelto el aire despacio—. Por primera vez… no estoy pensando en marcharme.

Maden me mira en silencio con una ternura que no sé en qué momento ha aprendido a sostener. Sus ojos, aunque todavía están llenos de heridas, de lo que ha callado, de lo que ha visto y de lo que no ha sabido perdonarse, ahora también están en calma.

—Entonces estamos jodidos —susurra, como si acabara de descubrir una verdad que no sabe si abrazar o temer.

—Bastante —respondo, dejando que la sonrisa se me escape entre los labios.

Y nos reímos bajito con esa complicidad rota de los que ya no se deben nada y, sin embargo, se lo están dando todo. Podría quedarme así toda la noche. Viéndolo respirar y oyendo cómo el mar acompasa su quietud con la mía. Sintiendo cómo el vino y su presencia hacen que, por fin, este lugar empiece a parecer un hogar.

Dejo la copa en el suelo y me acerco a él. Maden extiende el brazo y me atrae hacia su cuerpo. Apoyo la cabeza sobre su pecho y cierro los ojos. La noche está quieta y afuera, la luna llena se ha abierto paso entre algunas nubes finas y lo baña todo con una claridad suave. Su luz entra por la ventana y dibuja contornos tenues sobre nuestras siluetas.

Sus manos recorren mi espalda con parsimonia y se detienen en la curva de mi cintura. Me acaricia como si tuviera todo el tiempo del mundo y si conociera cada rincón de mi cuerpo y, aun así, no se cansara de descubrirlo. Me incorporo y me quito la manta para sentarme sobre él, con las piernas abiertas a ambos lados de sus caderas. Maden mira sin moverse y yo lo beso despacio, primero en la frente, luego en la comisura de los labios y finalmente en la

boca. Y cuando lo hago, su respiración cambia. Se tensa para después rendirse. Lo noto en la forma en que sus dedos se aferran a mis muslos y en cómo me sostiene sin invadirme.

Afuera, el mar sigue sonando. Dentro, solo su voz ronca al susurrarme que no hay nada más que desee que verme así. Nos miramos durante un rato largo, sin decir nada. Él sigue apoyado en la pared, con las piernas estiradas y los brazos en reposo, como si esperara que fuera yo quien diese el siguiente paso y lo hago. Me inclino sobre él y lo beso. No con ansiedad, sino con la certeza de quien ha elegido quedarse. De quien ya no tiene que demostrar nada. Su boca me responde con la misma intensidad. Me acaricia la cara con los dedos abiertos, como si necesitara comprobar que estoy aquí, de verdad, con él.

Me acomodo sobre sus muslos. Mi camiseta se engancha en su pecho al moverme y se arruga a la altura de mi vientre. Él la sube despacio y me la quita por la cabeza sin prisas, como si cada centímetro de piel que va quedando al descubierto fuese un regalo que piensa disfrutar. Me desnuda con un cuidado que no había tenido antes, y yo le dejo. Sus manos suben por mis costados. Rodean mi cintura, rozan mis costillas y se detienen bajo mis pechos. Los observa antes de tocarlos, como si estuviera decidiendo por dónde empezar. Luego los toma entre sus palmas, me acaricia los pezones con los pulgares y su respiración se entrecorta al verme cerrar los ojos. Gimo bajito. Lo suficiente para que sepa que me tiene, pero sin romper el ritmo. Mi piel arde. Su boca baja por mi cuello y deja un rastro húmedo que me hace estremecer. Siento su erección contra mí, dura, tensa, latente, y ese contacto me enciende aún más. Le quito la camiseta sin esfuerzo. Me inclino hacia él y le beso el pecho con lentitud, dejando que mi lengua dibuje líneas invisibles sobre su piel caliente. Él se deja hacer, pero sus manos no se quedan quietas. Me agarra de las caderas y me empuja suavemente hacia adelante, para que mi sexo se frote contra el suyo, todavía cubierto por el pantalón. El roce nos saca un gemido a los dos.

Le bajo el pantalón despacio. Su erección queda libre, firme y palpitante. La acaricio con la palma abierta y luego con los dedos,

mientras lo observo. Maden echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Su mandíbula se tensa. Me inclino y le beso el vientre, luego bajo más, hasta que mi lengua roza la punta de su glande. Lo oigo soltar un suspiro grave. Le rodeo con la boca, despacio, sin llegar a tragármelo del todo, solo lo justo para provocarle y demostrarle que esta vez soy yo quien lleva la voz cantante. Sigo lamiendo y disfrutando de su sexo generoso y lo engullo hasta el fondo de mi garganta. Él echa la cabeza hacia atrás para luego deleitarse con lo que le hago mientras me observa y me acaricia las mejillas con las puntas de sus dedos.

Cuando tengo suficiente, me subo sobre él. Me acomodo, apoyando una mano en su pecho, y con la otra guío su sexo hasta la entrada del mío. Lo rozo y lo dejo deslizarse entre mis labios hinchados, ya húmedos y preparados. Cuando por fin se clava en mí, lo hacemos con lentitud. Lo siento dentro. Entero y profundo. Me quedo quieta un segundo, con los ojos cerrados, respirando sobre su boca.

—Mírame —me dice él con voz ronca.

Lo hago y empiezo a moverme lentamente adelante y atrás. Me balanceo sobre él como si marcara una melodía. Maden me sigue con las manos en mis caderas, apretándome y guiándome. A veces me detiene y otras me empuja. Nos leemos sin hablarnos. Cuando acelero, gimo su nombre, no para que lo escuche, sino porque no puedo callármelo. Sale de mí con cada embestida, con cada sacudida de placer que me recorre las piernas y me sube por el vientre hasta hacerme temblar. Él me toma por la nuca, me atrae hacia sí y me besa con hambre. Me muerde el labio, me lame la garganta y me susurra obscenidades dulces al oído. Me dice que estoy preciosa, que soy suya y que nunca había sentido esto. Que lo estoy volviendo loco y que se está conteniendo, pero esta vez no quiero que lo haga.

—Dámelo —le pido sin vergüenza, jadeando—. Todo.

Y me lo da. Me tumba sobre la alfombra, sin salir de mí. Me abre las piernas con las manos y me mira desde arriba con los ojos encendidos. Me penetra de nuevo, pero esta vez con fuerza y con un ritmo lento, pero profundo, que me deja sin aire. Me arqueo. Me agarra por debajo de los muslos y me levanta un poco la pelvis.

Cada embestida es más honda e intensa. Me folla con una ternura salvaje. Yo le clavo las uñas en la espalda y me aferro a sus hombros. Al instante, me corro con un gemido ronco y convulso, que me sacude entera. Maden no se detiene y me mira a los ojos justo antes de estallar. Cuando se vacía dentro de mí, su cuerpo entero se tensa sobre el mío gimiendo mi nombre.

Cuando acaba, no decimos nada. Solo respiramos abrazados. La alfombra está caliente. La ventana abierta deja entrar el murmullo del mar y la luna llena se alza redonda sobre el cielo, rodeada de un puñado de estrellas que parecen vigilarnos. Su pecho sube y baja bajo mi mejilla. Sus dedos me acarician la espalda con un ritmo que ya no busca excitarme, solo calmarme. No me muevo. No quiero romper este instante, porque ahora ya no necesito nada más. Simplemente estoy aquí con quién deseo estar, por fin.

Capítulo 33

Maden

El olor de los guantes sudados, del cuero viejo y del metal caliente se mete por la nariz en cuanto cruzas la puerta. No es desagradable sino real. Tiene algo de animal, de humano, de lucha y de lugar donde las cosas se ganan golpe a golpe.

El gimnasio no es grande, las paredes son de piedra vista, los ventanales se abren hacia el mar y dejan entrar el ruido de las olas cuando el viento sopla desde la playa. Hay sacos colgados del techo, colchonetas deshilachadas por el uso y un ring sencillo al fondo, sin adornos ni luces. Aquí nadie viene a hacer postureo sino a sudar, fallar y mejorar.

He abierto esta puerta cada mañana desde hace semanas. Todavía no tengo un horario fijo, pero la rutina empieza a fijarse sola. A veces sigo luchando contra la necesidad de mirar el móvil, de repasar las cámaras, de comprobar si todo sigue bajo control. Pero luego llego aquí, abro la puerta, huelo esto y respiro. No necesito más.

Los primeros en llegar son siempre los mismos. Un chico italiano que corre mejor de lo que golpea, un padre divorciado que se quita la rabia pegando al saco y una chica menuda que no falla una clase desde que empezó. Me gusta verlos llegar y verles

calentar, vendarse las manos y chocar los puños. Nadie finge nada aquí dentro. Cada uno arrastra lo suyo y lo combate a su manera.

—Hoy vas tú conmigo —le digo a Enzo, el más joven, mientras se ata las vendas.

Tiene diecisiete años. No le gusta que se lo recuerden. Siempre entra con la mandíbula apretada y la mirada al suelo. Pero pega bien. Tiene rabia dentro y si aprende a usarla, puede convertirse en alguien peligroso. En el ring y fuera de él.

Se mete conmigo en el cuadrilátero. Le dejo dar el primer golpe. Lo esquivo y después le lanzo un *jab* suave y otro. El tercero se lo estampo en el guante izquierdo. Retrocede y vuelve a avanzar. Durante un rato no hablamos. Solo intercambiamos golpes no demasiado fuertes, solo lo justo para obligarnos a pensar, a mover los pies y a no quedarnos quietos. Luego, en una pausa, se queda parado frente a mí y me observa. Está sudando.

—¿Cómo dejas de tener miedo? —me pregunta, sin dejar de mirarme.

Me lo quedo mirando y respiro hondo.

—No se deja. Se aprende a pelear con él, como con todo.

Se sienta en el borde del ring, con las piernas colgando y yo me siento a su lado.

—Las peleas más jodidas no son en el cuadrilátero —le digo.

—Ya.

—Son las que libras contigo.

Asiente. No dice nada más, pero aprieta los puños, como si algo dentro de él hubiera encajado. Me levanto, le doy una toalla, y vuelvo al centro del ring. Desde aquí, el gimnasio parece distinto. No es solo un espacio, también es un campo de pruebas donde he empezado a soltar lo que durante años creí que tenía que controlar. El poder, la estrategia, el miedo... Todo eso se queda fuera cuando subo al ring. Aquí no hay trampas, ni cámaras, ni llaves. Sin embargo, todo empieza aquí.

Cierro el gimnasio cuando el sol empieza a caer. El sudor ya no me gotea por la espalda, pero sigo con la camiseta pegada al cuerpo y los nudillos doloridos. Bajo caminando hasta el paseo y me cruzo con una pareja mayor que pasea en silencio, con las manos entrelazadas, como si no necesitaran más que el ritmo del otro para saber que todo está bien.

Solo se oye el mar golpeando las piedras. Me siento en la arena de la playa a contemplar el mar, saco el móvil del bolsillo y lo miro. La pantalla está cuarteada por una vieja caída. Sigue funcionando, aunque ya no lo consulto tanto como antes. No hay notificaciones ni mensajes urgentes. Lo sujeto con fuerza y durante un segundo, dudo, pero ya no quiero dudar más. Me pongo en pie y lo lanzo al mar. Cuando cae al agua, lo hace sin salpicar. Solo emite un ruido breve y después regresa el silencio con el vaivén de las olas de fondo.

El hecho de haber lanzado al mar la última conexión que aún guardaba con mi vida anterior me deja una especie de vacío limpio. Como si acabara de soltar algo que llevaba demasiado tiempo sosteniendo con los dientes apretados.

Vuelvo a casa andando y disfrutando de la sensación de estar hecho de carne viva y no de rutinas. Cuando llego frente a mi casa, veo que algunos vecinos riegan las macetas de los balcones o barren la acera con desgana. Me saludan con la cabeza y no me preguntan nada, algo que también es nuevo para mí.

Al entrar en casa, oigo el ruido del balón botando. Doblo la esquina del jardín y lo veo. Davide juega en el patio trasero con dos chicos más o menos de su edad. Están sudando, descalzos, sin camiseta y con esa energía de quien todavía no ha aprendido a mirar el reloj. Se empujan, se ríen, fallan canastas y vuelven a intentarlo.

Me apoyo en la pared y me quedo quieto y en silencio. Solo los miro. Davide me ve, levanta una mano para saludarme y sigue jugando. Como si supiera que estoy ahí y no necesitara más. Entonces la veo a ella. Giorgia está sentada en los escalones que dan al jardín. Luce el vestido que le gusta manchar cuando pinta, ese que ya tiene más colores encima que tela. Tiene las piernas

estiradas, los pies manchados de polvo, una copa de vino en la mano y restos de pintura seca en la cara. Lleva el pelo ahora casi tan largo como cuando la vi por primera vez recogido a lo alto con un lápiz. No se levanta de donde está, solo me mira.

—Te echaba de menos —me dice en voz baja y sin quitarme los ojos de encima, mientras me observa cómo me acerco hasta ella —. Aunque solo hayan pasado dos horas.

Me agacho para ponerme a su altura y le aparto un mechón que le cae sobre la frente y se lo pongo detrás de la oreja.

—Yo también.

Nos quedamos así, sin tocarnos más y sin necesidad de palabras. El balón sigue botando. Davide grita algo y sus amigos le aplauden. Giorgia sonríe al oírlo y yo me siento a su lado. No la miro, solo siento el calor de su cuerpo cerca del mío y su presencia tranquila. Todo eso que antes no sabía buscar y ahora no quiero soltar.

La noche empieza a caer sin avisar. El cielo pierde intensidad. El aire trae olor a pintura, a tierra húmeda y a salitre. Pero no me muevo de su lado y ella tampoco, porque aquí tengo todo lo que quiero y no tengo ninguna prisa por marcharme.

Capítulo 34

Giorgia

La casa está en calma. Davide no está. Se ha ido a dormir a casa de uno de los chicos con los que hace apenas unas horas jugaba a encestar el balón en el patio del fondo. Me ha dado un beso rápido antes de salir, con las prisas típicas que tienen los adolescentes cuando están más pendientes del mundo que están empezando a descubrir, que del que dejan atrás.

—No hace falta que vengáis a recogerme muy pronto —me ha dicho, desde el umbral, con una mochila a la espalda y los ojos encendidos por el entusiasmo de dormir fuera de casa.

Maden le ha revuelto el pelo con una caricia y una media sonrisa.

—Pórtate bien. —Solo le ha dicho eso con voz grave, tranquila y cargada de una ternura que él mismo parece no saber cómo manejar del todo, antes de que mi hermano cerrase la puerta al salir. Sin duda, desde que cruzamos el Atlántico y nos instalamos aquí, Maden ha empezado a dejar ver su verdadero yo, uno que tiene poco que ver con el Maden de Nueva York.

Voy hacia el salón y abro una de las ventanas y dejo que entre la brisa del atardecer. Respiro hondo y disfruto del olor a mar. Me apoyo en el marco de la ventana, cierro los ojos un momento y

me dejo llenar por este instante sin ruido, en el que las expectativas y el miedo ya no tienen lugar.

Dejo la ventana abierta y observo el salón, donde la luz dorada del atardecer lo llena todo. Camino descalza hasta la cocina notando el suelo frío en mis pies, pero no me molesta. Me sirvo una copa de vino y dejo que el cristal se empañe un poco entre mis dedos. Cuando me giro para regresar al salón, veo a Maden apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándome. No dice nada, aunque tampoco hace falta.

Sus ojos bajan hacia la copa que tengo entre las manos y luego vuelven a mis labios.

—¿Vas a beber sola? —me pregunta, con ese tono grave que a veces me atraviesa más que una caricia.

Le tiendo la copa sin decir palabra y cojo otra. La lleno también y se la paso. Maden se acerca hasta mí caminando despacio. Como si no quisiera romper este momento, toma las copas y regresamos al salón, donde nos sentamos en el sofá, sin hablar. La casa sigue igual de silenciosa, pero ahora ese silencio tiene nombre, cuerpo e historia: la nuestra.

Me apoyo en el respaldo y me cruzo de piernas. Él se acomoda junto a mí, sin llegar a tocarme, pero lo siento, porque siento como si calor de su cuerpo pudiera atravesar la distancia que nos separa.

—Se hace raro —murmuro, sin mirarle— no tener a Davide aquí.

—Sí —responde, con un asentimiento leve—. Pero también está bien que quede con sus amigos.

—Lo sé —suspiro—. A veces me olvido de que ya no es un niño.

—Sí, aunque a veces te duela un poquito pensarlo...

Le miro y asiento.

—Supongo que nunca se deja de tener ese dolor… Supongo que es una mezcla entre orgullo, porque cada vez está más cerca de ser un hombre, pero también de miedo por perder al niño que ha sido.

—Sí —Hace una pausa y nuestras miradas se encuentran—, pero tú lo estás haciendo muy bien.

No digo nada. Solo bajo la mirada. Porque a veces, cuando él me mira así y me dice esas cosas con la voz baja y mirándome a los ojos, me cuesta sostener la fuerza que él ve en mí.

Le doy un trago a mi copa y disfruto del sabor fuerte y afrutado del vino.

—¿Sabes qué me gusta de este silencio? —le pregunto.

—¿Qué?

—Que no necesitamos llenarlo con palabras.

Él asiente. Y por un momento, deja su copa sobre la mesa, se inclina hacia mí y me aparta un mechón de pelo que ha caído sobre mi mejilla.

—No necesitas decir nada, Giorgia. Yo también lo siento —me responde acariciándome levente la cara con el dorso de su mano.

Un rato después vamos a preparar algo de cena. En la cocina, abro todas las ventanas y el aire fresco de la noche se cuela por los visillos con ese aroma salado del mar mezclado con el dulzor tenue del jazmín que trepa por el muro exterior. La mezcla es tan agradable que me dan ganas de quedarme aquí para siempre, con los codos sobre el mármol frío y los pies descalzos rozando las baldosas.

Maden ha dicho que quiere preparar pasta como la hacía su madre. Lo ha soltado así, como si fuese lo más normal del mundo. Yo he alzado una ceja, sin disimular mi escepticismo. Le he preguntado si de verdad sabe lo que está haciendo o si solo está improvisando para impresionarme. Él, sin perder la compostura ni la sonrisa pícara, ha contestado:

—Si siempre has confiado en mí, hasta en las situaciones más peligrosas, también puedes hacerlo ahora, aunque tenga una sartén en la mano.

No le he dado la razón, pero tampoco me he molestado en discutir. Así que con una sonrisa, me he limitado a ponerme un delantal y a cruzarme de brazos mientras lo observaba llenar el mármol de harina como si supiera exactamente lo que hace.

Ahora tenemos harina hasta en las pestañas, y no tengo muy claro si estamos cocinando o si todo esto se ha convertido en una excusa para tocarnos. Cada vez que paso cerca, su mano encuentra mi cintura, como por costumbre. Cada vez que me agacho para coger algo del armario bajo la encimera, él se agacha conmigo, tan cerca que su respiración me calienta el cuello. Y cuando intento concentrarme en la receta, se acerca por detrás, con la voz baja y descarada, para soltarme alguna obscenidad que me hace morderme el labio.

La encimera parece un campo de batalla. Harina, cáscaras de huevo, restos de masa que se ha quedado pegada sobre el mármol. Todo brilla con esa luz suave de la lámpara colgante, como si este caos fuera un recuerdo en proceso de fabricarse. Sin embargo, dentro del desorden, yo me siento en paz y libre, pero no como quien escapa, sino libre de verdad en esta vida que se elige y no se sobrevive. Y eso lo cambia todo.

Maden amasa con los puños, concentrado. Tiene las mangas remangadas hasta los codos y los antebrazos marcados por el esfuerzo. Hay algo hipnótico en la forma en que sus manos aprietan, giran, recogen y vuelven a apretar la masa. No puedo dejar de mirarlo. Su mandíbula está tensa y tiene la mirada fija en la masa, como si ahí pudiera resolverse todo lo que le remueve por dentro.

—Estás babeando —dice sin apartar los ojos de lo que hace.

—Estoy observando la técnica —respondo con fingida dignidad.

—Ajá. Claro.

—Lo digo en serio.

—Entonces acércate y aprende.

Lo hago. Me acerco a él y meto las manos entre las suyas. La masa está tibia, húmeda y pegajosa. Nuestras manos se rozan dentro de ese amasijo informe. Él no dice nada, pero levanta la vista hacia mí. Primero me mira de reojo. Luego, de frente. Y entonces pasa eso que no sé explicar: esa chispa tonta, esa vibración leve, ese instante en que uno de los dos empieza a reírse y contagia al

otro. No sé quién se ríe primero, pero en cuestión de segundos estamos doblados de la risa, con la frente manchada de harina, las mejillas ardiendo y la boca abierta, riendo como críos que han decidido que todo da igual si el instante lo merece.

En algún momento, el equilibrio se rompe o, tal vez, dejamos que se rompa. Resbalamos, tropezamos y caemos al suelo. Yo sobre él. No obstante, Maden no intenta levantarse. Me coge con las dos manos en la espalda y los dedos hundidos en la tela fina de mi vestido. Siento su respiración bajo mi pecho, su olor a jabón, a vino y a deseo contenido. Nos reímos otra vez, pero esta vez la risa es más grave y honda. Como si ya no necesitáramos disimular que todo esto va mucho más allá del juego.

—Esta vez no somos fuego y dinamita —murmuro contra su cuello, sin apenas fuerza.

—No —responde, sin soltarme—. Somos brasas que se eligen.

Le beso la clavícula. Un beso suave, lento, con la boca aún llena de calor y la piel ardiendo. Nos quedamos en el suelo, entre risas pegadas a la piel y el olor a masa fresca que aún flota en el aire. La noche sigue ahí, respirando a nuestro alrededor. Pero no tiene prisa y nosotros tampoco.

Poco después, estamos en nuestra cama, como si nuestros cuerpos hubieran tomado la decisión mucho antes de que empezáramos a cocinar.

Nos desnudamos con calma, con la cadencia propia de quienes ya se han explorado muchas veces y ahora necesitan hacerlo también con las manos. Mi vestido cae al suelo y yo le saco su camiseta por los hombros. Nuestros dedos buscan piel y calor y lo encuentran.

Sus manos recorren mi cuerpo sin prisa, pero con hambre. Yo le respondo con la boca, los labios y la lengua, que le roza la suya y luego se aparta. Le muerdo el labio inferior con suavidad, le rodeo la nuca con los brazos y acerco su boca a la mía, no por ansiedad, sino porque quiero llenarme de él. Me tumba con una delicadeza que contrasta con la tensión de su cuerpo. Me abre los muslos con las manos, despacio, y desliza los dedos por la cara interna, rozándome

con los nudillos antes de subir hacia mi cadera. Su nariz roza mi cuello, justo donde el latido de mi corazón se acelera, y siento cómo respira sobre mi piel. Se apoya sobre los antebrazos y su peso me cubre sin aplastarme. Su aliento tibio me acaricia la clavícula y me recorre un escalofrío de arriba abajo. Le busco la boca y nos besamos de nuevo, pero esta vez sin contención. Su lengua entra directa y se enreda con la mía. Me muerde el labio y yo le tiro del pelo. Cuando me penetra, lo hace sin decir nada y lo hace de forma lenta y profunda. Entra entero y se queda ahí unos segundos, mirándome. Le tiembla la respiración y no baja la mirada. Me lo da todo desde los ojos.

Empieza a moverse con un ritmo lento y sostenido. No acelera ni empuja fuerte. Solo entra y sale, manteniéndose dentro todo lo que puede. Siento cada centímetro y cada fricción. El placer no me estalla, sino que me envuelve y me llena desde dentro, despacio, hasta que se me escapa un gemido desde lo más profundo de mi garganta, pero me parte en dos.

Le clavo las uñas en la espalda. Quiero más, más profundo y despacio. Él baja la boca a mis pechos y los lame con la lengua húmeda. Se detiene en los pezones, los rodea y los succiona sin prisa. Me arqueo para dárselos y me muerde. Me aprieta las caderas con los dedos al ritmo de sus embestidas suaves. Luego me besa el vientre, húmedo, caliente, y vuelve arriba para acariciarme la cara con una ternura que me desarma. Me mira y me susurra cosas al oído.

Me corro con los ojos entrecerrados, mordiéndome el labio. Siento cómo mis paredes se contraen alrededor de él y no me resisto ni retengo. Estallo con un gemido seco que se le queda entre los dientes, porque no aparta la boca de la mía.

Él aguanta unos segundos más y entonces gime ronco, sucio y sin filtro. Estalla dentro de mí con un empujón más hondo. Me aprieta las caderas como si se aferrara a mi cuerpo para no caerse. Jadea contra mi cuello y me besa con la boca entreabierta.

Mientras recuperamos el aliento, no decimos nada, no hace falta. Me acomodo sobre su pecho, con las piernas abiertas y el cuerpo todavía temblando. Él me envuelve con los brazos, me

acaricia el hombro con los dedos y su respiración se vuelve cada vez más tranquila.

Le beso en el centro del pecho, justo donde siento su corazón latir.

—Gracias por no salvarme —susurro con los labios pegados a su piel— y permitir que fuera yo quien quisiera quedarme.

No me responde, solo me acaricia, y yo me dejo caer en ese silencio. No por cansancio, sino porque no hay nada más que decir. Me duermo sabiendo que esta vez no me he rendido. Esta vez me he elegido y también lo he elegido a él.

Capítulo 35

Maden

Camino descalzo por la orilla, con los bajos del pantalón empapados y el mar empujándome los tobillos con cada ola. A esta hora, la playa está vacía. No hay ni rastro de turistas, ni niños corriendo, ni de ruido. Solo el sonido acompasado del agua rompiendo en la arena y el crujido leve de las conchas bajo mis pies. Llevo los auriculares puestos, pero la música se ha vuelto parte del paisaje. Una base suave, sin letra, que no pretende marcar el ritmo de mis pasos, sino solo acompañar.

El sol aún no ha salido del todo, pero el cielo empieza a abrirse en tonos apagados. No me fijo en los colores, sino en la calma que siento, porque he dejado de huir de lo que soy y de actuar por impulso, por rabia y por hambre. Antes vivía por instinto, ahora, en cambio, por elección.

Respiro hondo y dejo que el salitre me arañe por dentro. Cada día que amanece aquí tiene el sabor de algo nuevo y aunque hay noches en las que todavía me despierto con el cuerpo tenso y el alma en vilo, hay una parte de mí que ya no está en guerra. Supongo que eso es todo lo que puedo pedir.

El móvil vibra en mi bolsillo y lo saco sin prisa. No reconozco el número que aparece en la pantalla, porque borré todos

los de mi vida anterior, ya no me interesan. Así que descuelgo sin saber quién me hablará desde el otro lado.

—Dígame.

—Creía que ya no cogías llamadas de números desconocidos. —Al instante reconozco quien me habla, porque su voz es igual de firme, seca y demasiado limpia para ser sincera.

—Solo de quién no me debe nada.

—No te llamo por una deuda, sino por una propuesta.

—Ya no juego en ese tablero.

—No te estoy pidiendo que vuelvas. Solo que ganes si lo haces bien.

Miro el horizonte, justo en el límite desdibujado donde el mar parece tragarse el cielo y lanzo un hondo suspiro. Antes, una frase como esa me habría puesto en marcha. En cambio, ahora, solo me provoca hastío.

—Ahora no me interesa ganar si para eso tengo que perder lo que he construido.

Silencio.

—Tú no eras de los que construían.

—Ahora sí —le suelto y corto la llamada sin rabia ni miedo, solo con la firmeza de quien sabe que ese capítulo de mi vida ya está cerrado.

Me meto un poco más en el agua y las olas me empapan los muslos. Y en ese momento, lo único que escucho es mi propia respiración acompasándose con el vaivén del mar. Pienso en Giorgia y en su risa del otro día con la boca manchada de harina. En su cuerpo tibio sobre el mío, en la forma en que se duerme con la mano apoyada en mi pecho. Pienso también en Davide y en su mochila colgada al hombro y su forma de mirar el mundo, como si todo estuviera a punto de empezar. Pienso en nuestra casa sin ruidos, sin vigilancia y sin jaulas.

Camino de vuelta por las calles empedradas del centro con una rosa roja en una mano y la bolsa de papel caliente en la otra. Todavía huele a mantequilla recién horneada. En la pastelería de la esquina

me han reconocido ya, aunque no digan nada. Me miran con esa mezcla de curiosidad y respeto que se tiene hacia el extranjero que se ha quedado, hacia el que no habla mucho, pero vuelve cada mañana por lo mismo. Croissants. Para ella.

Cruzo el jardín despacio, con las suelas mojadas por la arena y la humedad del mar pegada al cuello de la camiseta. Al entrar, lo primero que escucho es el silencio de la casa dormida. Davide sigue en su habitación. Todo está tranquilo y en paz

Giorgia está de espaldas, delante del aparador. Lleva una camiseta que me he puesto mil veces y el pelo recogido de cualquier manera. Me ve desde el reflejo del cristal y gira la cabeza sin hablar y me sonríe de esa manera que no necesita nada más para demostrarme todo lo que siente por mí.

Dejo la bolsa sobre la encimera y le doy la rosa roja.

—Para ti.

La coge sin decir palabra. Se acerca al jarrón donde, hace unos días, había puesto otra. Una que ya ha perdido el color y la cambia con delicadeza. Luego vuelve la vista a una de las paredes del salón, donde antes colgaba aquella pintura negra con un punto rojo en medio, y ahora me muestra que ha vuelto a colgar el mismo lienzo, pero ahora en lugar de un punto, hay un corazón enorme del mismo color de la rosa. Me quedo mirándolo sin entenderlo del todo. Pero entonces la miro y lo entiendo todo, porque la pintura es su forma de hablar cuando no quiere usar las palabras. Porque ese lienzo, que antes era una obsesión para mí, ahora es algo que me traspasa.

—Te quiero, Giorgia —le susurro después de acercarme a ella y rodearla con mis brazos y justo antes de besarle.

—Y yo a ti, mi amor —me responde después de besarnos.

Después, me meto en la cocina y preparo dos tazas. El café empieza a burbujear en la cafetera italiana mientras saco los croissants de la bolsa. Giorgia se acerca sin hacer ruido y apoya la mejilla en mi espalda.

—Huele a gloria.

—Es lo que tiene madrugar —respondo mientras sirvo el café en las tazas.

Ella se sienta en el taburete, con las piernas cruzadas. Saca uno de los croissants y le da un bocado, como si no hubiera comido en días.

—Joder. ¿Dónde los has comprado?

—Donde siempre, aquel horno pequeño, que está cerca de la plaza.

—Pues espero que sigas yendo —me responde con una sonrisa pícara.

Nos miramos por encima de las tazas y tengo la certeza de que, al fin, todo está donde tiene que estar. Davide sigue durmiendo. En el lienzo hay un corazón rojo, lleno del amor que impera en esta casa. Y pienso que de todo lo que he tenido, esta vida es lo único que no me ha pedido nada a cambio para quedarse.

Capítulo 36

6 meses después

Giorgia

Han pasado seis meses desde que todo cambió, pero hay días en los que me sigue costando creer que esto es real. Estoy sentada en uno de los taburetes de la barra, en nuestra galería-café, con las manos alrededor de una taza de porcelana blanca. Huele a mantequilla tostada, a café recién molido, a algo dulce que acaban de traer del pequeño horno del centro del pueblo, el mismo donde cada mañana Maden compra los croissants que desayunamos juntos.

Las primeras luces del día entran por los ventanales del local y se mezclan con el olor a café recién hecha. La galería aún está vacía de visitantes, pero las paredes ya vibran con la vida de cada lienzo. Frente a mí, hay una pintura que no he podido quitarme de la cabeza desde que la colgamos. Una figura femenina envuelta en fuego y luz. Tiene el cuerpo en movimiento, pero el rostro está en calma. Como si en mitad del incendio hubiera encontrado el

centro exacto de todo. Me representa, aunque no me atreva a decirlo en voz alta.

Escucho la puerta principal abrirse y la campanita del marco sonar de forma tenue. Maden entra. Lleva una camisa abierta sobre una camiseta gris, el pelo revuelto y una bolsa de papel en una mano. Me busca con la mirada y cuando me encuentra, se le relaja el gesto. No dice nada, solo se sienta a mi lado y deja la bolsa sobre la barra.

—Sigo pensando que el panadero está enamorado de ti. —Se estira un poco para besarme en la sien.

—No seas celoso. Solo me da lo que tú no sabes preparar —bromeo guiñándole un ojo.

—Me ofendes —me responde siguiéndome la broma.

—Pero solo un poquito, ¿no?

Le doy la cajita que tengo guardada en el bolsillo del vestido. Es alargada, de cartón negro y está atada con una cuerda fina de yute. Maden arquea una ceja mientras la coge.

—Pensaba que el último que había regalado algo dentro de una caja de este tipo era yo.

Abro los dedos que tengo en el escote y le muestro la cadena que llevo al cuello y la llave de oro que cuelga justo sobre mi pecho, la misma que me dio sin palabras, cuando todo aún estaba en ruinas.

—Tú me diste la primera. Ahora yo te doy la siguiente.

Maden abre la caja lleno de expectación, aunque lo hace sin prisa, pero con los ojos clavados en mí. Dentro hay una prueba de embarazo positiva. Al verlo, levanta la mirada muy despacio y sus labios se separan, pero no dice nada. Me limito a sonreírle y veo cómo se le humedecen los ojos. Baja la vista y mira la prueba de nuevo y después me vuelve a mirar. Se levanta del taburete y se arrodilla ante mí. Pone las manos sobre mis muslos y me mira con los ojos anegados.

—No sé ser padre. Pero quiero aprender contigo.

Le acaricio el pelo, me inclino hacia él y le beso despacio.

—Aprenderemos juntos.

Maden apoya la frente sobre mi vientre y lo siento respirar contra mí. Mis dedos le rodean la nuca y se quedan ahí, como si no supieran estar en otro sitio.

—Te quiero, Giorgia.

—Y yo a ti, mi amor.

—Ahora soy, aún más, el hombre más feliz del mundo —me dice poniéndose en pie para luego rodearme con sus brazos y fundirnos en un beso lleno de todo lo que sentimos el uno por el otro.

Capítulo 37

Maden

La mesa de madera cruje un poco bajo el peso de mis antebrazos, pero no me muevo. La estilográfica entre mis dedos tiene un trazo firme y limpio. Ahora ya no uso bolígrafos, porque aquí todo tiene un ritmo distinto.

Estoy escribiéndole una carta a alguien que ya no existe o que, al menos, ha quedado tan lejos que ahora solo lo visito en estos ratos de silencio. Le escribo a ese Maden que sobrevivía como podía, a zarpazos, a fuego y a oscuras. El que no confiaba en nadie, el que pensaba que amar era debilidad y el que confundía el control con el refugio.

«Gracias por haberme traído hasta aquí, por haber resistido cuando todo ardía y por haber continuado caminado, aunque no vieras salida. Pero ya no te necesito o, al menos, ya no como antes. Puedes descansar. Ya no hace falta que me protejas de todo, porque ahora ya no estoy solo».

Cuando acabo de escribir, alzo la mirada y la veo. Giorgia está al fondo, cerca del expositor donde hemos colgado algunas de sus pinturas y otras que han traído artistas locales. Ríe con una clienta, que acaba de llegar, y se lleva una mano a la barriga sin darse cuenta. Aún no se le nota el embarazo. No hay curvas nuevas aún, pero yo lo sé. Sé que allí dentro, escondido tras su ombligo, hay vida. Un eco de algo que está creciendo.

Su risa me atraviesa el pecho y me quedo embelesado por cómo ladea la cabeza cuando escucha con atención, como si le importara todo lo que le cuentan. Al igual que lo hace la forma en que acaricia la taza de café antes de dar un sorbo, como si el calor del barro fuera lo único que necesita para entender el mundo. Giorgia es todo eso que nunca me permití querer. Y ahora, la tengo frente a mí, riéndose con una mano sobre el vientre y el pelo largo y cobrizo como siempre.

Termino la carta sin firmarla. No hace falta. El pasado ya sabe quién soy y yo también.

«El amor fue mi condena. Mi dulce condena. Pero con Giorgia he aprendido que algunas cadenas no aprietan, sino que solo sujetan lo que quieres conservar».

Doblo la hoja con cuidado y la pongo en el bolsillo trasero de mi vaquero. Esta no la romperé ni la quemaré, sino que la dejaré guardada en un cajón para releerla de vez en cuando y acordarme de que también fui otro. Que antes de esta paz, hubo guerra. Que antes de este amor, hubo ruido y que todo lo que tengo ahora, lo gané teniendo de la mano a Giorgia.

Me levanto y camino hasta ella, quién al verme venir, le brilla la mirada. No dice nada, solo abre un poco los brazos y me recibe. Apoyo una mano en su espalda y otra en su cintura.

—Nos vamos a casa —le digo a uno de los camareros.

—De acuerdo, jefe —me responde desde el otro lado de la barra.

—¿Nos vamos? —le susurro al oído a Giorgia y al oírme asiente con una sonrisa.

Salimos juntos, con la llave del local tintineando entre mis dedos. Afuera, en el cielo brilla cada vez con más fuerza. Caminamos sobre los adoquines tomados de la mano. Ahora ya no necesitamos ni un contrato, ni un pacto, ni sentir el miedo pisándonos los talones para estar juntos, ahora todo eso ya no tiene lugar en nuestra vida. En nuestro presente solo hay amor y elección, porque ahora estamos donde queremos quedarnos.

Epílogo

1 año después

Giorgia

El mundo respira con otro ritmo cuando se observa desde aquí. Desde este porche encalado desde el que se ve el mar, con las macetas de lavanda bailando al compás del viento suave y la silueta blanca de Sitges extendiéndose al fondo como un paisaje típico de postal. Hay olor a pan reciente, a leche tibia y a salitre. El tipo de mezcla que solo se da cuando todo está en su lugar.

Tengo a mi bebé apoyada sobre mi pecho, dormida a medias. Su boquita busca mi piel con la insistencia tranquila de quien ya conoce el camino. Mama despacio, sin prisa, mientras una de sus manos se abre y cierra cerca del cordón dorado que cuelga de mi cuello y la llave, la misma que un día llevé con miedo y que ahora luce entre mis pechos sin peso. Ella la roza con los dedos y la agarra sin apretar, como si supiera que está tocando algo importante y que solo nos pertenece a nosotros. Me inclino un poco, la huelo y la beso con suavidad en la cabecita de pelo cobrizo, como el mío.

—La llave tiene una digna heredera —murmuro, con la voz quebrada de tanta vida contenida.

A mi lado, Davide está sentado con las piernas cruzadas sobre el escalón. Tiene el pelo revuelto y la camiseta manchada de chocolate. Juega con una especie de puzzle digital en la tablet, completamente concentrado, pero con un pie rozando el mío, como si necesitara esa conexión permanente conmigo. De vez en cuando me lanza una mirada cómplice, de esas que ya no piden permiso, pero que demuestran todo el amor que guarda su corazón.

Maden aparece al fondo del jardín, bajando por el caminito de piedra con una bolsa de papel en una mano y dos rosas en la otra. Lleva las mangas de la camisa remangadas, el rostro iluminado por el sol de la mañana y la sonrisa de quien sabe que está donde siempre quiso estar. Cuando se acerca, me tiende los croissants calientes con un guiño, deja un beso en mis labios y me entrega las flores.

—Una para ti —me dice mientras las deja sobre la mesa que hay frente a mí — y otra para ella.

Deposita la segunda rosa junto al pie diminuto que asoma bajo la mantita. La bebé suelta la llave, que cae sobre mi pecho, y emite un suspiro pequeño que nos hace sonreír a todos.

—Sois lo más bonito de mi vida —dice Maden, mirándonos.

Me inclino hacia él y le beso, sin prisa y con la certeza de quien ya no necesita huir de nada y ha aprendido a quedarse.

—Quizá el amor no fue la salvación... —me susurra Maden al oído, mientras me acaricia el pelo— pero contigo, incluso la más maldita de las condenas se vuelve la más dulce.

Y en ese instante lo tengo claro: el círculo se ha cerrado. El deseo, la herida, el miedo, la huida, la culpa y el fuego han encontrado su sitio en esta escena tan sencilla y nuestra. Porque ahora ya no hay cadenas, solo piel que abriga, risas que curan y miradas que se quedan. Y en mis brazos, una nueva vida que no hereda la condena, sino el amor que la hizo posible.

***

Si has llegado hasta aquí, gracias. Tu lectura significa más de lo que imaginas. Así que, si esta historia te ha tocado, removido o hecho arder por dentro, me harías un favor enorme dejando tu opinión en Amazon.
Solo te llevará un minuto y, créeme, cada reseña cuenta. Gracias a ellas puedo seguir escribiendo y publicando nuevas novelas.

Nos vemos en la próxima condena,

Sarah Valentine.

Nota de la autora

Si has llegado hasta el final, gracias. De corazón.

No sé en qué momento decidiste quedarte con ellos. Si fue cuando Giorgia empezó a romperse por dentro o cuando Maden dejó de esconder que también tenía grietas en el corazón. Pero si esta historia te ha removido, aunque solo haya sido un poquito, entonces todo ha valido la pena.

Ojalá la hayas leído con el alma en vilo y con el corazón en llamas. Ojalá te haya dolido lo justo y te haya hecho suspirar más de una vez.

Si te ha gustado esta novela, te invito a echar un vistazo a las otras que he escrito. Todas llevan dentro la misma intensidad, la misma emoción y las mismas ganas de dejarte sin aliento.

Yo seguiré escribiendo. Con una taza de café al lado, alguna vela encendida y los dedos deseando volver a volar sobre el teclado.

Nos leemos muy pronto.

Con cariño,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

Sarah Valentine

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado esta historia, te animamos a que conozcas **Casados por error**, la historia de Kath Davis y de Oliver Wilson, y primera entrega de la serie **Romance en Nueva York.** Esta es su sinopsis:

Casados por error

Un romance de enemies to lovers, un matrimonio falso, celos y pasión en Nueva York

Un matrimonio accidental, un pacto imposible y un enemigo demasiado tentador.
Despertarse con resaca ya es bastante malo. Pero despertarse casada con Oliver Wilson, el hermano de su mejor amiga y el tío más insufrible del planeta, es lo último que Kath Davis esperaba.
Arrogante, demasiado atractivo y un abogado que siempre lo tiene todo bajo control, Oliver nunca deja nada al azar… hasta que se encuentra con un certificado de matrimonio y un anillo en el dedo.
La solución es fácil: anularlo y hacer como si nunca hubiera pasado.
Pero Oliver no juega para perder. Con su voz grave y su sonrisa de tiburón de los negocios, le propone un trato que podría beneficiarles a ambos:
Seis meses de matrimonio: Sin sentimientos, sin ataduras y sin complicaciones.

El problema es que vivir juntos se convierte en un auténtico campo de batalla, porque las discusiones suben de tono, las pullas se vuelven más afiladas… y los roces, más peligrosos. Hasta que, una noche, Kath se rinde a la tentación y acaba en sus brazos, en su cama y completamente a su merced.
Ahora lo difícil no es fingir que este matrimonio es real., sino fingir que no siente nada por él.
Un romance adictivo, lleno de tensión, deseo y un enemigo demasiado irresistible como para ignorarlo.
Si te gustan los romances con mucha tensión y con protagonistas alfa irresistibles, tensión explosiva de alto voltaje y matrimonios accidentales, esta historia te enganchará desde la primera página.
¿Te atreves?

Y ahora, empieza a leerla:

Casados por error
Prólogo
Kath

Tengo la boca seca, la cabeza me retumba y siento que el estómago me da vueltas como si me hubiesen metido en una maldita coctelera. Mi primer pensamiento es que necesito agua. El segundo, que no pienso volver a beber tequila en mi vida. Y el tercero…
El tercero me golpea como un puñetazo en la sien en cuanto muevo la mano y algo brilla en mi dedo anular. Parpadeo varias veces, intentando enfocar la vista. Es un anillo. Un maldito anillo de bodas.
—No. No, no, no… —mi propia voz suena como papel de lija en mi garganta.
Me incorporo en la cama y siento cómo todo a mi alrededor se tambalea. Me agarro la cabeza con ambas manos, esperando que el mareo pase, y entonces me doy cuenta de que no estoy sola.

Oliver Wilson duerme a mi lado. Tiene el pecho desnudo, las sábanas enredadas en la cintura y el pelo revuelto como si hubiera pasado toda la noche peleándose con un orco de tres cabezas. Tiene el brazo doblado bajo la cabeza y su rostro, relajado, tiene una serenidad que no suele mostrar cuando está despierto. Y, lo peor de todo: un anillo a juego en su mano izquierda.

¡¡¡Socorro!!!

Siento una punzada de pánico que me sube por la columna y me deja helada. Esto no puede estar pasando. Miro a mi alrededor, buscando desesperadamente alguna pista que me ayude a reconstruir la noche anterior. Abro la boca sorprendida al ver que la *suite* donde estamos está hecha un auténtico desastre. Hay botellas vacías en la mesa, copas a medio terminar por todos sitios y mi vestido rojo arrugado en el suelo junto a una camisa blanca que solo puede ser de Oliver. Y, entre todo el caos, sobre la mesita de noche, hay un papel con un sello dorado. Me inclino hacia adelante con las manos temblorosas y lo cojo. El estómago se me encoge cuando leo lo que pone en el documento: Certificado de matrimonio.

Creo que se me van a salir los ojos mientras leo una y otra vez el documento. Tengo la sensación de que en cualquier momento las letras se van a reorganizar en algo que tenga más sentido, algo que no implique que acabo de hacer la mayor locura de mi vida. Pero nada de lo que querría sucede, porque ahí sigue apareciendo mi nombre de forma clara y, lo peor de todo... Y el de Oliver, como mi *flamante* esposo.

Un destello de recuerdos borrosos aparece dentro de mi cabeza de repente: el banquete de la boda de Emma, las copas de más, las luces de neón brillando en la oscuridad de la noche, risas, tequila, margaritas… Oliver y yo en un bar, mirándonos con esa chispa desafiante que siempre ha existido entre nosotros. Y luego… un beso. Un beso ardiente, con el sabor del alcohol y la adrenalina de hacer algo prohibido. Una capilla. Dios mío, ¡una capilla!

—¡AHHHHHH! —grito, sintiendo cómo la realidad me cae encima con el peso de un camión.

Oliver se sobresalta y suelta un gruñido. Se frota los ojos antes de abrirlos y entrecerrarlos, cegado por la luz que entra por los

ventanales de la *suite*, y mirarme.
—Davis… no grites —me dice con la voz es rasposa y perezosa—. No me quedan neuronas para soportarlo.
—¡ESTAMOS CASADOS! —exclamo mientras cojo el certificado como si fuera una bomba a punto de estallar y se lo pongo frente a su cara.
Oliver parpadea con expresión todavía confusa por el sueño y la resaca. Acto seguido, baja la mirada hasta el papel y luego a su propia mano. Frunce el ceño. Lentamente, se incorpora apoyándose en un codo y parpadeando como si su cerebro estuviera procesando la información a cámara lenta.
—No puede ser… —murmura con la voz ahora cargada de incredulidad.
—¡Pues lo es! ¡Míralo! —sacudo el papel en el aire—. Tu nombre. Mi nombre. Un maldito certificado de matrimonio con el sello de Las Vegas.
Oliver se pasa una mano por el pelo y se despeina aún más, mientras aprieta los labios en una fina línea. Sus ojos se fijan de nuevo en el anillo que adorna su dedo.
—Joder —susurra.
—Eso no es lo que quería escuchar, Oliver —le fulmino con la mirada —. Quiero que me digas que esto es una pesadilla de la que estoy a punto de despertar o que es una broma de mal gusto o que hay una manera de deshacer esto en los próximos cinco minutos…
Él se endereza en la cama y se lleva las manos a la cara antes de soltar un largo suspiro.
—Vale. Vale. Tranquila, Davis. Vamos a pensar —me dice con un tono forzadamente calmado, aunque a mí no me engaña, le conozco demasiado bien—. Lo primero es recordar cómo diablos hemos acabado aquí.
Al escucharle, suelto una amarga carcajada, porque esto no me hace ni pizca de gracia.
—¿Recordar? ¿Tienes algo más que *flashes* inconexos dentro de esa cabeza hueca? Porque yo lo único que tengo aquí dentro —le digo dándome golpecitos suaves con el dedo índice de mi mano derecha

a la altura de la sien—es un batiburrillo de luces de neón, copas de tequila y tu cara demasiado cerca de la mía.
Oliver entrecierra los ojos y se presiona las sienes con los dedos de ambas manos.
—Recuerdo… —murmura—. La boda de mi hermana. Bailamos. Bebimos. Discutimos por alguna tontería… Y después…
—Teníamos un pique. Como siempre… —intervengo, sintiendo cómo la información va encajando poco a poco dentro de mi cabeza resacosa—. Recuerdo que me dijiste que nunca me atrevería a hacer algo realmente loco y yo te contesté que tú no sabías nada de mí.
—Y luego… —Oliver frunce más el ceño, como si las piezas fueran encajando—. Un bar. Muchas margaritas…
—Un beso —añado en voz baja.
Nuestras miradas se cruzan un instante y la atmósfera se carga de todas esas palabras no dichas, porque ninguno de los dos se atreve a pronunciarlas. Entre Oliver y yo hay una historia latente, que siempre ha estado presente entre él y yo, pero que hasta ahora ninguno de los dos ha querido reconocer. Hasta anoche.
—Vale, pero eso no explica cómo acabamos casados —responde Oliver.
—Bueno, la última imagen que tengo en mi cabeza es de una capilla. Y de alguien vestido de Elvis.
—Joder —replica él.
—Sí. Justo lo que he pensado yo.
Me levanto de la cama y al ponerme de pie noto cómo la resaca me golpea en la cabeza como si fuera un martillo. Me pongo las palmas de las manos en las sienes y empiezo a buscar desesperadamente mi móvil entre la ropa tirada por el suelo.
—¿Qué haces? —quiere saber Oliver, que me mira con gesto de extrañeza.
—Buscar mi teléfono. Necesito buscar en Google cómo se anula esto. Porque vamos a anularlo. De inmediato —le digo de forma tajante, aunque sin dejar de buscar mi móvil.
Oliver sigue en la cama, observándome con los ojos entrecerrados. Finalmente, suelta un resoplido y se pasa la mano por la cara.
—Davis, espera.

—¿Esperar? —me vuelvo hacia él con incredulidad—. ¿Esperar a qué? ¿A que esto se vuelva más surrealista de lo que ya es?
—Solo… —se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Y si…?
—¿Y si qué? —lo miro como si le hubieran crecido dos cabezas.
Oliver aprieta la mandíbula, como si estuviera debatiéndose internamente. Finalmente, suelta el aire despacio y dice lo último que esperaba escuchar en este momento.
—¿Y si no lo anulamos?
Parpadeo al escucharlo, por lo visto, mi cerebro se niega a procesar lo que acabo de escuchar de labios de Oliver.
—¿Perdona? —le pregunto con mi voz en apenas un hilo y girándome hacia él para clavarle la mirada.
—Solo piénsalo un segundo, Kath. Podría haber una razón para esto. Algo que aún no recordamos.
—O podríamos haber cometido la mayor estupidez de nuestras vidas —replico, sin poder creer que esté siquiera planteando esa posibilidad.
Él me mira fijamente, con esa intensidad que siempre ha tenido, la que hace que me hierva la sangre y, al mismo tiempo, me haga querer gritar.
—Lo descubriremos —suelta con un tono demasiado serio para mi gusto—. Pero lo que está claro es que, te guste o no, Davis… estamos casados.

Capítulo 1
Oliver

El taxi avanza por las calles de Las Vegas con un traqueteo leve, pero suficiente para recordarme que cada latido de mi cabeza es una represalia de la resaca. Me paso una mano por la cara e intento ignorar el molesto golpeteo que Kath hace con sus dedos en la puerta del coche. Su impaciencia me crispa los nervios, pero no tengo fuerzas para decirle nada. Al menos, no por ahora.

El anillo sigue en mi dedo y yo solo soy capaz de observar la banda dorada con incredulidad y frustración. Definitivamente, no hay manera de que esto termine bien teniendo en cuenta que *mi esposa* es Kath Davis, la mejor amiga de mi hermana. Lo peor es que sé que hay que solucionarlo ya, porque cuanto más tardemos, más complicado será todo.

—Davis, si sigues dando golpecitos en la puerta, te juro que la abriré y te lanzarás tú sola al asfalto —gruño, sin apartar la vista del anillo.

—¡No me hables, Wilson! —responde sin mirarme, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

No me molesto en seguir discutiendo. Mi cabeza ya está demasiado ocupada intentando comprender cómo demonios hemos terminado aquí. Recuerdo la boda de mi hermana Emma, muchas copas, Kath retándome como si siempre tuviera que demostrar algo… y después todo es una neblina.

El coche se detiene de golpe frente a un bufete de abogados con un cartel dorado reluciente sobre la puerta de entrada. Kath ni siquiera espera a que el taxi pare del todo, porque simplemente abre la puerta y sale disparada. Yo después de pagarle la carrera al taxista, la sigo con pasos largos, intentando aparentar calma, pero con cada fibra de mi ser tensa.

Cuando entramos al bufete, nos recibe una recepcionista con un moño rubio platino perfecto y un tono de voz un poco estridente pero sereno.

—¿En qué puedo ayudarles?

Kath saca el certificado de matrimonio de su bolso y lo deja caer en el mostrador con un golpe seco.

—Queremos anular esto. Ahora mismo.

La recepcionista frunce el ceño, coge el papel con delicadeza y lo examina tras sus gafas de montura roja. Su mirada se endurece al instante con una expresión que augura una mala noticia.

—Me temo que eso no va a ser posible anular de inmediato —dice con tono neutro y confirmando mi presentimiento.

Kath parpadea varias veces antes de apoyarse en el mostrador, claramente a punto de explotar.

—¿Cómo que no va a ser posible? —pregunta con voz contenida.

—Para solicitar una anulación —explica la rubia oxigenada— deben demostrar que hubo fraude, coacción o incapacidad para consentir el matrimonio. En su caso… bueno, parece que fue un matrimonio legal y voluntario.
Kath se ríe sin humor.
—¡Estábamos borrachos! Eso debería contar como incapacidad para consentir, ¿no?
—Dependerá de la interpretación del juez. Si firmaron y realizaron la ceremonia sin impedimentos visibles, el tribunal podría considerar que eran plenamente conscientes de sus actos.
Kath me mira con desesperación.
—Wilson, haz algo, joder. ¡¡¡Eres abogado!!!
Me paso una mano por la cara y suelto un resoplido.
—No se puede simplemente borrar un matrimonio, porque nos arrepintamos al día siguiente —intento aclararle con tono contenido —. La anulación podría tardar meses… o no aprobarse en absoluto.
Kath cierra los ojos y aprieta los puños.
—Bien —me responde, conteniendo su furia—. Entonces, ¿qué opción nos queda?
—El divorcio —responde la recepcionista con una sonrisa tensa.
—Genial. Hagámoslo. Ahora mismo —dice Kath, girándose hacia mí.
Pero en ese instante, mi móvil vibra en mi bolsillo. Maldigo internamente y lo saco por lo inoportuno del momento. Es mi asesor. Mierda.
—Dame un segundo —murmuro, apartándome del mostrador, mientras Kath sigue discutiendo con la recepcionista.
Respondo con la voz más calmada que puedo en este momento.
—Oliver, justo quería hablar contigo —empieza mi asesor—. La junta de Stanley & Co. está revisando los perfiles para incorporar a un nuevo socio a la sociedad y… bueno, necesitan asegurarse de que tienes estabilidad —me dice Richard.
Frunzo el ceño mientras lo escucho.
—¿A qué te refieres con estabilidad?
—Quieren ver que tu vida personal está en orden. Matrimonio, compromiso, nada de escándalos. Les gusta la imagen de un

hombre de familia para el nuevo socio que quieren incorporar a su bufete —Hace una pausa—. Y según veo aquí… te has casado.
Cierro los ojos. No puedo creer la ironía de todo esto.
—Sí, pero ha sido un error.
—Bueno, Oliver, si me preguntas… No te precipites en solucionarlo. Mantén el matrimonio un tiempo, quizá con unos seis meses sería suficiente... Eso podría asegurarte entrar a formar parte de Stanley & Co.
Al escucharle, siento como el aire se me congela en los pulmones.
—¿Estás sugiriendo que siga casado seis meses solo para mejorar mis probabilidades?
—Solo digo que no lo descartes. Piensa en ello.
Cuelgo sin responder a Aboott, porque mi mente va a mil por hora ahora mismo. Resoplo y guardo mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón y regreso al mostrador, Kath me mira expectante.
—Dime que esto se puede arreglar rápido —insiste.
Me meto las manos en los bolsillos y la observo con seriedad.
—Depende de cómo lo mires —le respondo con calma.
Kath cruza los brazos, aunque veo en su expresión que está totalmente en alerta y a punto de saltarme a la yugular.
—No me gustan tus rodeos. Así que suelta lo que sea que estés pensando.
Miro el anillo en mi dedo y luego a ella. Kath siempre ha sido un torbellino, pero ahora mismo, su mirada está llena de miedo y furia a partes iguales. Cualquier cosa que diga ahora determinará nuestra relación en los próximos meses.
—Davis, tengo una propuesta que creo que no podrás rechazar.
Sus ojos se entrecierran con sospecha. La conozco lo suficiente como para saber que está evaluando todas las maneras en las que puede acabar gritándome en los próximos cinco minutos.
—¿Qué tipo de propuesta?
Tomo aire y doy un paso hacia ella. No quiero que lo vea como una trampa, aunque en cierto modo lo es.
—Si nos divorciamos ahora, habrá preguntas. Supongo que mi hermana te ha contado que quiero entrar como socio en el bufete de Stanley & Co., ¿verdad?

—Algo me ha contado…—me responde con desgana—. Pero, ¿y eso que tiene que ver conmigo?
—Pues que, ahora mismo, no puedo permitirme un escándalo. Imagínate que llegase a oídos de los socios algo de esto…
—Asume las consecuencias de tus actos… Siempre has sido un cobarde —refunfuña cada vez más enfadada.
—Escúchame, Davis, si seguimos casados al menos seis meses, podría garantizarme la sociedad en el bufete de Nueva York.
Kath suelta una carcajada seca.
—¿Me estás pidiendo que sigamos casados por conveniencia? ¿Por qué a ti te va bien?
—Exactamente. Y no solo me beneficiaría a mí. Si permanecemos casados, podemos resolver esto con calma, sin abogados, sin drama… y con compensaciones.
Kath me observa durante unos segundos, que a mí se me hacer eternos. Tiene las manos están en su cintura mientras me excruta.
—Voy a necesitar más detalles antes de decir que sí.
Sonrío levemente.
—Perfecto. Vamos a desayunar, y te contaré todo lo que tengo en mente.
Kath suspira, pero asiente. Nos despedimos de la rubia recepcionistas y salimos del bufete de camino a una cafetería que está justo al lado.
Trato de coger aire para tranquilizarme, porque sé que esto no va a ser fácil, pero si hay alguien capaz de convertir un desastre en una oportunidad… soy yo.

Capítulo 2
Kath

¿Casada con Oliver Wilson? Prefiero morir.

Lo miro fijamente, esperando que de repente estalle en carcajadas y admita que todo esto es una broma de pésimo gusto.

Pero no lo hace. Sigue ahí, con su porte de abogado impecable, los brazos cruzados y esa expresión estoica que me saca de quicio.
—¿Has perdido la cabeza? —es lo único que consigo articular.
—Al contrario —Se inclina hacia adelante, con la serenidad de quien acaba de presentar un caso impecable ante un jurado—. Estoy siendo completamente racional.
Suelto una carcajada amarga y me aparto de la mesa. El pequeño café en el que hemos acabado huele a pan recién horneado, pero no consigo disfrutarlo, porque tengo la impresión de que me están estrangulando con una soga invisible.
—Oliver, escúchame bien, porque no lo voy a repetir. —Clavo los codos en la mesa y me acerco a él para que no le quede ni un ápice de duda en lo que le voy a decir—. Prefiero meter la cabeza en la jaula de un león hambriento antes que pasar seis meses fingiendo que soy tu *adorable* esposa.
—No tienes que ser adorable, ¿eh? —responde sin inmutarse—. Solo mi esposa.
—¡Es una locura! —Me dejo caer en el respaldo, exasperada—. ¿En qué universo crees que yo aceptaría esto?
—En el universo donde te ofrezco lo que más necesitas. —Se reclina en la silla con una tranquilidad irritante y deja caer la bomba—. Si aceptas estar casada conmigo durante estos seis meses, a cambio pagaré todas tus deudas y te conseguiré un trabajo estable en un periódico de renombre. Nada de esperar que te contraten de vez en cuando, tendrás un puesto como periodista, por lo que te podrás ir olvidando de ser *freelance*. Ya ves, seguridad financiera a cambio de hacerme este pequeño favor, Davis. ¿Qué me dices?
Mi risa muere en mi garganta. Intento no mostrar ningún tipo de reacción a lo que acaba de decirme, pero un escalofrío me recorre la espalda. Mi cuenta bancaria es un desastre, mi tarjeta de crédito está temblando y mis ingresos como periodista *freelance* son cualquier cosa menos estables. He pasado más noches sin dormir de las que me gusta admitir, preocupada por cómo voy a pagar el alquiler el mes siguiente. Pero vender mi alma a Oliver Wilson… Eso es… ¡demasiado!

—¿Crees que puedes comprarme con dinero? —susurro, con los dientes apretados.
—No —Su mirada es firme y calculadora—. Pero creo que te he hecho una oferta que no puedes rechazar.
El muy cabrón sabe que me tiene contra las cuerdas.
—No puedes estar hablando en serio —mascullo, sintiendo que mi estómago se revuelve—. No puedes pedirle a alguien que pase seis meses atada a ti porque a ti te conviene.
—Tú misma lo dijiste —me recuerda—. Estábamos borrachos. Así que esto no cuenta. Solo es un trámite. Firmamos el papel, hacemos lo necesario para que mi ascenso en el bufete no peligre y, cuando todo acabe, cada uno sigue con su vida y tú te habrás olvidado de los números rojos en tu cuenta bancaria.
—¿Y qué se supone que tengo que hacer durante seis meses? ¿Ponerme un delantal y esperarte con la cena hecha cuando llegues del trabajo?
—Preferiría que no lo intentaras. No me fío de tu dotes culinarias. —Esboza una sonrisa burlona y yo tengo que contener el impulso de tirarle el café a la cara.
—Eres un imbécil.
—Soy un imbécil con una oferta muy tentadora. —Se encoge de hombros y da un sorbo a su café—. Piénsalo, Davis. Seis meses y todos tus problemas desaparecerán. Sin preocupaciones económicas, ni angustia por conseguir trabajos que te paguen el próximo mes de alquiler... ¡Serás libre!
¿Libre? La ironía no podría ser mayor.
Me paso una mano por el pelo y miro a través de la ventana de la cafetería. Las calles de Las Vegas siguen su curso, ajenas a la bomba que acaba de estallar en mi vida.
En este momento mi cabeza va a mil por hora. Oliver es lo último que necesito en mi vida. Siempre ha sido ese tipo de persona que lo tiene todo resuelto y el que sabe exactamente qué hacer en cualquier momento. Yo, en cambio, soy un caos. Sin duda, no encajamos. Nunca lo hemos hecho.
—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —pregunto con voz tensa.
Él levanta una ceja, sorprendido de que no le haya gritado de nuevo.

—No mucho. Tengo que tomar una decisión esta misma semana. Y si aceptas, tendremos que organizar algunas cosas para que parezca convincente.
Convincente.
Esa palabra se me clava en el pecho. Esto no es un matrimonio real. No lo es y nunca lo será, es solo un teatro, una farsa bien planeada que nos beneficiará a los dos.
Agarro la taza de café entre las manos, buscando algo de calor en medio del torbellino en el que se ha convertido mi mente.
Oliver Wilson. Mi esposo.
El mundo tiene un sentido del humor muy cruel.

Salimos de la cafetería y caminamos en silencio de regreso al hotel. Oliver camina a mi lado con la misma calma exasperante de siempre, como si acabara de cerrar el trato más simple de su carrera. Pero para mí, no es un trato, ¡es un terremoto en mi vida!
Cuando entramos en el vestíbulo del hotel, la voz de Emma nos recibe con entusiasmo.
—¡Por fin os encuentro! —exclama mientras avanza hacia nosotros con una gran sonrisa. Su felicidad contrasta brutalmente con el desastre que es mi vida ahora mismo.
Antes de que pueda reaccionar, Emma me coge por el brazo y me acerca a ella.
—Tía, ¿dónde os habíais metido? Anoche os busqué después de la fiesta y nadie sabía dónde estabais. ¿Os fuisteis de juerga sin mí? —Se aparta para mirarme con gesto divertido, aunque su expresión cambia en cuanto nota el ambiente tenso entre Oliver y yo—. ¿Se puede saber qué os pasa?
—Hermanita, será mejor que te sientes —le dice Oliver con ese tono de abogado serio que me crispa los nervios.
—No me gusta cómo suena eso —contesta su ella cruzándose de brazos—. ¿Qué habéis hecho?
Oliver se aclara la garganta antes de empezar a contarle y yo querría desaparecer de la faz de la tierra.

—Nos hemos casado —le cuenta con naturalidad, como si estuviera contándole el tiempo que va a hacer hoy en Las Vegas.
Al escucharle, Emma parpadea. Una, dos, tres veces. Luego suelta una carcajada.
—Buena broma. Venga, contadme la verdad —le responde divertida entre risas.
—No, no es una broma —intervengo, mostrando el anillo en mi dedo.
El rostro de Emma pasa de tener una gran sonrisa en los labios, al desconcierto, después a la incredulidad y luego al horror más rotundo y absoluto.
—¿Qué? —Su voz sube un par de octavas—. ¡¿Pero cómo?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Por qué?!
Miro a Oliver, esperando que sea él quien la calme. Al fin y al cabo, fue su brillante idea. Pero, por supuesto, él solo se limita a encogerse de hombros.
—Fue después de la boda —explica con la misma serenidad exasperante—. Kath y yo bebimos demasiado, las cosas se nos fueron de las manos y… bueno, terminamos en una capilla.
Emma se pasa la mano por la cara, claramente al borde de un colapso.
—No me lo puedo creer. Esto es una pesadilla. —Nos señala con un dedo acusador—. ¡Sois un desastre los dos! ¿Y ahora qué vais a hacer?
Suspiro, sintiendo cómo la presión en mi pecho aumenta.
—Hemos hablado de una solución —empiezo, tratando de ignorar la mirada inquisitiva de mi amiga—. Oliver quiere que sigamos casados durante seis meses. Dice que le conviene para su ascenso o no sé qué rollo de su trabajo y que a mí me conviene por… otros motivos.
Emma entrecierra los ojos.
—¿Qué motivos?
—Pagaré sus deudas y le conseguiré un trabajo estable en un periódico —responde Oliver sin rodeos.
Emma lo fulmina con la mirada.
—¿Así que ahora compras esposas?

—No es así —replico antes de que esto se salga de control—. Es… un trato. Un negocio.
—¿Un negocio? —Emma se lleva una mano a la frente—. Por favor, decidme que no estáis hablando en serio.
—Totalmente en serio —le aclara su hermano.
Mi amiga me mira, esperando que yo lo desmienta, pero no lo hago. Porque, por más absurdo que parezca, estoy planteándome seriamente aceptar su oferta.
—Pero pienso ponerle condiciones —añado cruzándome de brazos—. Nada de sentimientos y, por supuesto, nada de sexo. Esto solo es un acuerdo porque a ambos nos conviene, porque los dos vamos a beneficiarnos.
Oliver arquea una ceja.
—¿Nada de sexo? —pregunta con fingida decepción.
—Ni se te ocurra insinuar lo contrario —le advierto.
Emma nos observa como si le hubiéramos dicho que planeamos incendiar el hotel o algo peor.
—Esto es lo más ridículo que he escuchado en mi vida —suelta indignada.
—Pero funciona —apunta Oliver—. Todos ganamos.
Emma sacude la cabeza, completamente horrorizada.
—Voy a necesitar una copa para procesar esto —responde mi amiga negando con la cabeza.

Capítulo 3
Oliver

Aterrizamos en Nueva York en el primer vuelo disponible. El silencio entre Kath y yo durante el trayecto ha sido tenso y cargado de todo lo que no nos hemos dicho y de lo que sabemos que aún nos queda por discutir. Ella ha dormido la mayor parte del viaje, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en la ventanilla, como si así pudiera aislarse de la realidad. Yo, en cambio, he revisado contratos y

correos para mantener mi cabeza ocupada y no pensar demasiado en el desastre en el que nos hemos metido.
Cuando el taxi nos deja frente a mi edificio en el Upper East Side, Kath sale del coche con expresión neutral, pero su mirada se desliza por la imponente estructura del edificio. No dice nada, pero sé lo que está pensando. Su silencio es lo único que necesito para saber que está impresionada.
—¿Qué? ¿No tienes algún comentario sarcástico sobre lo ostentoso que es el edificio de mi apartamento? —le pregunto mientras el portero nos abre la puerta con una sonrisa.
—Oh, por favor, Wilson —me responde y se ajusta la correa del bolso en el hombro—. Como si no supieras lo ridículo que es vivir en un sitio como este. Dime que al menos tienes un mayordomo para que esto tenga sentido.
—No necesito un mayordomo.
—¿Ah no? No te creo…
—Créeme… Lo único que necesito es alguien que no invada mi espacio.
—Genial, porque eso es exactamente lo que yo también necesito —suelta quitándose las gafas de sol para colocárselas sobre la cabeza a modo de diadema.
El ascensor nos lleva hasta la última planta y, cuando las puertas se abren, Kath avanza con cautela. Mi apartamento es espacioso, moderno y tiene unos impresionantes ventanales de suelo a techo, que ofrecen una vista espectacular de la ciudad. Toda la decoración es de líneas rectas, minimalista y con colores neutros. Elegante, ordenado y sin nada fuera de lugar. Y ahora, tendré que compartirlo con un huracán de energía caótica como Kath. Resoplo de forma disimulada, porque lo único que querría ahora mismo es que se diera cuenta de que lo que estoy pensando.
—Bienvenida —le digo después de dejar mi maleta junto a la puerta.
Ella apoya su mochila contra la pared y cruza los brazos mientras inspecciona el lugar con la mirada. Sé que no querrá admitirlo, pero sé que le gusta. Aunque se trague las palabras, aunque tuerza los labios con gesto de desdén, no tengo la menor duda de que le encanta.

—Si intentas impresionarme, no funciona —murmura, recorriendo el salón con la mirada, mientras posa los dedos sobre la gran mesa de cristal, que preside esta zona de la estancia.
—No necesito impresionarte. Ya estás aquí.
Kath suelta un resoplido y se gira para mirarme directamente.
—Dejemos claras las reglas de convivencia—me dice con ese tono de mando que me saca de quicio—. Nada de tocar mis cosas. Nada de invadir mi espacio y, sobre todo, nada de traer aquí a tus… amigas.
—¿Mis amigas? —arqueo una ceja, divertido—. No sabía que estabas interesada en mi vida social.
—No lo estoy, pero no pienso despertarme y encontrarme con una desconocida en la cocina. Así que, si quieres hacer de las tuyas, que sea fuera de este apartamento.
Cruzo los brazos y me apoyo en la encimera de la cocina, estudiándola con atención.
—¿Siempre tienes que tener esa actitud desafiante?
Kath se encoge de hombros con una media sonrisa que no me gusta nada.
—No es desafío... Es supervivencia.
Sus palabras me sorprenden. No solo por el tono que utiliza, si no por la verdad oculta tras esa afirmación. Kath ha aprendido a valerse por sí misma y no confía en los demás. Y ahora entiendo por qué. Sus padres se divorciaron cuando era adolescente y, desde entonces, no ha tenido un verdadero hogar. Se pagó la carrera de periodismo trabajando en una cafetería y sobreviviendo a base de contratos eventuales, sin nadie que la respaldara.
—No tienes que estar siempre a la defensiva —comento, sin poder evitarlo.
Kath me mira con los ojos entornados.
—Claro que sí. Siempre.
Dejo el tema porque sé que no voy a sacarle más. Pero algo en su expresión me dice que este matrimonio falso va a ser más complicado de lo que esperaba.
A lo largo de la tarde, Kath recorre el apartamento, examinando cada habitación de manera minuciosa. Se detiene en la cocina, abre los armarios y suelta una carcajada seca.

—Déjame adivinar. Todo lo que tienes es café, whisky y comida congelada.
—No me gusta perder el tiempo cocinando —le respondo ecogiéndome de hombros.
—Pues prepárate, porque yo tampoco soy precisamente una chef. Más bien diría que soy especialmente habilidosa en pedir comida a domicilio.
—Eso sí que no, Davis. No pienso dejar que llenes mi casa de cajas de comida rápida.
—Entonces haz espacio en la nevera, porque si voy a vivir aquí, necesito cosas que llenen la despensa y que tu cocina no parezca el almacén de un bar de mala muerte.
Kath continúa explorando, abre la puerta de mi dormitorio y suelta un silbido bajo.
—Tienes buen gusto, lo admito. Aunque esta cama parece demasiado grande para alguien tan aburrido como tú.
—Me gusta el espacio.
—No me sorprende. Lo malo es que ahora tendrás que compartirlo.
—No vamos a compartir dormitorio, Davis.
—No estaba insinuando eso, tranquilo. Me basta con un sitio donde pueda dormir sin escuchar tus ronquidos.
—No ronco.
—Claro, lo que tú digas.
A pesar de que acabamos de llegar, no me resulta demasiado difícil de imaginar que la convivencia con Kath va a ser un desafío diario. Y por primera vez desde que propuse este trato, me pregunto si realmente estoy preparado para poder sobrevivir a esto.

Más tarde, cuando la noche ya se ha asentado sobre la ciudad, Kath entra en la ducha. Yo me quedo en la sala de estar, revisando cosas de mi trabajo en mi portátil e intentando ignorar el hecho de que ahora hay alguien más en mi casa. Pero la sensación es imposible de ignorar. Estoy acostumbrado a la soledad, al orden y a mi propio ritmo y, como no podía ser de otra manera, Kath rompe con todo eso.

El sonido del agua cayendo en el baño me recuerda su presencia. Intento concentrarme en los documentos y en los correos que debo responder, pero mi mente divaga. Así que me levanto de la silla y me recuesto en el sofá, masajeándome la sien. Este acuerdo debería ser sencillo, un contrato beneficioso para ambos, pero algo me dice que nada con Kath Davis puede ser fácil.

Miro el reloj y veo que son casi las doce de la noche. Resoplo y me levanto para ir a mi habitación a dormir, sin esperar lo que está a punto de ocurrir. Al girar por el pasillo, choco de lleno con una figura cálida y húmeda: Kath, que solo lleva una toalla atada con un nudo flojo bajo los brazos y las gotas de agua resbalan por su piel y su larga melena rubia, aún empapada, cae sobre su espalda. Su piel brilla por la humedad y el vapor del baño aún flota a su alrededor como una neblina envolvente. Al verla así no sé qué decir y ambos nos quedamos inmóviles.

Demasiada piel a la vista y demasiada cercanía.

Su respiración se acelera y la mía también. Los segundos se estiran en un limbo incómodo y electrizante, hasta que Kath traga saliva y retrocede un paso, pero el pasillo es estrecho y yo, al intentar hacer lo mismo, termino rozando su brazo con el dorso de mi mano. Su piel sigue caliente por el agua y yo, sin quererlo, me quedo con esa sensación ardiente impregnada en los dedos.

Sus ojos se clavan en los míos, alerta, pero no hay burla en su expresión. No hay comentarios sarcásticos, ni esa actitud desafiante que siempre la acompaña, en cambio, veo algo diferente en ella, algo contenido.

—¿Puedes moverte? —murmura, con la voz algo más ronca de lo normal.

Intento reaccionar, pero el aroma del jabón, la calidez de su cuerpo y la manera en que la toalla se aferra peligrosamente a su piel hacen que mi cerebro funcione más lento de lo habitual. Me aparto al fin, dejando que pase, pero el roce es inevitable.

Kath avanza con pasos apresurados y entra en su habitación, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Mientras yo me quedo en el pasillo, aún notando el contacto de su piel en la mía. Exhalo el aire que no sabía que estaba conteniendo y me paso una

mano por mi nuca. «Mierda», me digo chasqueando la lengua. Entro en mi habitación, pero el incidente sigue repitiéndose en mi cabeza. Me dejo caer en la cama, con el cuerpo aún tenso, e intento sacarme de la mente la imagen de Kath envuelta en esa toalla ridículamente pequeña. Pero no puedo y lanzo un largo resoplido.
Me cubro la cara con las manos. Esto es una locura. Me levanto y camino hasta el baño para darme una ducha rápida, aunque no necesito refrescarme, sino despejar mi cabeza. Cuando salgo, con el pelo aún húmedo, escucho ruido en la cocina. No puede ser. ¿Kath está preparándose algo a estas horas?
Salgo de mi habitación y cuando llego a la cocina, la encuentro en pijama, con el pelo mojado cayéndole sobre la espalda, y veo cómo saca una taza del armario. Se sobresalta al verme.
—¿Qué haces despierto? —me pregunta, sin girarse del todo.
—Podría preguntarte lo mismo —respondo, apoyándome en el marco de la puerta.
Kath suspira y se pasa una mano por la cara.
—No puedo dormir —admite, en voz baja.
Hay algo en su tono que me hace fruncir el ceño. No es su típico tono irónico o desafiante. Es honesto. Real.
Me acerco y abro el frigorífico, para sacar una botella de agua. Kath me observa mientras le da un sorbo a su té. El ambiente sigue cargado de algo indescriptible, como un hilo invisible que nos mantiene atrapados en una tensión incómoda.
—Esto va a ser un problema —murmuro, más para mí que para ella.
Kath deja la taza en la encimera y me mira con seriedad.
—¿Te refieres a la convivencia o a otra cosa? —inquiere, con la mirada fija en la mía.
Sé exactamente a lo que se refiere, pero no voy a ponérselo tan fácil.
—A todo, Davis, a todo…
Ella esboza una media sonrisa, pero su expresión sigue siendo cautelosa.
—Bueno, pues acostúmbrate. Porque estamos atrapados en esto.
Bebe otro sorbo de su té y se aleja, caminando hacia su habitación, dejándome solo en la cocina, con demasiadas ideas en la cabeza y la

certeza absoluta de que este matrimonio de mentira va a ser un jodido problema.

Continúa leyendo aquí:

Encuentra aquí otras novelas de la autora